




WIDENER LIBRARY
HX Y1YT J


3 2044 010 406 791

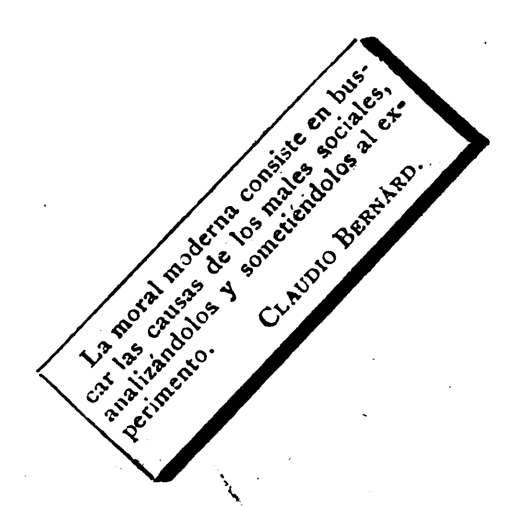

ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



EDUARDO LÓPEZ BAGO

LA PROSTITUTA

NOVELA MÉDICO-SOCIAL


La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos al experimento.

CLAUDIO BERNARD.

MADRID
Administración: Atocha, 68, bajo.
1884

LA PROSTITUTA



LA
PROSTITUTA

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

> La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos al experimento.
>
> CLAUDIO BERNARD.

MADRID
Administración: Atocha, 68, bajo.
1884



Madrid.—Tipografía Hispano-Americana.—Atocha, 68, bajo.





LA PROSTITUTA

I

Desde la calle veíase, entre dos edificios de mayor elevación y de contrucción más moderna, aquella ruinosa fachada de color gris, en la que el tiempo dejó impresa la marca de cansancio con que al pasar, apoyándose en los muros, los manchó con sus manos y su cuerpo de atleta envuelto en andrajos; el cuerpo bañado en sudor, los andrajos cubiertos de fango y polvo.

A cierta distancia, la falta de cal que produjo la caída de grandes cascotes, dejando al descubierto la roja mancha de los ladrillos, da aspectos repugnantes al edificio, recordando esos asquerosos mendigos que explotan la compasión exponiendo en medio de la vía pública desnudeces cubiertas de llagas, miembros podridos, que hacen apartar la vista para



contener la náusea, y hurtar el roce del traje para evitar la mancha.

Luego, la humedad completa el asco, corre por grandes pinceladas de alto á bajo, pinceladas verdosas, negruzcas, terrosas, amarillentas, que serpentean simulando derrames y extravasamientos de pústulas, cuya materia, al salir, sigue cauces caprichosos que parten del daño, y manchan cuando no inficionan la piel sana.

Los dos pisos de que consta tiene cada uno dos balcones, balcones sin flores, de hierros enmohecidos, sólo pulidos y relucientes en el antepecho; pero con ese desigual brillo no sacado por la mano que frota para pulir, sino por los cuerpos que rozan para descansar; hierros, en fin, antes usados por la pereza que desgastados por el trabajo.

Diferenciábanse y distinguíanse, además, aquellos balcones de los de las casas contiguas en mostrar á uno de sus lados un resguardaviento de madera, pintado del mismo color verde de las persianas, y era también notado por los vecinos curiosos que estas últimas jamás se recogieron durante el día, cayendo desde su arranque sobre los hierros, para formar, entre persianas y resguardaviento, una á manera de garita en cada bal-

cón, dentro de la cual, sentada en silla baja de enea, veíase siempre una mujer, cuyas faldas destacaban en tono claro sobre aquel fondo oscuro, una mujer cuyo cuerpo erguía constantemente el corsé, cuyo rostro acicalaban mejurjes, mientras que lustraban mil untos sus cabellos, nunca, á pesar de esto, bien peinados.

Silenciosa é inmóvil, era su actitud, no del que sabe á quien espera, sino del que presiente lo que acecha; no del que esperando se impacienta, sino del que acechando se aburre; y en su mirada había una interrogación para cada transeunte, una sonrisa que acompañaba la interrogación con un ofrecimiento y después un ligero ademán de cabeza ó de mano; ojos, boca y mano, mirada, sonrisa y seña, resolvían y sintetizaban, con la concisión de la mímica, las tres frases que estereotipa el comerciante cuando salta el mostrador y, ansioso de venta, se coloca á la puerta de su establecimiento y parece decir á los que pasan:

—¿Lleva usted dinero? ¿Quiere usted comprar lo que yo vendo? Entre usted.

Y coincidía la entrada del hombre en el portal con el movimiento de la mujer que, poniéndose en pie, abandonaba su puesto de

acecho; donde otra mujer la reemplazaba inmediatamente. La enea de aquella silla no se enfriaba nunca. Las casas de enfrente, en las que daba gran sol por estar situadas al Mediodía, en las que había pájaros enjaulados, flores en macetas y bellezas de mujer virtuosa, encerradas, claustradas detrás de los vidrios, cada vez que se verificaba uno de estos sucesos, dijérase como que sentían una gran conmoción interior, que un suspiro ó un sollozo salía de cada celosía, en cuyas puertas, entreabiertas, caían los visillos sobre el cristal como párpados que se cierran; mientras que, los tenderos de ultramarinos, puestos de codos en el mostrador, las porteras sentadas formando corro en la acera, los mozos de la panadería en calzoncillos, casi desnudos, fumando tranquilamente su pipa francesa, y el carbonero partiendo astillas con el hacha sobre el empedrado, la calle entera, en fin, prorrumpía en risas, se regocijaba del caso, lo comentaba siempre con guiños de ojos y frases de los hombres; frases crudas y soeces, á que contestaban las comadres con un chillido estridente, más agudo cuanto más las escandalizaba lo dicho: luego, una de ellas resumía la opinión femenina, diciendo al deslenguado:

—¡No sea usté puerco, hombre!

Por la noche, el cuadro variaba de aspecto; aquel misterio de las persianas desaparecía; los balcones del lupanar eran gigantescas pupilas abiertas ante la oscuridad, focos de luz intensa que reflejaba en los muros de enfrente; por ellos salía, en ocasiones con los rayos luminosos, ruído de alegres voces, estallar de risas, una guitarra rasgueada con desgaire y una voz de mujer, que en medio de aquellos rumores elevaba su timbre, lanzaba un poderoso quejido andaluz al que seguía la copla de malagueñas, de jaleo ó seguidillas gitanas, copla cuya letra siempre obscena escuchábase en silencio, hasta que con otro quejido terminaba en medio de ¡bravos y olés! que el entusiasmo arrancó á voces aguardentosas, y de aplausos aislados que resonaban como chasquido de bofetones. Ya no se montaba la guardia de mujeres en el balcón. En el portal, mal alumbrado, mal oliente y húmedo con las humedades que allí dejaran los vómitos de la embriaguez y las secreciones de los viciosos, veíaselas llegar, una tras otra, para reclinarse en el quicio de la entrada, vistiendo siempre trajes de color vistoso, ajustado el talle, mejor peinadas, con una flor en los cabellos, la eterna sonrisa en los labios, más hermosas por el artificio de la luz, y en el encanto de la penumbra, cosas



ambas que las favorecían disimulando afeites y haciendo pasar por melancolía y languidez, lo que era sólo ajamiento en el cutis y falta de brillo en la mirada.

La noche era su protectora, la noche su elemento, la noche la libertad; una libertad relativa, ficticia si se quiere, limitándose á mayor espacio y más terreno por donde pudieran ir y venir, un corto paseo por la acera desde la casa hasta la esquina, siéndoles permitido á las más antiguas trasponer este límite y por las calles inmediatas dar la vuelta recorriendo toda la manzana; entonces, al invadir la vía pública, aquellos seres degradados por la sociedad, tomaban su revancha, mareaban al transeunte con el fuerte olor de que estaban impregnadas sus ropas, olor de perfumes baratos comprados en la droguería, haciéndole volver la cabeza al ruido seco de sus enaguas, exageraban al andar el movimiento lascivo de caderas, el duro taconeo sobre las baldosas, y al llegar á su lado, mirábanle, resueltas y decididas, de antemano seguras de su victoria, y ellas, las que el Estado consideraba en sus leyes como esclavas de la higiene, eran desde aquel momento, y al serlo, lo sabían, reinas del placer, dominadoras del vicio, triunfando por el poder que tiene el sexo sobre la bestia-

lidad de la carne humana, conquistando al hombre que las seguía como el perro sigue á quien le ofrece el alimento, y recibiendo de la misma mano que redactó aquellos códigos vergonzosos caricias y dinero. ¡Miserables! Ellas eran á la luz del sol las prostitutas, ellas lo asqueroso, lo repugnante, lo nauseabundo. Ellas eran durante la noche la belleza de la forma, la poesía del desnudo, no la necesidad higiénica, sino el placer de los disolutos. Ellos, durante el día legislaron. «El culto del falo queda abolido en todos los Estados cristianos», y al ver que las sombras se espesaban y que llegaba la noche, tiraron con priesa la pluma, y hombres darwinianos, bestias humanas en la época del celo, corrieron á buscar á las sacerdotisas en su mismo templo. ¡Hipócritas y miserables!

Alumbraba el portal—malamente, como ya he dicho—un farol de aceite enclavado en el muro, y era el portal de tan escasas dimensiones, como se necesitaban para tropezar con el primer peldaño de la escalera á los dos pasos que dentro de él se dieran: ¡sabia estrechez previsora de todo arrepentimiento! pues el que una vez daba los susodichos dos pasos, hallábase subiendo el tramo con priesa tal, que de acometerle vacilación, rechazábala como tar-

día. En cuanto á la escalera se promediaba con fuerte cancel que cerraba el paso, obligando á tirar de la cadena, cuyo tirón volteaba una campana de grave sonido. Todo variaba entonces, como si el badajo, hiriendo duramente el metal, hiriese también fibras adormecidas hasta aquel punto. Ibase allí buscando el placer y salía al encuentro la tristeza, que no otra impresión produce aquel aspecto de prisión que el cancel da, que el bronce pregona, y que parece escrito en las paredes como la terrible sentencia del poeta italiano:

Lasciate ògni speranza vuoi qu'entrate.

Abierto el cancel, era notable y brusco cambio el de la tristeza á la vergüenza de uno mismo.

Vergüenza contenida y disimulada, como si de repente nos viéramos desnudos. Se entraba con el sombrero encasquetado hasta las cejas, ó bien echado hacia atrás, que en esto de llevarlo puesto y hasta en la manera de llevarlo, cifrábase gran porción del disimulo consabido. Porque sintiéndose despreciado al llegar allí, llegar despreciando era pagar con la misma moneda.

¡Qué parodia se representa entonces!

La misma asquerosa celestina que deja franco el paso y hace grandes zalemas á la



futura propina del recién venido, guíale hasta una habitación, la más espaciosa de la casa, la mejor alhajada y la única que tiene vistas á la calle por el susodicho balcón donde continúa la sillita baja de enea, puesto el respaldo en los hierros desocupada ya y como descansando de sus trabajos de todo el día.

Una sillería de reps verde, amarillo ó rojo, que son en materia de tapicería barata los tres colores elementales, un gran espejo de marco dorado, inclinándose colgado, como único adorno de las desnudas paredes, una mesa jardinera de caoba ó palosanto y tablero de mármol, y sobre el mármol un juego de reloj y candelabros, el reloj parado y acaso descompuesto, pero colocado bajo fanal con todo miramiento como debieron colocar los antiguos sus dioses lares y colocan su Niño Jesús los modernos; colgaduras blancas cayendo en forma de pabellón ante los huecos de las puertas y el de los postigos del balcón, tales son en su deplorable sencillez los detalles por los que puede venirse en conocimiento de aquel mobiliario y decorado á medio uso.

Y luego ladrillos vastos, cuyo rojizo polvo anda siempre en moléculas por el aire, paredes no más que enjabelgadas, techos ahumados en los que á sus anchas acaban sus traido-

ras labores las arañas; todo ello en detrimento de cuantas prendas constituyen el traje puesto, formando la triple alianza aquellos tres enemigos, y mientras que los ladrillos deslustran el calzado y los pantalones, las paredes manchan el paño negro de la levita y las telarañas se pegan y enredan en la felpa de seda del sombrero, cuando ya una sorda irritación producida por estos ataques hace volver al ánimo los intentos de fuga ó retirada prudente, la cascada voz de la vieja óyese en el pasillo.

—¡Niñas, á la sala!

Y volviéndose:

—Tome usté asiento, que ahora vienen.

Crujen por allá dentro enaguas almidonadas, deja de cantar una voz fresca y juvenil y se oye que hablan y ríen y se acercan, acercándose también el taconeo de las botinas, y por último una tras otra entran todas, y una tras otra, al entrar, enmudecen y se sientan al rededor del hombre que ocupa el centro del sofá, después de un «buenas noches» dicho con mal contenido enojo, pero con labios tan pintados y retocados como risueños.

Huye entonces del espíritu la tristeza sentida y la vergüenza del rostro; pero llega en cambio el malestar indefinible, la angustia, la repug-

nancia y la inquietud también, cosas todas que se experimentan al ver aquellas pupilas fijas en nosotros, esperando una sonrisa, y al comprender que el vicio aquel que descaradamente nos mira, es el vicio nuestro y es nuestra miseria humana, encarnándose fuera del propio cuerpo en el cuerpo de aquellas miserables. Asco sentimos de nosotros mismos y sospechamos que nuestra náusea contagiosa también ellas la sienten y como nosotros la reprimen.

Y esta es la parodia innoble y mal hecha, no del amor, sino del sensualismo; es el lupanar europeo imitando malamente las costumbres del harém. Lo mezquino aquí, y allí lo grande. El caudillo árabe, eligiendo, rodeado de esclavas, una virgen para favorita, cubriéndola de besos y tapando el sitio de cada beso con una joya, tal vez comprada al precio de su arrojo, acabada de escoger al conseguir la victoria en el botín de la enemiga tribu, y el burgués aquí eligiendo, entre rameras, una cualquiera, regateando el precio, hallando mayor placer en razón inversa del coste, y tal vez sin placer alguno revolcándose en el cieno con la obediencia que la voluntad presta á la materia, cuando la materia impone el ejercicio de una función orgánica.

—¿No le gusta á usté ninguna?—dice la misma voz de siempre, no ya melosa, sino casi en tono colérico.

¡Oh, no, ninguna! ¡ni siquiera la más joven, la más hermosa! Porque aquel trato, hecho brutalmente, no es para despertar el sentimiento de lo bello, porque lo bello, convertido en género de comercio, es la degradación y establece esas diferencias que fijan los artistas entre los cuadros que se pintan para el Museo y las pinturas de venta que se exponen en los escaparates.

Pero el temor de un escándalo con que aquella voz le amenaza, le obliga á volver la cabeza para mirar y sonreir con forzada sonrisa á la mujer que está más cerca.

Levántanse las otras, y el ruido de enaguas, de tacones, de voces y de risas, se renueva y se aleja por el largo corredor, como motivo fundamental que repite la orquesta á cada instante.

—¿Adónde?—pregunta la prostituta.

—Al cuarto pequeño.

Y con esta disposición vase también la ya apaciguada vieja, creyendo conveniente decir al hombre por vía de cumplimiento y elogio:

—No tiene usté mal gusto, caballero; se lleva usté lo mejorcito de la casa.

—Venga usted—exclama la elegida.

El *cuarto pequeño* es una alcoba de tan reducidas dimensiones, que más que habitación, dijérase al verla cajón construído para embalar en él convenientemente, una cama, una mesa de noche, sobre la cual arde una vela en palmatoria de cobre, y un palanganero, cuyas toallas repugnan por su misma limpieza.

Aquella mujer cierra la puerta, y al volverse, por primera vez sonríe, por primera vez le mira, y él también, una vez solo con ella, experimenta como un alivio en el malestar sufrido; parécele que allí encerrado ha de encontrar al fin aquel placer que viene buscando, y huye más lejos á cada paso que da por los extraviados senderos que creyó atajos para alcanzarlo.

Cuando sale del lupanar, se convence al fin de su error, y como si recobrase el alma la libertad perdida, respira satisfecho, procura olvidar lo pasado, y huye, creyendo que alguien le persigue, lanzando detrás de él una insolente carcajada.

II

Se llamaba el lupanar *la casa de Mari-Pepa,* y Mari-Pepa ó María-Josefa era, en efecto, el nombre con que estaba bautizada la *propietaria* ó dueña de esta mancebía.

Mari-Pepa era andaluza, y para más detalles, sevillana; tenía entonces cincuenta y dos años, haciendo siete que se había retirado de *la vida*, en la cual figuró como afiliada desde la temprana edad de los quince abriles, que fueron en ella, según fama, maravillosos de hermosura, de gracia y de descoco.

Jamás se supo la historia de su nacimiento ni quiénes pudieran ser los autores de sus días, porque el recuerdo más remoto no esclarece este punto, y sí sólo saben los libertinos que al fundarse y establecerse en Sevilla una célebre casa de prostitución, Mari-Pepa era una niña de diez años, vestida aún *de tonelete*, que andaba por los pasillos corriendo y saltando, metiéndose en todas las alcobas cerradas y pidiendo cuartos y besos á los parroquianos. Dos



años después Mari-Pepa seguía riéndose como una loca, escuchando las conversaciones, viendo las escenas cómicas ó trágicas que en la casa se sucedían, y creciendo en aquella atmósfera como en invernáculo apropósito para erguir su talló y abrir sus pétalos la flor del vicio, adelfa de exuberante desarrollo, de hermoso color y sin perfume alguno.

—¿Y esta niña?—cuentan que preguntó entonces un viejo muy rico y concurrente asiduo de la casa.

—Esa niña no sirve para nada todavía—contestó el ama.

El vejete acercó sus sumidos labios á las frescas mejillas de Mari-Pepa y estampó en ellas un beso.

—Dame cuartos—díjole ésta, recibiendo la caricia sin repugnancia alguna.

—¿Dices que no sirve?—replicó riéndose el veterano del sensualismo.—Pues bien, ya que pide cuartos, que los gane. Aquí tengo yo una moneda de cinco duros.

—Don Francisco, déjese usté de tonterías. La niña podrá ganar eso y mucho más cuando sea de razón.

Mari-Pepa miraba con gran codicia la moneda de oro que brillaba en las pálidas y flacas manos del visitante.

—Dame los cinco duros y jugaré contigo.

—¿A qué?

—A lo que tú quieras—terminó resueltamente, dando un salto y poniéndose con él sentada sobre las rodillas del don Francisco.

—Niña, bájate de ahí, ¡corriendo!—gritó la mujer, verdaderamente enfurecida.

Pero el viejo estaba ya más interesado que nunca en continuar su empresa.

—¡Ea! Basta; no la toques. ¡Qué demonio! La chiquilla tiene razón. Después de todo, nos otros no vamos á hacer nada más que jugar un rato; y si no te fías, puedes quedarte, que no nos estorbas. Toma los cinco duros, muchacha.

Desde aquel día Mari-Pepa tuvo mejores vestidos, aunque siguieron siendo faldas muy cortas, que dejaban ver la bien contorneada pantorrilla, y llegó á ser envidiada por cuantas mujeres vivían en la casa, que cuando llegaba don Francisco ú otros hombres de iguales gustos, la llamaban con cierto retintín:

—¡Arza, chiquilla, que te ha caído un jugador!...

Y comentaban toda la repugnancia del caso, llegando á ocurrir verdaderas y serias colisiones, porque Mari-Pepa tenía poca paciencia para aguantar bromas, y, aunque de menores fuerzas, era temible.

Una noche, durante la cena, cogió un cuchillo, y á no quitárselo á tiempo, hubiera herido con él á la que se burlaba.

—Si llegas á herirme, mocosa, ya hubieras visto...

—Yo no quería herirte, sino matarte.

Pero la mayor envidia y el mayor despecho llegaron tres años después, cuando el mismísimo don Francisco, primer protector, después de grandes cabildeos con la celestina, entregó á ésta, en lugar de una, veinte monedas de oro relucientes y nuevecitas, con lo cual Mari-Pepa hizo, bajo los auspicios del libertino, su transformación de niña en mujer, dejando el juego por cosas más serias y comprando su primer vestido de cola.

Alta y robusta, de hermosas formas, facciones más bellas por su expresión picaresca que por lo regulares y correctas, ojos negros, que miraban siempre adormidos, la aparición de Mari-Pepa en la vida airada fué un verdadero acontecimiento entre la gente sevillana, y desde don Francisco hasta alguno que otro personaje de más alta prosapia, disputáronse todos el privilegio de ser únicos en la posesión, ofreciendo á este fin respetables sumas.

Pero á cuantas proposiciones de este género se formularon, contestaba siempre lo mismo:

—Yo no conozco más vida que esta y me parece la mejor. No me sujeto á otra cosa por nada, ni por nadie.

En vano fueron, en vista de la inutilidad de las ofertas, los ruegos de unos y las amenazas de otros,—que hasta amenazadores se presentaron ciertos individuos muy influyentes cerca de la primera autoridad gubernativa, por ser sus contertulios y jugar con su señoría al tresillo todas las noches en los salones del Gobierno civil.—Ultimamente el más pertinaz, y también el más respetado y atendido, en gracia de su antigüedad, el tantas veces mencionado don Francisco, se presentó una vez en compañía de un médico para que éste corroborase los pronósticos fatales que de seguir dedicada al trato habían de ser ciertas é ineludibles consecuencias.

—No te lo digo por sentimiento egoísta. Vete con quien tú quieras; pero sal de aquí, huye de estos peligros, de estos horrores que amenazan tu vida.

—No se cansen ustedes—contestó Mari-Pepa,—yo sé lo que hago y lo que me digo.

—Pero, reflexiona...

—¿Sabe usté una cosa?—dijo para poner término á la entrevista;—¡pues como me he de morir, le juro que no ha nacido todavía

quien pueda ponerme á mí la ceniza en la frente! ¡Y me río yo de lo que usté teme como de cuento de viejas! ¡Calle usté hombre, que eso no está para mí ni reza conmigo!

—¡Eso no puede ser, chiquilla!

—Pues ese es mi secreto, que de algo me ha de servir haber nacido en esto.

Y lo decía con tal acento de convicción, que el mismo médico, después de comprobar que en Mari-Pepa no se acusaba el temperamento linfático-escrofuloso, hubo de manifestar á don Francisco, cuando salieron de allí, que bien pudiera ser aquella prostituta un caso de los que la experiencia habla, y que menciona el mismo Parent-Duchâtelet, calificándolos con el nombre de *idiosincrasias refractarias.*

—Además—añadió el doctor, que era especialista y pasaba por una eminencia,—estas mujeres saben á veces cosas que desconocemos nosotros mismos, y no me extrañaría que, pues ella nos habló de secreto, el secreto consista en alguna receta de profilaxia, algo parecida al famoso *jabón cáustico* del doctor Luna Calderón, cuyos experimentos tanto ruido hicieron en París allá por los años de 1815.

Es, pues, el hecho, comprobado ó no por autoridades médicas de gran peso, que Mari-Pepa mostró una firmeza y resolución inque-

brantables, y que con grande asombro de cuantos pudieron testificar de los hechos, mientras que en aquella terrible lucha—lucha de abrazos lascivos y mortales al fin y á la postre—veía caer á su lado á los más robustos combatientes, ella continuaba en pie tranquila y risueña, hermosa é incitante, desafiando el peligro, afrontándolo temerariamente, y saliendo siempre victoriosa, sin que una gota de sudor, mojando su frente, apareciera como muestra débil de cansancio, sin que el brillo de sus ojos se amortiguara, insensible á todo, semejando esos atletas de feria que maravillan á los espectadores cuando cruzan desnudos por entre arcos de fuego, pisan descalzos barras de hierro calentadas hasta el rojo blanco, y reciben en pleno pecho balas disparadas por un cañón de á treinta y seis. Aquella mujer estaba en su elemento.

Desde Sevilla, y con esta fama *sui generis*, que fué para ella entre las gentes aprensivas inagotable filón de pingües ganancias, Mari-Pepa vino á Madrid, cuando contaba ya veinte años de edad y estaba por tanto en el mayor y mejor desarrollo de su carnal hermosura.

En Madrid fué recibida con todos los honores de la *mujer nueva*; habitó en el lupanar más aristocrático, y alcanzó dentro de él cier-

tas preeminencias sobre sus demás compañeras, entre cuyos privilegios debe mencionarse el de tener para sus tratos habitación fija y exclusivamente suya, la cual se componía de un gabinete con alcoba de columnas á la italiana, en cuyo gabinete se colocó un precioso tocador, mientras que en la alcoba mandó poner su indispensable baño de zinc, porque el verdadero secreto de Mari-Pepa, aparte de su mayor ó menor grado de temperamento refractario, consistía en una limpieza extremada, con la cual conservó la sana frescura necesaria á la carne, viéndose en aquella andaluza reproducida y copiada la costumbre inglesa del baño frío en todo tiempo, hasta en los días de más crudo invierno, cosa que fué motivo de gran sorpresa y que ninguna tuvo suficiente valor para imitar.

Jamás pudo notarse que manifestara predilección por ningún hombre, como si el estado morboso que determina como desarreglo orgánico el fenómeno inicial del amor, como si el temperamento amatorio, en fin, fuese también opuesto á la ya célebre teoría de las idiosincrasias refractarias de Parent-Duchâtelet.

Mari-Pepa era, en efecto, el caso más notable de enervación mental, producido tal vez por los esfuerzos titánicos del cerebro

aquel limpio cuerpo que sabía copiar todas las dislocaciones y fingir todos los espasmos, aquellos ojos de mirar profundo, y aquella boca en que siempre brotaba y se repetía el besar frenético y el suspirar apasionado, eran no más que instrumentos de que se sirvió, como el obrero se sirve de la lima, aplicando al frotamiento toda su destreza, del martillo para hundir el clavo, saltando chispas á cada golpe, y de las tenazas para arrancarlo.

Resultó de esto mismo su desgracia, porque envanecida con tan especialísimos dones, no pudo ocultarlos, y una tarde, á la hora de la comida, cuando no presenciaba el caso ninguno de los hombres que concurrían al lupanar, lo declaró en tono confidencial á las demás mujeres, haciendo gala de ello.

—¡Oh!—replicó la más antigua de la casa.—Eso podrá suceder casi siempre.

—Siempre.

—Según y conforme. Hay sensaciones...—declaró con tono doctoral el ama.—En fin, que es mucho decir.

—Yo no siento nada con ninguna.

Hubo protestas, carcajadas más insultantes que el mentís, y exaltada, herida en su repugnante amor propio, la prostituta, poniéndose en pie furiosa y dando un puñetazo en

la mesa, que hizo saltar y derramarse por el mantel un vaso de vino:

—Basta de palabras, ¿he?—dijo con voz de trueno.—Yo apuesto contra todas vosotras, y cuando queráis me someto á la prueba.

Y tirando la silla, se marchó á su gabinete, donde una vez sola, y sin saber porqué, estuvo largo rato llorando.

Aquella noche misma tuvieron las mancebas gran conciliábulo. Había llegado el caso de vengarse, pero con una venganza completa, de las humillaciones recibidas por causa de la *señora del gabinete,* como ellas llamaban á Mari-Pepa. Ni uno solo de los parroquianos dejó de ser informado del suceso, y todos supieron el secreto de la hermosa sevillana.

La impresión recibida fué desagradable para muchos. Otros encogiéronse de hombros desdeñosamente.

—Para mí—dijo un marino—Mari-Pepa, con toda su insensibilidad, siempre ha valido lo mismo que mi muñeca de á bordo, y si me sirve la una para las soledades del mar, quiero la otra cuando salto á tierra.

La frase tuvo éxito y el mote de Mari-Pepa también. Desde entonces se llamó la *muñeca de á bordo.*

—Yo qué quieres que te diga—confesaba



una de las tunantas,—pero hay cosas que no se pueden remediar, y puede estar una muy cansada de esta vida de perros, y tener siempre su alma en su almario. Yo no la comprendo á *esa*. Figúrate tú que ni siquiera tiene querido.

Y aconteció con esto lo que era lógico, perfectamente lógico esperar de las aberraciones á que nos somete la cándida altivéz propia de la naturaleza humana. Aquellos hombres, que á todas horas manifestaban su desprecio á la mujer degradada, los que proclamaron, para disculpar su vicio, como único móvil que al lupanar les llevara, la necesidad y hasta el precepto higiénico asegurando la completa abstracción, la indiferencia absoluta con que miraban el caso de que la mujer compartiera ó no los goces propios del desahogo sensacional, al que sigue la debilidad del cuerpo y la depresión intelectual en razón directa de la sensación misma, aquellos que reducían todas las formas del contacto carnal al valor *sensación*, y se tenían por espíritus superiores, sintieron de improviso como herido profundamente su amor propio, y experimentaron algo como el malestar que se apodera del corazón después de una derrota, y todo varonil denuedo que pudiera servir para empeñarles más y renovar la

lucha, huyó de sus ánimos, huyendo también ellos, y retrocediendo ante la gran muralla de lo imposible, muralla levantada por la ciencia médica y en la cual las letras, formadas con fragmentos de hielo, y clavadas en las junturas de las piedras, decían siguiendo una línea rigurosamente recta:

ENERVACIÓN MENTAL

Mari-Pepa vió disminuir poco á poco su clientela y con ello pasó, del disfrute de los privilegios inherentes á la mercancía que produce mayores ingresos, á la igualdad social, que resultó ser el triunfo y coronamiento de esta campaña emprendida con tanto acierto y tan profunda filosofía por sus compañeras.

Y no limitándose en este punto la decadencia, siendo menores cada vez los recursos que la suministraba su secreto, ya divulgado, la discípula de don Francisco despidióse de aquella mancebía y durante los quince años restantes recorrió con varia fortuna casi todas las que existen en Madrid. Pero á todas partes, como estigma fatal, llevó consigo la fama de aquellas dos cualidades suyas que tuvo en tanta estima, y seguramente hubiera llegado á conocer la miseria, á no ser porque



de estos mismos daños hubo de surgir el remedio.

Contaba entonces Mari-Pepa cuarenta y cinco años, aunque nadie hubiese calculado en ella semejante edad, al ver la aniñada expresión de su fisonomía y la pura firmeza de líneas que ondulaba en aquel cuerpo de formas, en las que era tan escultural la curva como lo es en el mármol, del cual tenía la dureza, el menudo grano brillante y la frialdad rebelde al calor de todo contacto.

Mari-Pepa estaba en uno de aquellos accesos de furor, tan temibles por ser en ella poco frecuentes. Reconcentrando en sí misma y disimulando estas iras, ocupaba una tarde su puesto de acecho en el balcón de la mancebía, cuando un transeunte, levantando la cabeza y viendo el aspecto de la casa, y aquella mujer sentada, entró resueltamente en el portal.

Mari-Pepa no se movió de su silla para salir al encuentro del que llegaba. Era inútil. No quería sufrir nuevos desaires. Su fama, en alas de la envidia, había corrido tanto, que nadie ignoraba en Madrid quién era *la muñeca de á bordo*. Preferían los libertinos tener que habérselas con las veteranas de la pornocracia, cuyas carnes se encontraban cubiertas de cicatrices, como las de los inválidos de Tra-

falgar, á sentir entre sus brazos la porcelana limpia y brillante que tan exactamente recordaba el mote de la andaluza.

Llevaba Mari-Pepa quince días de holganza, que con crudas frases la echaba en cara la dueña de la mancebía.

—Hija, tú debías haberme dicho que con toda esa fachenda no eres de carne y hueso como la que más y la que menos, y te hubiéramos guardado para máquina el día en que se ponga fábrica de esto.

El desconocido entró. Era un joven de veinticinco años á lo sumo. Vestía con elegancia extremada, exagerando la moda, andaba con desenvoltura, encontrándose en el lupanar como en terreno propio, sin encogimiento ni turbación alguna, y sin manifestar tampoco ese desenfado y cinismo con que muchos tratan de disimular las anteriores ú otras distintas impresiones, y que por ser disfraz del cuerpo y careta del rostro, siempre dejan descubrir la verdadera personalidad debajo del fingimiento; de aquel hombre, en fin, como de ciertos actores, acostumbrados á dominar y vencer al público, pudiera decirse que *sabía pisar las tablas*.

Resultaban todos sus miembros bien proporcionados, conociéndose y abultándose bajo

el traje un admirable desarrollo muscular, y su mediana estatura era la estatura de los grandes gimnastas, que desde luego acusa la varonil belleza de la fuerza recogida y reconcentrada, arrollada en sí misma dentro del espacio preciso, obedeciendo casi al desenvolverse á la distensión terrible de esas hojas toledanas que saltan y vibran, deslumbran y matan, y que los espaderos, para demostrar su temple, entregan enroscadas como serpientes dentro de una caja redonda, cuya circunferencia tiene el diámetro de la moneda de veinte reales.

Había en su actitud la serenidad de las naturalezas perfectamente equilibradas, y en sus facciones, la sana palidez que resulta de los ejercicios corporales, no la que dejan como recuerdo las continuadas noches de orgía; miraban sus ojos con decisión y franqueza y era una fuerte mancha de color tan negra y vigorosa la que formaba sobre el labio su poblado bigote, que se recreaban los ojos en verlo resaltar sobre la corrección y blancura de su rostro, blancura que se desvanecía en los reflejos azulados de la barba recién afeitada, y que se limitaba en los bien peinados cabellos, resultando de aquella lucha entablada entre lo viril propio y las adquiridas y sobrepuestas afeminaciones de la moda, que este individuo

parecía haber elegido en la historia como tipo del cual pretendiera pasar por émulo al pederasta Heliogábalo.

—No llames á ninguna—dijo á la celestina que le acompañaba;—yo vengo por esa.

Y extendiendo el brazo, señaló á Mari-Pepa.

—¿Por mí?—exclamó Mari-Pepa riéndose para disimular un estremecimiento y una impresión extraña que había recorrido todo su cuerpo.—Vamos andando.

Y añadió cínicamente, encarándose con el recién venido:

—¡Vaya, que tiene gracia! Pues, hijo, después de quince días que llevo de hambre, apuesto á que se me ha olvidado la manera de comer.

—Mejor que mejor—replicó el joven.

Y como continuase allí la vieja:

—Ya te estás yendo, que aquí maldita la cosa que se te ha perdido.

Y mientras que ellos se dirigían á la habitación inmediata, faltóle tiempo á la testigo para ir á contar el hecho inverosímil que acababa de presenciar.

Aquello fué un acontecimiento. *La muñeca de á bordo* debería estar creyendo que soñaba.

—¿Y quién es? ¿Tú lo conoces?

—¡Ya lo creo, y vosotras también! ¡Es el *Chulo!*—Y con cierto temor:—Aquí va á pasar algo.

La noticia de que el *Chulo*, aquel personaje especialísimo que entre las mujeres públicas de Madrid tenía la fama de hazañas tan inverosímiles como las de un héroe novelesco de Alejandro Dumas, era el que estaba en la casa y el que había elegido á Mari-Pepa, produjo honda sensación, aumentando la curiosidad en tales términos, que desoyendo las órdenes terminantes del ama, fuéronse todas de puntillas á la sala.

El caso no era para menos. Dada la reputación de insensibilidad de *la muñeca de á bordo* y la reputación de que el *Chulo* gozaba, aquello debía considerarse como un desafío entre dos adversarios de igual fuerza.

Nada se oía. Reinaba en la cerrada alcoba un silencio profundo, y á medida que éste se prolongaba, sintieron las curiosas crecer su ansiedad, aumentando las palpitaciones del corazón.

De pronto un grito estridente, grito de sorpresa, de dolor, pero también de alegría, grito que no tenía nada de las onomatopeyas humanas y participaba en cierto modo de los sonidos discordantes que emite en la animali-

dad la hembra sujeta por el macho, al sentir desgarradas sus entrañas, uno de esos gritos que parece como que destrozan las mismas moléculas del aire, surgió produciendo en los nervios de las que lo escucharon una irritación poderosa, y las prostitutas palidecieron y se miraron.

Aquel grito lo conocían todas ellas, todas ellas lo habían exhalado; era como el espantoso crujido que en el Polo produce el hielo cuando al fin se rompe vencido por el calor de los rayos solares: después hubo el ruido de una lucha, luego nada, nada más que un sollozo reprimido.

—¡Ah!—dijo el ama sin disimular su regocijo,—ya no es Mari-Pepa *la muñeca de á bordo*.

Mas duró poco esta alegría, fundada en esperanzas de futuros y pingües ingresos.

El *Chulo*, abriendo la puerta, se presentó en la sala.

—¿Aquí estamos todos?—exclamó al ver la tertulia; y dirigiéndose á la dueña de la casa: Me alegro, porque tú y yo tenemos que ajustar cuentas. ¿Qué te debe Mari-Pepa?

—Pues, hijo, dos onzas y media. ¿Te la vas á llevar?

—No me la llevo. Es ella la que se marcha, porque hay una persona que quiere retirarla

de la vida y ponerla al frente de una casa nueva. Toma el dinero y que vayan á buscar un *simón;* ¡volando!...

—Voy, hombre, voy; ¡pues no tienes tú poca prisa!

Y he aquí cómo se fundó el lupanar de Mari-Pepa, sin que nadie supiera otra cosa sino que el *Chulo* intervino en el asunto, convirtiéndose en el amante primero y único de la sevillana.

Y he aquí hasta el día en que nosotros la conocemos, la historia anterior de *la muñeca de á bordo.*

III

Siete años, como ya hemos dicho, llevaba de existencia la casa de Mari-Pepa, é igual tiempo contaban de duración las relaciones que hemos visto comenzar entre la sevillana y el *Chulo,* personaje y figura tan principalísima en el estudio médico-social que estamos escribiendo, que bien merece no quedar meramente bosquejado, que es como resulta al final del capítulo anterior.

Sirva lo dicho como presentación, y digamos ahora, ampliando detalles, que Arístides era el verdadero nombre del *Chulo*, nombre griego que sentaba de perlas á su hermosura helénica.

No se le conocía renta ni profesión alguna, como no fuese la de frecuentar los paseos y teatros, sitios en que podía exhibir su refinada elegancia, su gallarda apostura, cualidades externas que eran en él extremadamente notables. Trato social y relaciones amistosas, si es que lo constituyen el saludo, no le faltaban á nuestro individuo, porque Arístides saluda-

ba en paseos y teatros á casi todos los concurrentes.

En la lucha por la existencia, todas las armas se utilizan y cada gladiador elige la que más cuadra á la fuerza de su brazo ó la que mejor maneja. El escritor la pluma, el político la intriga, el banquero el crédito y el albañil el andamio.

Pero las dos armas que dan el supremo poder y la mayor victoria, pocos se atreven á tocarlas, porque se necesita terrible destreza para usar de ellas, y casi siempre se vuelven contra el mismo paladín. El pueblo y la mujer son estas armas, y el amor es para los dos la misma empuñadura.

Dejaba Arístides el amor de los pueblos para que lo manejasen los reyes á su antojo, que no le llevaron nunca sus inclinaciones á tan árduas y peligrosas empresas; y como el emperador de la decadencia romana, con quien hubimos ya de compararle, prefirió reclinarse en carroza de marfil, de la que iban tirando, como sumisas esclavas, gran multitud de mujeres desnudas.

Por aquel entonces, las especulaciones de la Bolsa daban lugar en Madrid á tales desastres, que algunos capitalistas hubieron de realizar

con ganancia ó pérdida y retirarse medrosos ante la vertiginosa rotación á que por extraño impulso se entregaba el azar, prefiriendo por ello echarse á un lado á estar en el centro del movimiento, donde podía, en ocasiones, sentirse la inefable dicha de subir á la altura; pero se corría el riesgo de verse herido y alcanzado por el volante de la máquina.

Entre estos capitalistas hubo alguno á cuya noticia llegaron las hazañas de aquel guapo mozo, que, sin tener recursos propios, gastaba el oro á manos llenas, y hubo de saber también que el secreto de Arístides consistía en procurar sensaciones nuevas á las naturalezas gastadas de las prostitutas.

El capitalista que estos informes adquirió, túvolos en estima, y con la mayor sorpresa Arístides (a) *El Chulo* recibió una carta en que se le suplicaba que para tratar de un negocio que seguramente le interesaría, érale conveniente estar el próximo domingo en el atrio de la iglesia de San José á la salida de misa de doce.

Aunque el lugar de la cita era el más apropósito para no inspirar desconfianza ni temor alguno, y menos atendiendo también á la hora en que la cita se daba, como el andar entre la gente de rompe y rasga, fecunda en

astucias y estratagemas, habíale hecho prevenido, y por más que la carta estaba, aunque escrita de mano varonil, redactada en forma que no es la corriente para todo cartel de desafío, nuestro elegante se propuso acudir al atrio de la iglesia; pero cuando se presentó en él llevaba una navaja en el bolsillo.

Por usar esta navaja para su defensa, y por saberla manejar magistralmente, Arístides había merecido de los que frecuentan las casas de prostitución aquel apodo de *El Chulo*, que tan reñido estaba con su dandinismo á la inglesa.

Pero sus precauciones resultaron extremadamente ridículas cuando se dió á conocer la persona que las motivaba.

Era el último feligrés que salió del templo, y seguramente debió ser el primero que entró en él para oir la misa.

Arístides le conocía. Le conocía como puede conocer el hombre que vive de aventuras al personaje cuya elevada posición oficial, nobilísimo apellido y cuantiosa fortuna colocan en primera línea.

Siempre lo halló en solemnes y aparatosas ceremonias oficiales: un día en la apertura de Cortes lo vió vestir el severo frac y confundirse entre los senadores del Reino; otra vez

supo que pronunció un discurso en contra del reconocimiento del Reino de Italia, discurso que fué la delicia de todo el clero español; luego lo encontró en una recepción de la Academia Española, y por último, yendo una noche á la puerta de los Príncipes para ver entrar los invitados á un baile de Palacio, el senador y académico se apeó de una magnífica carretela, vistiendo el brillante uniforme de los grandes de España.

—¿Quién es ése?

—Es el marqués de Villaperdida.

Experimentó, pues, inaudita sorpresa, cuando el marqués con la frente mojada de agua bendita, dijo al pasar al lado suyo en el atrio de San José:

—Sígame usté, sin acercarse.

El joven obedeció ciegamente y el personaje, en lugar de dirigirse á su palacio, que estaba situado en la misma calle de Alcalá y á corta distancia de la iglesia, emprendió el camino por la de las Torres, siguiendo luego á la de las Infantas y entrando en una casa de modestísima apariencia.

Dos horas después salía el *Chulo* con el semblante regocijado y con tales preocupaciones en el pensamiento, que llegó á decirlas en voz alta, cosa que nunca le sucedía.

—¡Vaya que es un plan magnífico! Veinte casas de á tres pesetas, diez de á duro y otras diez de lujo. Y yo al frente de todo esto.

Luego, apercibiéndose de que las gentes le miraban, se dió un bofetón en la boca:

—¡Cállate, bruto, que hay que hacerlo con el mayor secreto!

Y cerrando los ojos volvió á ver, en sus recuerdos de la entrevista, la palidez amarillenta de aquel semblante demacrado, en que la piel era seca y térrea, y en el que eran los ojos lo único que brillaba, con el brillo intenso de la calentura hética; vió también aquellos miembros enflaquecidos sin duda por los sudores nocturnos de esta misma fiebre subsistente; sintió el terrible calor de aquellas manos, y el olor infecto que dominando el de los perfumes derramados en la ropa, exhalaba el cuerpo del excelentísimo é ilustrísimo señor marqués de Villaperdida.

—Ese hombre está muy malo—pensó, resumiendo sus impresiones.

Arístides no perdió el tiempo. Tenía muchos quehaceres, y se confiaba tanto en su actividad como en su inteligencia. Hizo prodigios, se multiplicó, porque era preciso, porque no debía servirse de ningún agente intermediario

para su colosal empresa. Recorrió los lupanares repartiendo el oro á manos llenas y causando una verdadera transformación. Tuvo que sostener una lucha titánica, vencer obstáculos que parecían insuperables, porque llegaron á alarmarse ante la terrible competencia que surgía de improviso. El *Chulo* entraba en las mancebías como le hemos visto entrar en la que estaba Mari-Pepa, pagaba las deudas de las prostitutas y se las llevaba sin decir adónde. Pronto halló tales oposiciones en todas partes, que tuvo necesidad de ausentarse de Madrid, y recorrer la Andalucía, Valencia y Cataluña. En cada uno de estos viajes regresaba trayendo en su compañía un verdadero cargamento de mujeres, elegidas por él en las cloacas de la prostitución de provincias. Y cuando los lupanares más antiguos de Madrid quisieron acordar remedio, y se aprestaron á la defensa, tuvieron que sucumbir declarándose vencidos, porque ya era tarde. Habíanse fundado hasta cuarenta casas nuevas, de diferente precio.

Arístides mandaba en todas ellas. Arístides no era ya un hombre, era casi un dios, estaba dotado de un poder incontrastable, terrible, inmenso. Madrid estaba á sus pies, él lo dominaba, lo sometía, y desde el alto asiento

donde imperaba su varonil belleza, ya no eran sólo esclavas las que iban tirando de la carroza de Heliogábalo, era un pueblo entero el que se enganchaba en lugar de las bestias; y desde lejos, en aquella gran parada pornográfica, mareábase la vista, mirando entrecruzarse al andar, las piernas desnudas de las bacantes con las patas de macho cabrío de los sátiros, confundidos todos en las filas, y dando vivas al pasar por delante del emperador.

El *Chulo* continuaba siendo amante de Mari-Pepa, y más que amar, adoraba á *la muñeca de á bordo.* Ella y él, en un día y en un mismo instante, habían soldado la cadena que los unía para siempre. Ella, perdiendo la insensibilidad, contrajo por Arístides ese profundo amor que se confunde con el amor á la vida, y es algo como el agradecimiento de la carne muerta hacia aquél que la resucita. Él procuraba inútilmente buscar en otras la verdad que en ella tenían las caricias, la pasión del abrazo, y el grito, aquel irresistible y desgarrador grito que siempre se reprodujo como aullido de loba enamorada que empieza hiriendo los oídos y termina mordiendo en el cuello.

El primer lupanar establecido fué el lupanar de Mari-Pepa, y después de muchas re-

flexiones prefirió el *Chulo* fundarlo en las pobres condiciones que ya conocemos, llevado tal vez de un impulso celoso, y procurando que de este modo estuviera su amor más escondido, cuanto más bajo fuera el sitio en que lo encerrase.

Y á la verdad que nada pudo en contra de su amancebamiento, ni sirvió para aflojar tales lazos la diferencia de edades, porque Mari-Pepa á los cincuenta y dos años representaba los treinta que tenía el *Chulo;* dormida su sensibilidad hasta el día en que Arístides la despertó con su primer beso, naciendo para el amor y la voluptuosidad muy tarde, acaso por la misma razón de haber servido demasiado pronto para la lujuria, entregó al amante único, si no la virginidad de los órganos, la juventud de su carne, conservada fresca entre el hielo.

Desdeñó Arístides poco á poco los goces de otros lechos que no fueran el de la sevillana, y ésta, sin violencia alguna, renunció á la explotación de su cuerpo, que ya no necesitaba en su nueva calidad de ama de casa.

¡Caso verdaderamente notable y hecho digno de la observación y el análisis más minuciosos! En ella, las repugnancias de los sentidos, que anulaban antes toda conmoción or-

gánica, al desaparecer de improviso, originaron tan profunda revolución y alteraciones tales, que reemplazando la pasividad con fuerzas activas, perdió toda indolencia, adquiriendo en cambio la exquisita impresionabilidad de las naturalezas nerviosas, las frenéticas y terribles expansiones que convierten y modifican el desmayo, dándole los caracteres epilépticos. En él, su temperamento sanguíneo, su juventud robusta, la plétora de calor vital que circulaba por sus venas y se abrigaba en sus músculos, todo aquello que antes jamás estuvo en reposo y no encontraba nunca desahogos suficientes, con la repetición del goce, ni con la variedad de lo gozado, halló por fin descanso, se apaciguó al circunscribirse y limitarse al saludable exclusivismo del amor correspondido.

El amor era lo que sentían, aunque no ciertamente el amor que cantan los poetas, exaltación ruinosa del cerebro, concepción de enfermizo entendimiento, sino más bien la humana simpatía de dos temperamentos que se completan al confundir su sangre y encuentran su equilibrio perfecto al hallarse en contacto, su mayor goce al ejercer una función, y al terminarla no quedan hastiados, sino satisfechos.

Todos los madrileños de la vida alegre supieron de estos amores, que proporcionaban gran regocijo á las conversaciones de los libertinos, y no faltaron envidiosos á la dicha de Arístides, porque Mari-Pepa, con sus cincuenta y dos años, era tan hermosa y apetecible como cuentan que lo fué Ninon de l'Enclos á la misma edad.

Aun cuando el lupanar de Mari-Pepa pertenecía, como ya sabemos, á la última de las tres categorías en que estaban divididos los cuarenta que estableció el *Chulo* en Madrid, era de todos ellos el mejor organizado, y también el más importante, ya que no por la calidad, por el número de prostitutas con que contaba. La casa tenía dos pisos, y por ser casa antigua, espaciosas habitaciones en los dos, habiendo tantas, que cada mujer podía tener su alcoba, sin que como en otras mancebías fuera preciso nunca colocar dos camas en un solo cuarto, ni se vieran obligadas á dormir dos mujeres en la misma cama.

Reinaba con este, y quizás por causa de este conveniente aislamiento y separación, el mayor orden, contribuyendo mucho la vigilancia más constante de Arístides, el cual, para conseguir el perfecto desenvolvimiento de la empresa, estableció allí su cuartel general de

operaciones, tuvo en él, digámoslo así, la oficina central, convirtiendo en sucursales las treinta y nueve casas restantes.

Se sabía en Madrid que el *Chulo* no era dueño de aquella especulación bochornosa, pero planteada bajo tan colosales proporciones, que sus rendimientos hacían llegar algunos á la maravillosa fortuna de Monte-Cristo, y si bien exageraban la cifra, era lo cierto que á juzgar por el boato de que Arístides daba muestras, podía suponerse que, pues éste como director derrochaba tanto y ganaba tan crecidas sumas, el verdadero propietario de la empresa debería embolsar fabulosas utilidades.

La casualidad hizo que Mari-Pepa llegara á enterarse del secreto que Arístides se negó á revelar á cuantos le preguntaban, si bien antes de tal azar hubo varios incidentes y pormenores que pusieron ya sobre la pista su sobrexcitada curiosidad femenina.

Notó la sevillana que en el cuarto elegido por su amante para poner en él, mesa de escritorio, un gran armario donde guardaba los registros y libros de caja llevados con escrupulosidad suma, y la misma caja de valores, una verdadera arca de hierro de construcción norteamericana, que en aquel cuarto, repito, donde pasaba las mañanas dos ó tres ho-

ras sumando grandes columnas de cifras, y donde venían semanalmente á entregar las recaudaciones las mujeres puestas al frente de las sucursales, érale permitido entrar y salir á todas horas y todos los días, excepto los domingos por la noche, porque en tales momentos, Arístides, después de la cena, que terminaba siempre á las nueve, levantándose de la mesa:

—Voy—decía—á extender el balance, y quiero estar solo para no equivocarme. Me encierro y aunque llames ni te abro ni te contesto siquiera, porque me distraes.

Ella no llamó nunca, pero la preocupaba aquel largo encierro, que llegó á durar muchas veces hasta cuatro horas, y que la obligaba á estar rendida de sueño esperándole para acostarse, y humedeciéndose las sienes con agua fría, pellizcándose ó paseándose con el objeto de no dormirse.

Una noche no pudo resistir más. Eran cerca de las dos de la madrugada, íbase á cerrar la puerta de la calle y Arístides continuaba en el escritorio. Se quitó las zapatillas, y descalza, conteniendo el aliento, y al contenerlo teniendo que reprimir inoportunos accesos de tos, se acercó de puntillas y miró por el ojo de la llave en la cerradura.

Gran esfuerzo la costó no lanzar una exclamación de sorpresa. Su amante no estaba solo. En el frente principal de la mesa, sentado en el sillón de Arístides, vió un hombre, y Arístides, de pie al otro lado, le escuchaba en actitud respetuosa. Aquel debía ser *el señor,* el personaje desconocido de quien se ocupaban tanto, y que se ocultaba á las mejores investigaciones de los curiosos. Pero ¿por dónde había entrado? Esto era lo que Mari-Pepa deseó saber. ¿Qué decía? Escuchó.

—Yo no niego que las cuentas estén bien ajustadas. Las he visto despacio. Pero no me bastan los ingresos que resultan. Además, con esas perdidas no debe usted guardar tantos miramientos.

—No guardo ninguno, pero es preciso ser de bronce, señor marqués, para no compadecerse de ellas; ¡son tan desgraciadas!

—Son unas pecadoras—replicó con severo acento el personaje,—unas pecadoras impenitentes, las más infames, las más despreciables. Son la impureza con toda su podredumbre.

—Pero nosotros especulamos con esa impureza—exclamó el *Chulo* sin poderse contener.

—Usted especulará, yo no. Usted, como ellas, vive condenado é impuro. Yo no toco siquiera el dinero que usted me entrega. Yo cum-



plo un alto fin y expío los males que causé en las inexperiencias y extravíos propios de la juventud.

—Eso...

—Eso es la verdad como los Sagrados Evangelios. El dinero del pecado, el dinero del vicio corría antes por Madrid como agua desestancada del cenagal, que iba dejando miasmas pestilentes por donde pasaba. Satanás vencía, nos vencía á nosotros los hijos de la Iglesia, los devotos de la religión católica apostólica romana. Hoy es un servidor nuestro, un esclavo aherrojado por fuerza y vencido con sus mismas armas. ¡Ah! ¡ah! mi pensamiento ha sido magnífico. Las inmundicias de la carne producen una fortuna maldita; pero esta fortuna ya no puede dañarnos, y estas inmundicias, al llegar á Roma, caen convertidas en flores místicas de la caridad, que remedian al más necesitado y más augusto mendigo. Ayer tuve carta. Bien pagado estoy al enviar dinero y recibir en cambio bendiciones.

Y dando treguas á su exaltación:

—Conque vamos á ver, según resulta de las cuentas de la semana, los cuarenta lupanares producen solamente... ¿cuánto?... ya no me acuerdo... vuelva usted á leerme ese total...

—Ocho mil setecientos sesenta reales diarios, ó sean dos mil ciento noventa pesetas.

—De manera que mi giro mensual no puede ser más que de... hágame usted el favor de echar esa cuenta.

Arístides obedeció y mientras hacía la multiplicación, el marqués se arrebujaba en su gabán de pieles, murmurando: —¡Qué frío tengo, Dios mío, qué frío tan espantoso!» y en aquel silencio se oyó el chirrido de la pluma manejada por Arístides y el castañeteo de dientes del desconocido.

—Puede usted girar cada treinta días, que es el mes comercial, doscientos sesenta y dos mil ochocientos reales.

—Trece mil ciento cuarenta duros, una miseria...—exclamó el personaje.—Es poco, muy poco.

—Sin embargo, los ingresos van aumentando. El mes pasado recaudamos diez mil y pico de duros.

—Repito que es poco. El ingreso aumenta muy lentamente.

—No puede usted quejarse sin embargo de la administración.

—Vamos á ver, ¿cuántas mujeres hay en cada casa de las de tres pesetas?

—Diez mujeres y son veinte las casas esta-

blecidas; pero en esta casa, que es la central, hay veinte prostitutas.

—Y dice usted que cada mujer viene á producir por término medio...

—Un día con otro, salen á veinticuatro reales.

—De manera que las doscientas mujeres...

—Dan un total de ochocientas pesetas, porque nosotros no cobramos las tres pesetas.

—¿Pues cuánto?

—Dos nosotros y una ellas.

—¡Hum!... siga usted. ¿Término medio de las diez casas de á duro?

—El mismo en proporción. Cada mujer dos duros, cobran ellas dos pesetas de cada duro y nuestro total diario es de seiscientas pesetas.

Nuevo gesto de disgusto.

—Por último—terminó Arístides, nervioso é irritado,—las diez casas de á cinco duros dan el total de setecientas cincuenta pesetas, y sumados estos totales arrojan las dos mil ciento noventa que hemos visto.

—Hay que pensar, hay que buscar un remedio, hay que ganar más.

—No sé cómo. A no ser que se aumente el número de casas.

—O que se rebajen los honorarios.

—¿A quién?



—A ellas, á todas ellas.

Arístides no pudo contenerse.

—Yo no hago eso. Eso es muy duro, muy cruel.

Mari-Pepa, al oir el hermoso acento con que Arístides pronunció estas palabras, sintió que el llanto nublaba sus ojos. ¡Oh, cuántos besos iba á dar á su querido por aquella rebeldía!

—Está bien—dijo el marqués,—ya meditaremos en esta semana.

Y levantándose penosamente:

—Es muy tarde... y antes tenía frío... ahora hace aquí un calor insoportable... buenas noches...

Mari-Pepa creyó que iba á ser sorprendida, porque no tenía tiempo para huir. Pero con grande asombro suyo vió que Arístides y el marqués, lejos de dirigirse hacia donde ella estaba, se acercaron á la pared de la habitación.

Arístides tocó un resorte y se abrió una puerta secreta por la que desapareció el marqués de Villaperdida. Era una comunicación con la casa inmediata.

—¿Qué hacías aquí? ¿Nos escuchabas? ¿Le has visto?—exclamó el *Chulo* sorprendido, al salir del escritorio.

—Sí—dijo echándole los brazos al cuello;—¡toma, toma y toma! ¡bendito seas!—exclamó

besándole en la boca, en las mejillas, en la frente, en los párpados;—te quiero más desde que he visto cómo te negabas á la infamia que pretende hacer ese tío...

—Y el marqués... ¿qué te parece?

—¡Ah, qué asco! Vámonos pronto, ¡tengo el estómago revuelto!

IV

El palacio de la calle de Alcalá, residencia del marqués de Villaperdida, era, más que palacio, un caserón inmenso, de ruinoso aspecto, que contrastaba con las nuevas edificaciones. En el portal había entrada para carruajes, pero no entraba ninguno más que *el del señor,* una carretela de antiguo modelo que le servía para dar un paseo por la tarde, en cuyo paseo le acompañaba el médico de la casa, y más generalmente el sacerdote, porque el marqués tenía médico y sacerdote y éstos vivían en el mismo edificio.

El sacerdote servía la capilla que estaba dentro del palacio, y en la cual, por privilegio especialísimo concedido á este grande de España, podía celebrarse el oficio divino; todo ello autorizado y legalizado por Su Santidad.

Estas tres personas y la servidumbre poco numerosa eran los únicos moradores, porque el marqués enviudó á los dos años de su casamiento, siendo la muerte de aquella mujer joven y hermosa, un recuerdo que nadie evoca-

ba sin estremecerse, al reproducir el cuadro de una enfermedad horrible, de una agonía llena de gritos de dolor, de blasfemias, que obligaban al cura á taparse con las manos los oídos, y de maldiciones á su marido, maldiciones que el marqués escuchó inclinada la frente y doblada la rodilla, juntas y cruzadas las manos sobre las ropas del lecho, balbuciente el labio y repitiendo trémulo: «Perdóname, perdóname.»

De este matrimonio tuvo un hijo, que actualmente terminaba su educación en París, y á quien el grande de España pensó hacer ingresar en la carrera de diplomacia.

Para salones fríos y desiertos y oscuridades medrosas, para muebles antiguos, para soledad, abandono y telarañas, no había nada en la Corte como el palacio de Villaperdida. La sombra y el silencio ejercían en aquellas habitaciones inmensas tal imperio, que cuando brillaba el sol, sólo calentaba á través del cristal los postigos cerrados, y todo ruido de pasos se apagaba en las alfombras de grueso terciopelo. En las arañas de cristal y en los candelabros de bronce las bujías, que no se encendieron nunca, amarilleaban como si padecieran el histerismo de su larga virginidad. Jamás el aire de la calle entró juguetón á en-

redar los flecos de las colgaduras, ni sentó sus átomos de polvo en el raso de los sillones, ni derribó un jarrón de la antigua consola, ni se columpió en las pesadas borlas del cordón de la campanilla; los espejos, los grandes espejos de Venecia, no reflejaron nunca las sonrisas de la mujer, ni los visajes del niño que se divierte al verlos reproducidos en la tersa superficie, y sólo se miraban en ellos los sillones que estaban enfrente, inmóviles y con los brazos abiertos, en la actitud desolada que los hacía semejantes á seres animados cuando esperan el amor, tienen preparada una caricia, y se mueren sin que llegue el cuerpo que debe recibirla. Las mesas jardineras dijérase que empleaban el ocio retorciendo sus patas en un constante desperezo que á veces producía un crujido, y los cortinajes blancos, los portieres de damasco caían sobre los huecos como párpados cerrados durante un sueño profundo, que tendía la alfombra cuan larga era para dormir debajo de los muebles. Y en los frescos que pintaban los techos, obra de artistas reputados, frescos en que entre nubes jugaban con las flores los amorcillos desnudos, las flores estaban marchitas, los juegos interrumpidos y los delicados miembros de la infancia palidecían de frío.

Allí, en aquel silencio, estaban imitados los ruidos del sepulcro, el roer de los gusanos, y el extravasamiento de la descomposición, y resonaban también allí, en los salones cerrados herméticamente, los pasos de la servidumbre en las habitaciones del segundo piso, como deben resonar en hueco las pisadas de los sepultureros sobre el ataud.

De toda la planta principal, destinada desde tiempo inmemorial á morada de los marqueses de Villaperdida, de todo aquel caserón, sólo estaban habitadas la capilla, el comedor y tres gabinetes con alcoba, uno para el marqués y los otros dos inmediatos á éste, en los que vivían el sacerdote y el médico.

En ellos se reconcentró la vida, pero ¡qué vida!

Don José de las Lanzas y de las Medias Anatas, Campo de Gules y León rampante, conde de Riosucio y marqués de Villaperdida, que todos estos eran los apellidos y títulos de nuestro personaje, levantábase á las ocho de la mañana, auxiliado en estos oficios por su mayordomo Uñalarga, y con tardo é inseguro paso llegaba á la capilla, donde ya le estaban esperando el padre Manrique, revestidas las ropas sacerdotales, y de pie ante el altar, y el doctor Pérez sentado en una silla-reclina-

torio, restregándose los ojos y reprimiendo innumerables bostezos.

El mayordomo servía de acólito al cura durante el Oficio divino; el médico oía la misa sentándose hasta cuando se arrodillaba, puesto que doblando los muslos, descansaba el cuerpo sobre los dos talones de los piés, y el muy alto y poderoso señor—que diría la época feudal,—marqués de Villaperdida, puesto de hinojos sobre blandos cojines, dábase grandes puñadas en el pecho, prorrumpía en hondos lamentos, rezaba en voz alta y plañidera, y de vez en cuando «Perdóname, Señor, perdóname,» exclamaba, como exclamó al pie del lecho de la moribunda.

Y siempre la misma frase al terminar el sacrificio, la misma súplica ardiente al sacerdote.

—¡Una bendición para mí, para mí solo, padre mío!

A lo que el padre Manrique, empuñando el cáliz con la siniestra mano, y poniendo sobre la patena la derecha, ni daba lo que le pedían, ni contestaba, y bruscamente, casi irritado, volviendo la espalda al grande de España, hacía la última genuflexión ante la imagen del Crucificado, y allá se iban delante del mayordomo, hacia el cuartito utilizado como sacris-

tía, el amito, el alba, el cíngulo, la estola y la casulla, todos los emblemáticos ropajes que seguía con anheloso mirar el senador del Reino, esperando una palabra de compasión que jamás se pronunció.

Y mientras que el padre Manrique se despojaba de estas prendas sobrepuestas á la sotana, el doctor Pérez lanzaba un suspiro de satisfacción y acercándose al noble:

—Todas estas emociones le hacen á usted mucho daño. Vámonos de aquí.

Y entre el médico y el mayordomo, no sin costarles grandes esfuerzos de persuasión, conseguían que saliera de la capilla.

En el comedor estaba preparado el desayuno: dos tazones de chocolate y dos vasos de leche para el doctor y el padre Manrique, con su correspondiente bandeja de bizcochos. En cuanto al desayuno del marqués, prescrito por el médico, consistía nada más que en una bebida diluente de achicorias, ligeramente acidulada con un poco de zumo de limón ó grosella, y otras veces con unas gotas de ácido sulfúrico.

Después del desayuno, retirábase el cura para rezar su breviario, daba el marqués algunas órdenes á su mayordomo, y luego:

—Cuando usted guste, doctor, estoy á sus



órdenes—exclamaba mirando al médico, muy pálido y con voz medrosa.

—Vamos andando.

Y los dos entraban en el gabinete, cerraban la puerta, y al poco rato salían de allí gritos ahogados, roncos, poderosos, estridentes, la gamma entera del dolor, y á cada grito la voz de Pérez, diciendo con enojo:

—Vaya, señor marqués, ánimo, esto es preciso. ¡Ya me falta muy poco!

Y luego, al abrirse de nuevo la puerta, salía el médico solo, dejando tras de sí un largo quejido.

—¡Uñalarga!

Y sentándose á un lado de la mesa del comedor, que ya estaba preparada para el almuerzo, mandaba al mayordomo:

—Trae tintero, papel y pluma. Anda listo.

En la blasonada vitela de la casa escribía las siguientes recetas:

1.ª—	Cianuro de mercurio porfirizado..	6	granos.
	Opio bruto..................	12	id.
	Miga de pan.................	1	dracma.
	Miel........................	3	id.

H. S. A. 96 píldoras.

2.ª—	Cianuro de mercurio..........	6	granos.
	Agua destilada...............	16	onzas.

Disuélvase.

3.ª — Cianuro de mercurio........... 10 granos.
Cocimiento de linaza........... 16 onzas.
Disuélvase.
Cianuro de mercurio........... 10 granos.
Manteca..................... 1 onza.
Mézclese.

DOCTOR PÉREZ.

—¡Caramba, señorito!—díjole un día Uñalarga.—Todas las recetas de usted empiezan con mercurio. ¿Es porque Cupido necesita de los servicios de Mercurio en el cielo y en la tierra?

—Anda, muchacho, y dejémonos de mitologías; la primera son píldoras, ya te darán una cajita; para las otras dos lleva dos frascos, y la última te la servirán en un naipe; es una pomada. Y vuelve pronto, que ya me he ganado el almuerzo después de tres horas de *trabajar* con tu amo.

—Entonces irá otro, y yo sacaré el almuerzo en seguida.

—¡Bendita sea tu boca!

Con lo cual el médico, dando alegremente con los nudillos en la puerta del gabinete que ocupaba el sacerdote:

—¡Padre cura, á la mesa!

Los almuerzos eran silenciosos, y lo poco que se hablaba entre aquellas tres personas

versaba siempre sobre religión ó medicina. Para el primer tema, usaba el cura de la palabra; para el segundo, el doctor. Mas siempre las conversaciones terminaban pronto con un quejido del marqués ó una interrupción, pidiendo al mayordomo el abrigo de una manta, porque sentía frío, ó bien que abriese los balcones, porque sentía calor, cosas ambas á que el médico oponía su veto.

Una tarde, á consecuencia de alguna de dichas interrupciones, Pérez tomó la palabra.

—Ni mantas ni abanicos le remediarán á usted, señor marqués, porque eso que usted tiene no se cura tan fácilmente y con tan cómodos remedios. Yo conozco muy bien lo que padece, y puedo enumerarle ahora mismo todos los síntomas.

—¡Oh! ¡por Dios! ¡no me avergüence usted!

—La vergüenza es una expiación que se debe á la Providencia—dijo el cura con su habitual dureza;—siga usted, doctor.

El marqués bajó la cabeza resignado.

—Pues llamemos á la enfermedad de usted, para que no se avergüence nadie, *clorosis,* ya que uno de los síntomas hallados por los que se han ocupado en analizar la sangre, lo constituye una disminución en la cantidad de los glóbulos. La atrofia ó extenuación insensible



de todo el cuerpo es otro de los más comunes, é indudablemente en muchos casos, aunque no en éste, por estar aquí yo, un efecto muy general del mercurio mal administrado. He visto un enfermo que había tomado poco ó ningún mercurio, y que llegó en breve tiempo á una demacración extrema. Se les ve perder sus carnes y el aspecto de salud de que gozaban, enflaquecer algunas veces de repente, alterarse el semblante, tomando un color pálido amarillento. La irritabilidad y el insomnio son también dos síntomas de esta dolencia; causan á los enfermos grande incomodidad las bagatelas más ligeras, y son incapaces de ninguna ocupación diaria; se irritan y desazonan, disgustándoles todo y pasan las noches sin dormir. La ansiedad constante se reune muchas veces al estado de atrofia que acabo de relatar y aun parece en algunos casos ser su causa. Como siempre se halla este síntoma acompañado de la completa pérdida del apetito, basta para reducir pronto el cuerpo al más alto grado de consunción. Pero el síntoma irregular que más generalmente domina es la fiebre; no se limita á un solo grado de la enfermedad; puede sobrevenir, según las circunstancias, en todos los grados diversos; pero es sin embargo de esencia observar, que la fie-

bre que aparece al principio difiere mucho de la que domina después. La primera es verdaderamente sintomática y depende siempre de una afección local; y la segunda especie de fiebre, por el contrario, existe muchas veces sin que aquélla se descubra; de modo que la una cesa con la causa particular que la ha determinado, mientras que la otra subsiste en tanto que se halla la constitución afectada del... del vírus.

—¡Oh, por favor!—exclamó el marqués.

—Prosiga usted—dijo el padre Manrique, que durante la narración no separaba la vista del grande de España, como si fuera comprobando todos aquellos pormenores.

—Esta fiebre es siempre una especie de calentura hética, acompañada de síntomas colicuativos, sobre todo de sudores nocturnos: el enfermo enflaquece, en consecuencia, con prontitud; mas por una singularidad peculiar á esta calentura, no obstante la languidez y demacración á que se halla reducido, le queda bastante fuerza para continuar atendiendo á sus ocupaciones, aun mucho tiempo después que se ha declarado la fiebre. Se halla sujeto á accidentes alternativos de calor y de frío, particularmente á sufrir un calor considerable en todo el cuerpo por la tarde; á pasar las no-

ches en la agitación y el insomnio y á tener de una manera habitual el pulso muy frecuente.

—Es muy vergonzoso en efecto—interrumpió el cura,—muy vergonzoso y muy terrible, como todos los castigos de Dios.

—Estos síntomas—prosiguió el médico—no ocasionan grande inquietud mientras no llegan á un grado extremo, y el paciente no pierde la esperanza de libertarse del mal á menos que se manifieste alguna afección local.

—Inútil esperanza—rugió la misma ira del clérigo mirando con enojo al marqués,—inútil, porque la cólera del Señor es infinita, como su misericordia.

—Se ha dicho—y aquí el médico continuaba imperturbable sin hacer caso de las acotaciones del padre Manrique, como si estuviera explicando una lección en la cátedra de San Carlos;—se ha dicho con mucha confianza que el virus no podía existir en el sistema en grado capaz de producir algunos síntomas morbosos, sin manifestarse en la superficie del cuerpo ó de alguna manera evidente que no permitiese desconocerla. ¡Error, error gravísimo de que el señor marqués ha sido una prueba viviente! La opinión de que se trata, aunque sostenida con ingenio, parece absolutamente

destituída de fundamento y directamente opuesta á la observación de todos los médicos experimentados; porque tengo el convencimiento de que muchas veces existe por largo tiempo el virus en la constitución, y que produce la fiebre, como otros muchos síntomas, sin que resulte una afección local. Los accidentes de ésta vienen después, cuando por fin se presenta; entonces la piel se marchita, se pone seca y térrea, y entonces lo que antes llamamos *clorosis* para evitar, como ya dije, crudezas científicas de la frase que hieren á mis oyentes—añadió en tono de burla,—pudiera llamarse ahora, obedeciendo á las mismas razones, *caquexia cancerosa:* los enfermos presentan cicatrices, costras, úlceras horrorosas, pierden el uso de uno ó muchos sentidos y suelen exhalar un olor infecto, particular, que no hay palabras para definir.

—¡Qué estragos!—dijo esta vez el cura hondamente impresionado.

—Y terminaré diciendo que el régimen higiénico mejor dirigido, el uso de los analépticos y los remedios tónicos á propósito para restablecer las funciones del organismo tan profundamente arruinado, suelen contener en algunos casos esta desorganización general: eso es lo que vengo yo haciendo, y esa mi mi-

sión en esta nobilísima casa y cerca de su no menos noble representante; pero en otras ocasiones nada alcanza la ciencia contra unos desórdenes tan profundos: suelen agregarse diarreas pertinaces á estos peligrosos síntomas y llevan al enfermo al sepulcro por todos los grados del marasmo y la decrepitud. He dicho.

—Doctor, es usted un sabio, aunque un poco materialista—comentó el cura por todo cumplido.

—El señor Pérez es médico mío hace diez años, y me conoce, conoce mi enfermedad y mi naturaleza mejor que nadie. Tengo entera fe en él.

—Tenedla en el cielo—volvió á amonestar el severo *pater*.

—¡Que si le conozco á usted! ¡Que si conozco la enfermedad! ¿Quieren ustedes la mejor prueba? ¿Quieren ustedes que les diga—añadió el discípulo de Galeno, herido por la interrupción deista del sacerdote—lo que hay dentro del cuerpo del señor marqués? ¿Quieren ustedes, en fin, que, sin tocarlo, haga ahora mismo la autopsia como si tuviera entre mis manos el cadáver?

—¡Oh, eso no! ¡Eso de ningún modo! ¡No tengo valor para tanto!—gimió el infeliz, ate-

rrado como si viera el escalpelo brillar entre los afilados dedos del especialista.

El padre Manrique, retirando la silla, irguió su elevada estatura, y aquella figura negra y fatídica dijo con voz estentórea:

—Eso sí, porque será el mayor sufrimiento para el alma, el más eficaz remedio para la perversión y la mayor repugnancia hacia las miserias de la carne. Eso sí, porque será imitar el alto ejemplo del gran monarca hispano, que retirado en el claustro quiso presenciar sus fúnebres exequias. Eso sí, porque lo impongo yo como penitencia.

—¡Padre mío, perdón! obedezco;—y con un gemido, dirigiéndose al médico:—Empiece usted.

—¡Qué tontería! Nada, nada, dejemos estas cosas. Yo no hablaba en serio—arguyó el médico, compadecido de los sufrimientos del marqués.

—Empiece usted. Yo se lo suplico.

—De ningún modo.

—Yo lo mando.

El doctor obedeció.

Recogióse un largo rato en sí mismo, y luego:

—He aquí la autopsia—exclamó;—pero advierto que no podré disfrazar ninguna pa-

labra. Es la ciencia la que se expresa por mi boca, y el lenguaje científico siempre es puro, como es puro el alabastro, aunque esté desnuda la estatua. Voy, pues, á analizar todas las partes del cuerpo humano, y estas partes tienen su nombre único, que no permite otro en el anfiteatro. He aquí lo que daría á conocer la autopsia del cuerpo del señor marqués. Vamos por partes. Empiezo.

Cabeza y cuello.—Las membranas, el cerebro, el cerebelo ofrecerán todos los caracteres del estado normal: no habrá ningún engrosamiento, ninguna induración, ningún reblandecimiento ni serosidad en las cavidades; pero se notará tal vez algo menos inyección de la ordinaria en todas estas partes. Las paredes cranianas habrán conservado también su espesor y su cohesión normales, así en la bóveda como en la base. El velo palatino se hallará enteramente destruído, así como los dos centros posteriores de la bóveda del paladar; la faringe estará destruída también lo mismo que el origen de la parte posterior del esófago; las cuatro primeras vértebras cervicales se hallarán denudadas por su cara anterior, presentando una inyección viva, sin destrucción ni reblandecimiento de su tejido; la base del cráneo, en la parte que da inserción á la fa-

ringe, ofrecerá un desprendimiento del periostio, sin más alteración perceptible que una especie de sequedad de su superficie, y el mismo periostio se hallará inyectado y engrosado; la base de la lengua, el epiglotis y la laringe no habrán sido atacados por la ulceración; las amigdalas sólo estarán destruídas en parte; los límites de las partes enfermas serán muy bruscos, pasándose inmediatamente al tejido sano; lo interior de las fosas nasales no presentará ninguna úlcera ni otra alteración perceptible, y otro tanto sucederá en la laringe y la tráquea.

Tórax.—Presentarán los pulmones una hepatización gris, lobular, que ocupará las tres cuartas partes del lado izquierdo y cerca de dos terceras del derecho. Los núcleos de esta hepatización ofrecerán un diámetro que variará desde media á dos líneas; su sección será de un color gris amarillento, seca, granulosa, y el tejido que los separa de un rojo parecido al de la hez del vino, y por lo común impermeable al aire, aunque no granuloso; en cuanto á los núcleos mismos, serán enteramente sólidos y se precipitarán todos al fondo del agua; ocuparán principalmente la parte inferior del órgano, presentando el vértice todavía cierta extensión de tejido sonrosado y

crepitante: los bronquios, en fin, se hallarán sanos. Las pleuras no contendrán líquido ni habrán contraído adherencia alguna. El pericardio se hallará sano, así como el corazón, cuyo volumen será algo pequeño para la edad del individuo y sus cavidades contendrán tan solo una corta cantidad de sangre coagulada.

Abdomen.—Sería inútil describir minuciosamente todos los órganos; sólo insistiré en que parecerán apartarse algo del estado normal. Todo el conducto intestinal se hallará retraído sobre sí mismo; todas sus túnicas estarán muy pálidas y la mucosa presentará en todos los puntos su consistencia normal, aun cuando su grueso será menor. El hígado ofrecerá su volumen y consistencia fisiológicos: su color será muy pálido, de un amarillo claro, sin jaspeado alguno que incline á creer se halla compuesto de dos sustancias, y la vejiguilla de la hiel estará como medio llena de una bilis de buena consistencia y de color amarillo de ocre. El bazo presentará un volumen algo mayor del natural; será de un color rojo de hez de vino claro y muy enfriable y de la superficie de las incisiones ejecutadas en él fluirá una *materia esplénica* abundante. Nada notable presentarán los riñones, fuera de una inyección considerable en forma de



línea festoneada en los límites do ambas sustancias, participando el resto de los órganos de la palidez general de todos los tejidos. Los uréteres y la vejiga ofrecerán el tipo y carácter del estado sano. En la uretra no existirá ninguna alteración perceptible. Los testículos se hallarán completamente sanos.

—Con permiso, señor marqués—agregó el médico interrumpiendo su análisis,—tengo que ocuparme de las úlceras que tiene usted en el cuerpo.

El marqués nada objetó, y el médico, en vista de esto, siguió diciendo:

—La úlcera de la pierna se extenderá en muchas direcciones entre los planos musculares, y en algunos puntos hasta se hallarán destruídos estos músculos; pero en ninguna parte interesarán á los huesos ni á su cubierta. La del pie, por el contrario, tendrá comunicación con una cavidad formada en el primer metatarsiano y podrá contener un pequeño capullo de gusano de seda, cuya forma ofrecerá: esta cavidad se hallará como esculpida en el metatarsiano á expensas de la superficie interna: sus paredes estarán formadas por una capa de materia muco-celular más blanda, más elástica y más húmeda que las falsas membranas, cuyo aspecto ofrecerá: se hallará

bastante adherida á las paredes huesosas por su cara profunda, mientras que por la superficial comunicará en parte con el aire exterior, y se hallará cubierta en gran trecho por un secuestro del tamaño de una judía, en medio del cual se verán muchas prolongaciones que le unirán de una manera mediata. Ni aun haciendo este análisis prácticamente podría cerciorarme de si esta especie de falsa membrana contendrá ó no vasos. La trama del secuestro parecerá más bien enrarecida que condensada: la de las paredes huesosas será absolutamente normal, pareciendo que la cavidad se ha practicado del mismo modo que ciertos gusanos forman, royendo la madera, cavidades en el tronco de los árboles: por delante llegará la cavidad hasta el borde del cartílago, cuyo contorno habrá seguido sin interesarlo, y aun sucederá en algunos puntos que se hallará éste desprendido por la destrucción del hueso, sin ninguna otra alteración. Alrededor del orificio de la cavidad, estará el periostio desprendido en la extensión de una línea ó línea y media, excepto por detrás, donde lo estará en una extensión de más de cinco líneas: en todo el recto se hallará adherido como en su estado normal. La superficie del hueso estará sana en todos sus puntos, excepto en las



porciones donde se encuentra desprendido el periostio; allí presentará una rubicundez en forma de chapas pequeñas, de pintas ó líneas, y en algunas porciones, muy limitadas, un aumento notable de friabilidad, sin ningún cambio de estructura, como ya he dicho. Todos los otros huesos del pie, así como las tibias, los fémures y las clavículas se hallarán sanos. Los cuerpos de las cuatro vértebras denudadas, hendidos en distintas direcciones, no presentarán ningún vestigio de tubérculos, siendo su alteración superficial y enteramente análoga á la que acabo de describir en el metatarsiano.

—¡Uñalarga!—dijo al llegar á este punto,—dame una copa de vino añejo;—y encarándose con el cura:—Conque ya ve usted, señor padre Manrique, que yo, sin ser más que un pobrecito mortal, conozco el cuerpo humano lo mismo que si lo hubiera hecho en colaboración con el Creador de cielos y tierra.

Entre el médico y el sacerdote, entre el curador del cuerpo y el curador del alma del marqués, existía siempre una odiosidad que se manifestaba á cada momento, con cualquier pretexto y en todas las conversaciones.

Pero aquel día no hubo lugar á la réplica del cura, porque éste y Pérez tuvieron que



acudir en socorro del noble, cuyo cuerpo vino al suelo de improviso y con grande estrépito. El paciente no había podido resistir la autopsia relatada; escuchóla palideciendo cada vez más, y se desmayó por último, como si hubiera ido aspirando poco á poco todas aquellas pestilencias.

Levantáronle del suelo, y entre los dos y el mayordomo le llevaron á la cama.

—Saldrá del desmayo y dormirá hoy la siesta mejor que ningún día. No hay mal que por bien no venga. Lo que usted ha creído penitencia, produciéndole una fuerte conmoción, ha sido muy provechoso. Está visto que la religión no sabe lo que se pesca.

El sacerdote no quiso contestar, y salió del gabinete, tropezando con todos los muebles.

Con efecto; el marqués, expresando una grande alegría, dijo al volver en sí:

—¡Sueño!... ¡Tengo sueño! ¡Por fin voy á dormir!—dijo, y cerró los ojos.

Se retiraron Pérez y Uñalarga; este último después de entornar los postigos del balcón y cerrar las colgaduras del lecho señorial.

En el comedor encontraron al padre Manrique sirviéndose una copa de Jerez, que bebía á pequeños sorbos.



—Tengo el estómago no sé cómo. El almuerzo me ha sentado mal.

—¡Carape, señor cura! Tendría que ver que la penitencia impuesta al marqués con la descripción de la autopsia, le sirva de remedio, y sea usted el que la esté purgando.

Uñalarga hizo grandes esfuerzos para contener la risa.

Pero el infortunado clérigo, muy pálido, dirigió al doctor una mirada tan suplicante, que éste interrumpió sus bromas.

—Eso no es nada. Un malestar pasajero; tome usted una taza de te con tres ó cuatro gotas de agua de azahar y mejor de rom, y se quedará el cuerpo como si tal cosa. Anda, Uñalarga, sirve al señor lo que te he dicho. Y sobre todo, no lea usted hoy nada. Duerma, si puede, y mientras ustedes duermen, yo me quedaré aquí leyendo también mi breviario, ese libro que usted condena tanto, la *Introducción al estudio de la medicina experimental,* de Claudio Bernard, de un sabio.

—De un réprobo, de un condenado—exclamó, á pesar de sus náuseas y sin poderse contener, el padre Manrique.

—Bueno; pero de un réprobo que estuvo condenado á tener mucho talento.

Así transcurrían las tardes en el palacio de



Villaperdida, y mientras que el marqués dormía sus intranquilas siestas, el cura y el doctor unas veces sostenían estos altercados y otras jugaban al ajedrez.

A las cuatro en invierno y á las cinco y media en verano, enganchábase la carretela, y el noble, con sus dos eternos acompañantes ó con uno de ellos tan sólo, íbase á tomar el sol y á reanimar sus abatidos miembros, recibiendo las puras emanaciones del aire libre en la Casa de Campo ó la Moncloa.

Luego, á la vuelta y antes de comer, la terrible escena de la cura se repetía, y de sobremesa, consagrábase el senador á ejercicios piadosos con el padre Manrique, solos los dos en el comedor, porque Pérez salía todas las noches al teatro, al Casino, ó simplemente al café, donde se reunían sus antiguos condiscípulos de San Carlos.

Y siempre igual, siempre la misma vida pasada entre plegarias de desesperado á la Providencia y gritos de dolor del cuerpo miserable, siempre el devocionario al alcance de la mano, y señalado entre sus hojas el sitio donde la devoción quedaba interrumpida, sirviendo de señal muchas veces una de aquellas vitelas blasonadas en que el doctor escribía: «Cianuro de mercurio, tantos granos.»

V

Al día siguiente de aquel en que Mari-Pepa sorprendió la conversación entre su amante y el marqués, y supo quién era el personaje misterioso y vió sus pálidas y demacradas facciones, y se enteró por fin de lo que producía la empresa de los lupanares y adónde iban á parar aquellas ganancias, al siguiente día, repito, la sevillana estaba triste.

Triste y contrariada, sintiendo por primera vez el hastío de la vida, que indicaba en ella más que en cualquier otra criatura los comienzos de la vejez.

Serían las nueve de la mañana, á cuya hora en el lupanar nadie estaba levantado, cuando llamaron á la campana del cancel. Mari-Pepa tenía una vieja á su servicio; pero esta vieja, que llenaba por la noche los oficios de segunda ama, estaba en aquella hora recorriendo los puestos de la plazuela para comprar las provisiones abundantes que eran precisas en

casa donde hay que dar de comer á veinte mujeres.

Por todo lo cual Mari-Pepa hubo de saltar de la revuelta cama, donde el *Chulo* dormía tan profundamente que ni el salto ni el movimiento le despertaron, calzarse las zapatillas sobre el desnudo pie, para no gastar tiempo en ceñirse las medias, y echándose un abrigo, desgreñada y con los párpados entornados por el enojo de la claridad del día, llegóse á la mirilla para ver quién era.

¡Oh, qué pobres vestidos y qué opulenta hermosura! ¡Qué tesoro envuelto en trapos viejos! ¡Cuánta transparencia había en aquel rostro, y cuánta opacidad de polvo en aquellos andrajos! Era una mujer, una joven, y váyanse noramala los recuerdos de la juventud de Mari-Pepa que hemos venido hasta aquí evocando. Hágase allá la belleza de la gracia, la expresión picaresca y el dejo andaluz de la sevillana, que donde aparecían facciones tan correctas, líneas tan puras, contornos acariciados por el pincel rafaelesco, y curvas tan esmeradas y pulidas, era preciso preguntar como preguntó Mari-Pepa asombrada:

—¿Quién es usté?

—Soy Estrella... Estrella.

—Pues, hija mía, aunque me hubieras dicho



que te llamabas sol, no me cogería de sorpresa;—y tirando del picaporte que abría el cancel,—entra y dí lo que se te ofrece tan de mañana.

—¿Es usté el ama?

—Yo misma.

—Pues vamos adonde podamos hablar solas y sin que nadie nos interrumpa.

—Mucho pides, porque esta no es casa de soledades, sino de compañías; y ahora, dentro de un rato, empezará á salir gente de todos los cuartos, y tanta, que te vas á cansar de ver caras nuevas. Porque, hija, aquí pasa como en la venta, que anochecen veinte y amanecen cuarenta, y eso que ayer quedó una cama vacía en estas alcobas, porque hizo falta que se quedara otra ocupada en el hospital.

—¡Ah!—interrumpió la llamada Estrella estremeciéndose;—¿de manera que hay un puesto vacante?.

—¡Qué quieres, hija! Cosas del oficio.

—Pues á eso vengo.

—¿Cómo? ¿qué dices? ¿que vienes tú á eso? ¡A ver, á ver, repítemelo, lucero de la mañana!

—Lo que usté oye.

—¿Conque tú...? ¡vamos, que no puede ser! y yo no tengo cara de aguantar guasitas. ¡Tú,

con esa cara, con esos ojos y con ese cuerpo! ¿Tú?... ¡Chiquilla, te has vuelto loca!

—Dice usté que no puede ser, señora; ¿pues qué hay que hacer para que sea?

Y al decir esto había en su voz todos los anhelos.

—No, mujer, no, cálmate, tranquilízate. No seas tan viva de genio. Yo no he dicho que no pueda ser, yo no digo eso; digo que me parece imposible. Porque yo no te conozco á ti. Tu no has estado en ninguna casa, de seguro. Tú habrás estado trabajando, cosiendo.

—Yo no sé trabajar.

—¡Ah!... ¿Eres huérfana?

—No señora, tengo padre y madre.

—Malo.

Y Mari-Pepa guardó silencio, pareciendo reflexionar. Por último:

—Hija, yo no soy quién para resolver en este caso... espérame aquí, que pronto vuelvo— dijo, y se fué dejándola en la sala.

Estrella continuó de pié, sin ocurrírsele siquiera el menor intento de sentarse en ninguno de los dos sillones colocados á uno y otro lado como guardas ó centinelas del sofá. El suelo estaba lleno de colillas, las colgaduras blancas amarilleaban á la luz del sol, porque

el sol era espléndido aquel día, y más espléndido cuando alumbraba estas miserias. Respiraba la joven un fuerte olor de humo de tabaco y de emanaciones humanas, que era el que dominaba en toda la casa, olor repugnante y afrodisiaco de alcobas cerradas donde duermen cuerpos desnudos. Oíase de vez en cuando una tos de hombre, un bostezo prolongado de mujer, exclamación lastimera de la pereza vencida, todos esos ruidos, tristes unos, repugnantes y groseros otros, y todas esas expansiones y desperezos con que la humanidad se despierta. Iban á levantarse, iban á abrir las puertas, iba á renovar su movimiento la gigantesca máquina del vicio, y ella estaba allí esperando ansiosa y preguntándose cuándo se vería cogida y triturada en el engranaje de las ruedas.

Lo deseaba.

Estrella tenía diezinueve años, era blanca y rubia, de buena estatura, esbelta y pálida, delgada y poco firme en su andar, lo que la daba ese balanceo que es la gracia lánguida con que las palmeras reciben el viento. Sobre los pómulos veíase acusada la línea curva que separa el párpado inferior, única arruga de la juventud que adorna la mirada, y ponía en sus ojos azules la expresión voluptuosa de un

guiño constante. La nariz pequeña y las orejas diminutas, la boca fresca, pero seria, muy seria, y tan abundante el rubio pelo, que el peine no logró nunca poner orden en aquellas ondas, y siempre se rebelaban contra la tirantez y el alisamiento, muchas hebras, quedando sueltas y revoloteando. Dijérase, para dar algún nombre á su cabeza, que iba *peinada de aureola.*

Resultaba, pues, un conjunto de belleza igual, uniforme, tranquila, pero misteriosa, siendo su misterio una irresistible atracción primero, y después el amor no, pero sí el enloquecimiento.

Reapareció por fin Mari-Pepa, pero no venía sola. Detrás de ella, vestido con la elegancia de siempre, entró Arístides en la sala.

—Abre más ese balcón—ordenó á su querida, que obedeció en el acto.

Y sin dignarse saludar:

—¿Qué es lo qué ustéquiere?—preguntó á Estrella.

—Ya se lo habrán dicho á usté.

—Sí, ya se lo he dicho—replicó Mari-Pepa con su comezón de hablar; porque la andaluza, cuando estaba muy triste, era charlatana.

—Cállate tú—siguió mandando el *Chulo*; y mirando con gran fijeza á la pretendiente:—

Pues yo lo siento mucho, pero lo que usté quiere no puede ser por ahora.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque lo que me han dicho es que tiene usted padres, que es usted menor de edad.

—¿Y qué?

—Que sus padres de usted podrían reclamarla, formarme una causa criminal, enviarme á presidio.

—¡Mis padres! ¿Reclamarme mis padres? ¿Está usté en su juicio? ¿Usté sabe por qué vengo yo aquí?

—No. Yo no sé nada.

—Pues entonces, no hable usté.

Y con ese descaro propio de las hijas del pueblo de Madrid, después de pronunciar esta frase, se impuso á su interlocutor.

—Para que usté lo sepa, voy á decírselo de una vez. Mire usté, señor...

—Arístides—apuntó Mari-Pepa.

—Señor *Adiristes*—siguió Estrella barajando las letras á su antojo para mayor comodidad de la lengua,—óigame usté primero, que mi historia merece oirse, porque es la pura verdad, como todo lo que yo digo.

Y la contó. Contó su historia en un relato sencillo.

Su padre era albañil. Iba vestido como los

albañiles, porque por lo demás no trabajaba casi nunca. Era un cobarde que le tenía miedo al andamio, pareciéndole mejor pasar los días en la taberna. Su madre estaba siempre en la cama, es decir, en un jergón tirado por el suelo, porque la cama, los colchones, las sábanas, todo se vendió, y en aquel jergón dormían los tres, el padre, la madre y la hija, metiéndose entre la paja de maiz, por una abertura, para abrigarse. El albañil, *cuando volvía de mal vino*, pegaba á su mujer, y por eso estaba enferma, sin poderse mover, verdaderamente baldada á fuerza de golpes, y en un estado de imbecilidad tan completo, que ni siquiera sabía quejarse, ni siquiera sentía el frío en el invierno.

No vivían en la guardilla, vivían en aquel jergón que estaba en la guardilla, y allí la joven aprendió mucho. Cuando la madre se afeó, se puso vieja, tenía el cuerpo lleno de cardenales, y muchas noches Estrella tuvo que defenderse en una lucha terrible contra el borracho, contra su mismo padre, que ofuscado y bestializado por el alcohol del aguardiente, quería lo que era imposible. Pero en estas luchas no ganó nada su fortaleza, y perdió su castidad.

—Ande usté—terminó Estrella,—que si

yo he venido es con su cuenta y razón. Y aunque no sé leer, ni escrebir, ni coser, ni trabajar, ni nada que se le parezca, porque no me lo enseñaron, sé que mi padre es capaz de alegrarse en cuanto sepa que estoy aquí.

El *Chulo* desarrugó un poco el entrecejo; pero le pareció que era prudente resistir.

—Si es como usted dice, la cosa varía de aspecto, y hasta podríamos conseguir una autorización, un papel cualquiera, escrito ó firmado por su padre de usté. Pero reflexione usted antes.

—Señor Adíristes, como si estuviera hecho—dijo la joven, apoyándose en el brazo de uno de los sillones, porque continuaban los tres de pie durante aquella larga entrevista:—y yo no me voy de aquí como no me echen.

—Pero, desdichada, usted no sabe siquiera lo que es la honra...

—Yo... yo... tengo hambre—dijo llevándose las manos á los ojos;—pero acudió tarde, y tomando el vértigo la delantera, desvaneció su vista y cayó el débil cuerpo en los regordetes brazos de Mari-Pepa, que acudió á sostenerlo.

—¡Válgame Dios, qué cosas pasan! ¡Y luego dirán de las novelas! Anda, hombre, hazme el favor de ayudarme, que yo no puedo.

—¿Y adónde la llevamos? — preguntó el *Chulo*, cogiendo el cuerpo por los pies.

—¡Pues adónde ha de ser! A su cuarto, al que dejó ayer desocupado la *Pitillera*. ¡Mira tú que venir esta gloria de Dios á reemplazar á aquella cochina!...

Y Mari-Pepa no pudo continuar su charla, porque la tristeza de aquel día se le resolvió, rompiendo á llorar de pronto, y mientras iba andando hacia la alcoba, encorvada y ocupados sus dos brazos en sostener el desmayado cuerpo, las lágrimas no enjugadas resbalaban y caían sobre el rostro pálido de Estrella.

Pero aquel transporte no se llevó á cabo con el silencio necesario para evitar que las prostitutas se enterasen del caso. Y cuando Estrella estuvo acostada con sus pobres vestidos rotos y sucios, que la cubrían mal, la alcoba se llenó de mujeres curiosas que habían saltado de la cama, y acudían casi desnudas, en camisa y en chancletas, y miraban y hablaban y preguntaban á Mari-Pepa y al *Chulo*, quién era la desconocida, cuándo había venido y qué la pasaba, que no abría los ojos y apenas respiraba.

—¡Ea, largo de aquí! ¡á vestirse! ¡Habrá indecentes!—gritó Arístides, empujando y atropellando aquel montón de carne en que se

hundían sus dedos.—Luego lo sabréis todo. Y cuando logró hacerlas huir, cerró violentamente la puerta.

—Oye, tú—gritó con acento irritado.—A ver si te callas, y no lloras más.

Mari-Pepa se enjugó las lágrimas con la bata.

—Bueno, hombre; pero hay cosas que no se pueden remediar. ¡Válgame Dios, qué lástima, qué lástima tan grande! ¿Y qué hacemos? Dí, ¿qué la doy?

—Pues maldito si lo sé. Que huela agua y vinagre por lo pronto. Y á ver si encuentras por ahí una taza de caldo de ayer, la calientas y la traes, y que se la tome con un vaso de vino rancio.

—Sí que la encontraré, porque quedó en el puchero. Y además allí tengo yo en mi armario todavía algo que echar á perder. Y en la despensa. Pues digo, tomará el vino con bizcochos y cortaré un pedazo de jamón crudo, de aquel curado al humo, y luego su platito de miel de la Alcarria. ¿Qué te parece?

—¡A mí que me cuentas! Haz lo que tú quieras.

—Pero bien... ¿le hará daño?

—Mujer, yo creo que no. El hambre no se cura más que comiendo.

—Y luego nos llama ese carlistón *perdidas*. Mira tú si esta pobre estaba perdida, tan perdida, que nadie la buscaba, y eso que es una alhaja.

—Y como alhaja, nos valdrá un buen hallazgo.

—Yo no sé—dijo Mari-Pepa con el primer arranque poético de toda su vida;—pero no debíamos ser nosotros los que nos encontrásemos estas cosas; prefiero ver un pájaro en manos de un niño, que ver á esta mujer aquí.

Nada contestó Arístides, porque el desvanecimiento pasajero de Estrella terminó con un suspiro, y sin necesidad del agua y vinagre.

En seguida quiso incorporarse.

—No se mueva usted, criatura—la dijo.—Si no tiene usted fuerzas para nada. Ahora tomará usted algún alimento.

—Ahora mismo. En seguida.

Y Mari-Pepa salió corriendo.

—¿Conque me quedo aquí?—fué lo primero que preguntó Estrella.

—Tengo yo que arreglar antes unas cosas. Por mí no hay inconveniente. Pero ¿y su padre de usted?

—Véalo usté si quiere, aunque maldita la falta que hace. Yo le aseguro que no se ocupa ni de que estoy en el mundo.

—Además necesito saber su nombre de ustod.

—Estrella.

—¿Y el apellido?

—Mi padre se llama Sánchez.

—Bueno. Estrella Sánchez. ¿Y la edad de usted?

—Creo que tengo diezinueve años.

Arístides quedó pensativo.

—Lo que hay que hacer no se hace sólo con dinero. Se necesita influencia;—y dándose una palmada en la frente:—¡Calle! pues estamos salvados. Ya encontré remedio para todo.

—¿De veras, señor Adíristes?

—Como esta es cruz.

Y cruzó los dedos índice y pulgar.

—Pero no tengo que perder tiempo. ¡Mari-Pepa!—dijo asomándose á la puerta de la alcoba.

—Allá vòy, que ya está caliente—gritó la sevillana, apareciendo en el extremo del pasillo con la taza en una mano, andando despacio para no verter el caldo.

—Quédate aquí y cuídala, que yo voy á escribir una carta.

—¿Una carta? Vamos, ya sé. Anda, hijo, anda.

Entró en la alcoba.

—¿Cómo va ese valor? Ahora este caldo será mano de santo. Ya verás, hija, ya verás tú.

—¿Sabe usté que me quedo aquí?

—¡Pues no te alegras poco! ¡Valiente lotería! Si me creyeras á mí, te volvías al jergón donde has crecido tan hermosa. Pero allá tú; cada cual hace de su capa un sayo. Tú te figuras una cosa y es otra. Lo que nos pasa á todas.

Arístides perdió la paciencia.

—Guárdate los consejos para cuando te los pidan; ¿me entiendes, *Muñeca?* ¿Se quiere meter en la vida? Pues que se meta. Para eso, en cuanto coma, buscas á la prendera y la arreglas de todo para que no lleve esos guiñapos que asustan á la gente. Ea, chitito, y al avío; que aquí no manda nadie más que yo.

Era la primera vez que el *Chulo* trataba de este modo á su querida. La primera vez que la llamaba por su antiguo mote, que ella tenía por un insulto. La sevillana se quedó mirándole sorprendida, pero, él para evitar la réplica, volvió la espalda y salió del cuarto encaminándose al escritorio.

—¡Bah! ese ha pisado mala hierba; ya se le pasará!—y mirando á Estrella que incorpora-

da en la cama tomaba el caldo con verdadera fruición:—Hija, ¡pues no te salen á ti pocos colores! ¡vaya, que te pareces á las rosas, que se esponjan en cuanto las riegan!

—¡Pan, quiero pan!

—¡Pues no se me ha olvidado! Espérate, que ahora tendrás pan. Pero no te levantes ni te muevas.

En esto una de las mujeres, ya vestida, entró resueltamente en la alcoba.

—Vengo á ver la *nueva*,—dijo.

—Llegas á tiempo. Estate aquí, que yo voy allá dentro.

Volvió á poco con una gran bandeja, en la que había jamón crudo, miel de la Alcarria, queso manchego, una botella de Jerez y una rosca.

Pero en la alcoba había ya gran tertulia; ocho prostitutas rodeaban la cama y todas ellas se habían traído su sillita baja, en la que sentadas y silenciosas miraban á Estrella.

—Esto parece un duelo. De manera que vosotras no habéis hecho más que venir, saludarla y cerrar el pico como en las visitas de cumplido. Pues no será por vergüenza ni cortedad de genio. ¡Vaya! tendré yo que hablar por todas. Esta viene á reemplazar á la *Pitillera*, se llama Estrella. Es su nombre de pila.

Entonces una, la más osada y la que pasaba por más ocurrente:

—No es mal nombre—dijo,—pero aquí tiene que llamarse otra cosa.

—Adios, ésta tiene pensado el mote.

—Sí que lo tengo. Se llamará la *Pálida.*

—Pues mira, no es malo eso de la *Pálida.* ¿A ti te gusta que te llamemos así?

—Sí señora, á mí me gusta todo.

Mari-Pepa pasó por entre las sillas levantando la bandeja en alto, llegóse á la cama y puso sobre las rodillas de Estrella bandeja y manjares; la *Pálida* no acertaba á elegir.

—Cómase usté primero el jamón—aconsejó la inventora del mote.

—Eso es, primero el jamón—repitieron todas;—verá usté que bueno es.

—¡Usté, usté! No parece sino que no vais á vivir juntas y á pasar muchos trabajos. ¡Ea, aquí se tutea todo el mundo, caramba!

Y se tutearon sin más preámbulos. Hubo entonces una gran expansión. El rayo de luz que entraba por la ventana, una ventanilla abierta arriba, junto al techo, daba de lleno en las blancas sábanas de la cama y en el rostro de la joven. Estrella comía con voracidad y hablaba poco cuando tenía que contestar alguna pregunta.

—¡Anda, hija, parece que llevas dos días sin comer!—exclamó una de las tunantas.

—Dos días llevo.

¡No era posible! En Madrid no falta nunca comida, sobre todo á los diez y nueve años, á menos de ser tonta. ¡Pues apenas hay gentes dispuestas á entrar en un café y pagar un *bisté* con patatas á las mujeres bonitas! ¡Dónde demonios había estado metida! ¡Comer! Comer es muy fácil. En saliendo á la calle, se esconde una en los rincones de las plazas públicas, que ahora tienen jardines y están muy bonitas, y cuando llega la noche, al primer hombre que pasa se le detiene cogiéndole por un brazo, y allí sobre un banco de piedra se hace lo que hacen las demás. Lo que es difícil es vestirse. Porque un vestido no cuesta un real, como un panecillo y un vaso de leche. Para eso se hacen otros sacrificios. No. Con la virtud pronto se queda una en cueros. Porque ya lo estaba viendo. Al fin y al cabo tenía que venir á parar allí. ¿Y en qué estado? Como muchacha virtuosa, había sabido resistir bastante. Había dado pruebas de ser honrada.

—No ha sido por eso—replicó Estrella;—es porque no me gustan los hombres; me dan asco.

Todas soltaron la carcajada, pero casi inmediatamente se pusieron serias. Después de todo, la *Pálida* tenía razón. Ninguna dejaba de sentir lo mismo. ¡Los hombres!.. ¡Valientes cochinos! No piensan más que en porquerías. No hay nada más repugnante. Y en cuanto ven una mujer son como los perros. Algunos conocían ellas que eran lo último de lo último. Cuando venían á buscarlas hacían tales cosas, que luego ninguna dejaba de tener arcadas y muchas veces llegaban á vomitar. ¡Ah, qué marranos!

Y hubo tres ó cuatro prostitutas que no creyendo bastante fuerte el calificativo, lo acentuaron escupiendo y con un «¡puach!» que era el más alto insulto de los labios.

A estas apreciaciones, Estrella, por único comentario, movía la cabeza, haciendo así enérgicas afirmaciones y mudo asentimiento.

Luego una dijo:

—Yo no sé qué es mejor; casi vale más morirse de hambre que morirse de lo que se está muriendo la *Pitillera*.

—Oye, tú, no hables ahora de eso.

—¿Por qué?

—Porque está comiendo la *Pálida*.

Entonces se trató la cuestión de *la higiene*.

Sí, sí, buena está *la higiene*. Un viaje al



Gobierno civil cada ocho días, que hay tiempo para morirse podrida, y luego algunos médicos que lo miran todo por encima, de acuerdo con las amas.

—¡Eh, poco á poco!—interrumpió Mari-Pepa.—Aquí no pasa eso.

Todas confesaron que era verdad. Que Mari-Pepa las trataba como á hijas suyas. Pero en otras casas no era lo mismo.

—Yo fuí una vez tan mala, que estaba deseando la visita del médico para que me mandase al hospital. Tuve que ir en coche. Esto fué á los tres meses de estar en la vida. El ama era una vieja que nos hacía andar á todas en un pie y se guardaba las onzas entre los colchones de su cama. Pues bien, ¿qué diréis que me dijo *el de la higiene?* Pues me dijo: «¡Vaya, muchacha, tú te ahogas en muy poca agua! Esto no es nada. Trae la cartilla.» Se la dí creyendo que quería consolarme, pero que pondría la baja.

—¿Y qué puso?

—Sana. Entonces le dije: «Pero mire usté que yo estoy enferma.—¡Quita allá, aprensiva; lo que tú tienes es lo que tienen las mujeres todos los meses. Te lo digo yo y puedes creerme.»—Y al marcharnos ví que la vieja le ponía en la mano una monedilla de oro.

—¡Qué granuja!

—Sí, pues mira tú que lo que pasa con algunos cuando una va buena—añadió la más jóven y la más bonita de todas, exceptuando á Estrella.—¿*Quedrás* creer que un día, durante el reconocimiento, el muy sin vergüenza me plantó un par de besos en los muslos?

—Yo estoy segura—explicó Mari-Pepa—de que el gobernador no sabe nada de estas cosas.

La *Pálida* había concluído con todo el jamón, con todo el queso, con todo el pan, con todo lo que le llevaron, y la botella de Jerez estaba mediada.

—¿Cómo te sientes de fuerzas?

—Estoy bien, señora.

—Pues anda y que te preste una de éstas un traje para venirte conmigo á casa de la prendera.

Estrella saltó de la cama. Todas se levantaron y la tertulia acabó en este punto.

Una hora más tarde, el ama salía con *la nueva* en un coche de alquiler, que recorrió un corto trayecto, deteniéndose en la calle de Hortaleza, delante de una casa de buen aspecto.

—¿Dónde van ustedes?—preguntó la portera asomándose por su cuchitril.

—Á casa de doña Rita.

—Segundo izquierda. Debe de estar, porque no la he visto salir.

No creo necesario entretener á los lectores describiendo lugares y retratando personajes que son de escasa ó ninguna importancia para los fines de esta novela. Baste consignar el hecho. Y el hecho es que Estrella, en quien habrán reconocido todos á nuestra protagonista, salió del piso segundo completamente transformada, vestida de pies á cabeza, como decía Mari-Pepa, y hecha un brazo de mar, como dijeron al verla sus compañeras:

—¡Mira la *Pálida*, que parece una duquesa!

En efecto; Mari-Pepa, siguiendo las instrucciones de Arístides, había comprado lo mejor y lo de más lujo. Estrella no podía considerarse al nivel de las demás prostitutas: la *Pálida* era una adquisición preciosa, y podía por sí sola producir en una noche más, mucho más que todas las otras juntas. Era preciso realzar, avalorar el brillante con la montura. La *Pálida* valía mucho por ser hermosa, valía doble por ir bien vestida, no tenía precio si se consideraba que aquellos trajes elegantes se estrenaron para adornar, cubrir y abrigar acaso, ajadas carnes, formas ya marchitas,

secas y arrugadas; y ahora, usados ya, adornaban, cubrían y abrigaban el cuerpo de la *Pálida*, un cuerpo nuevo, una carne intacta y joven, que se cerraba como las puertas de marfil del Tabernáculo, sobre el divino misterio de la virginidad.

Pero al salir de casa de doña Rita, al vestir tales galas, Estrella sintió por primera vez un estremecimiento de terror y llegó á descubrir algo del espantoso abismo en que, por propia y terca voluntad, habíase precipitado.

—Hija, me debes ocho onzas, que es lo que me cuestan tus arrumacos.

—¡Ocho onzas!

—Ni más ni menos. Y añade todos los días tres pesetas por la comida y una por la habitación.

—¡Pero, señora, yo no tengo dinero! ¿cómo voy á pagar eso?

—¡Anda, anda! ¿ahora salimos con esas?... Pues lo pagarás poco á poco, como lo pagan las otras;—y se le ocurrió un chiste grosero:—¡mira que tu trabajo tiene mucho que hacer! Muchas lo quisieran; pero á la larga cansa. Porque eso sí, te lo tienes que quitar del sueño. Y con lo hermosa y bien formada que eres, habrá días que andarás durmiéndote de pie. Tú sabes lo que es el hambre, ¿no es ver-

dad? Pues no es nada comparado con tener sueño y que no la dejen á una dormir. ¡Rediós! á veces dan ganas de matar y cerrar por fin los ojos en la misma cama junto al cadáver.

VI

Arístides cerró la carta y escribió en el sobre con su más elegante letra inglesa:

Urgente y reservado.

Excmo. Sr. Marqués de Villaperdida,

Calle de Alcalá, núm. ***

Cuando el marqués rompió este sobre, estaba acabando de almorzar.

Leyó las cuatro carillas, empleando en la lectura casi tanto tiempo como gastó Arístides en escribirlas. Deteníase á cada palabra, meditando y comentando su sentido.

Era, en efecto, muy importante. El médico y el cura mojaban galletas en sus tazas de te, y guardaban silencio para no interrumpir aquellas reflexiones.

«La chica vale el oro que pesa, señor marqués. Y bien vestida, lavada y peinada, dará gloria verla. Luego, aquí, no hay farsa ni cuen-

to, ni trampantojos, como en otros casos sucede. El primero que la quiera tendrá que pagarla muy cara, porque no se le dará gato por liebre. La pobrecita es muy dócil y parece muy humilde. Hará todo lo que se le mande, y se contentará con que la demos de comer todos los días. Porque, eso sí, trae hambre atrasada. Se nos ha entrado por las puertas, no como un ser humano, sino como un perro de la calle que viene á lamer las manos para que le den las sobras de la mesa. Lo mismo. De manera que el negocio es magnífico, y si pudiéramos hacer muchos así, giraría usted todos los meses veinte mil ó treinta mil duros.»

El marqués pasó á otro párrafo, y en él se decía que era preciso arreglarlo todo para que no pudiesen venir luego reclamaciones y disgustos, porque Estrella tenía padres, y como ciertas cosas no se arreglan con dinero solamente, la influencia del grande de España y senador del Reino era la única que podría sacarlos del atolladero.

«Todo depende del Gobierno civil, y como contamos con la voluntad de la hija, es fácil conseguir lo demás. El padre, por otra parte, es un perdido, á quien cogería de medio á medio la ley de vagos, y se callará y firmará lo

que se quiera por poco dinero. Yo creo que con veinte duros bastaría, porque en su vida los habrá visto reunidos.»

—¡Oh, qué humanidad!—exclamó el noble al llegar á este punto;—¡qué humanidad, más degradada y más réproba que la Babilonia antigua, la gran ramera del Apocalipsis!

Y como el cura y el médico callaran, siguió leyendo, terminó la carta, doblóla cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo.

—Tengo que salir; hoy no puedo dormir la siesta. Doctor, ¿podré salir á pie?

—A pie, no señor. Irá usted en la carretela.

—No. En mi coche no. Que vayan á buscar uno de alquiler.

Uñalarga se retiró para cumplimentar la orden, y mientras un criado se dirigía á la próxima parada de simones, el mayordomo ayudó á vestir á su amo.

Al poco rato éste, subiendo solo á la desvencijada berlina, daba la dirección de la casa inmediata al lupanar, que, como ya sabemos, tenía alquilada, mientras que el doctor Pérez y el padre Manrique se quedaban comentando aquella misteriosa ocurrencia.

—A usted ¿qué le parece?—preguntó el

médico.—Yo no sé qué demonios tiene que hacer mi enfermo á estas horas.

—Ni yo.

—Y tampoco sé adónde va todos los domingos por la noche, que también sale con el mismo misterio.

—Eso digo yo.

—Lo que es amoríos, respondo de que no los tiene; no los puede tener sin mi permiso.

—Es verdad.

—¿Y negocios?... negocios en que se toman precauciones como la del coche de alquiler, cuando se puede ir en uno propio, no deben ser negocios claros.

—¡Psh!

—En fin, á usted ¿qué le parece?

—No me parece nada.

—¡Ah, señor cura, á mí no me engaña usted! Usted sabe algo.

—¡Yo!

—Usted lo sabe todo.

Pero el padre Manrique protestó con tono enojado.

—Yo no sé nada, y haría usted mejor tomando mi ejemplo y no metiéndose en asuntos que no le importan.

—Bueno, pues así lo haré—terminó rien-

do el jovial materialista—para que no riñamos por tan poca cosa.

Y luego, mirándole:

—¿Quiere usted echar una partida de ajedrez? Le doy á usted mate en tres jugadas. El *mate del pastor*, señor pastor de almas.

Y mientras se movían en el comedor del palacio de Villaperdida, alfiles, peones, torres y caballos, llegaba el marqués á su destino en pequeña velocidad.

Bajó del coche penosamente, y penosamente también subió la escalera, llegando al piso, cuya puerta abrió con la llave que llevaba siempre en el bolsillo. Cruzó dos ó tres habitaciones desamuebladas y entró en el gabinete, que era donde estaba la puerta de comunicación con el lupanar.

En este gabinete sí había muebles, aunque nada más que los precisos: una mesa de escritorio, de las llamadas de pie de cabra, en un todo parecida á la que usaba Arístides, un sillón ante la mesa, dos mecedoras y un sofá de madera curvada y hasta media docena de sillas de la misma clase. En la alcoba veíase, sin embargo, una cama, porque el marqués, en la previsión de sus males, creyó oportuno no prescindir de este requisito, por si alguna

vez le imposibilitaban aquéllos el regreso á su casa, cuya contingencia no había ocurrido aún en ninguna de sus entrevistas de los domingos por la noche. En la pared, colgado junto á la cama, había un crucifijo pequeño.

El noble lo descolgó al entrar, besólo repetidas veces, hizo con los dedos la señal de la cruz, en los pies, en las manos y en el pecho, sobre todas las llagas pintadas con carmín en la tosca imagen del Redentor, murmurando á cada cruz una plegaria. Y terminada esta faena, que llevó á cabo de pie y con el sombrero puesto, dejó el crucifijo en su sitio, se quitó el susodicho sombrero, aunque no el abrigo, y acercándose al tabique, escuchó.

Nada se oía en *la oficina*; pero después de prestar un rato la mayor atención, le pareció oir el rasguear de la pluma sobre el papel, y suponiendo que Arístides era el que escribía, y que sin duda estaba esperándole, tocó el resorte.

La puerta se abrió, y el marqués de Villaperdida se encontró frente á frente de Mari-Pepa, que le miraba descaradamente.

—Espere usté, hombre de Dios, que voy á cerrar para que nadie nos sorprenda.

Hízolo como lo dijo, y luego, viendo que el noble callaba, por no saber qué decir,

—Arístides no le esperaba á usté hasta la noche; así es que se ha marchado para no perder tiempo. Pero estoy yo aquí y es lo mismo, porque sé á lo que usté viene.

—¡Ah!

—Sí señor. Arístides me ha puesto al corriente de todo, porque no había otro remedio, porque yo lo supe antes de que él me enterase.

—¿Y cuándo lo supo usted?

—Anoche mismo.

—¿Usted es Mari-Pepa?

—Servidora. Yo soy Mari-Pepa, y anoche le ví á usté por el ojo de la llave, á través de aquella puerta. Pero tranquilícese usté, que tan guardado está en mí el secreto de Arístides como si no supiera una palabra. Y siempre resulta una ventaja; porque si anoche no me entero, hoy me da usté un susto tan grande y pego un grito tal, que hubieran venido todas y todas se enterarían del caso.

El marqués pareció reflexionar.

—Pues, hija mía, para que no suceda hoy con otra lo que sucedió anoche con usted, hágame el favor de poner algo delante de la cerradura para tapar el ojo de la llave,—dijo indicando la puerta de comunicación.—Ya que está usted en autos, hablaremos de lo que aquí me trae.

—Como usté quiera.

—Mire usté, señor,—dijo la charlatana tomando la palabra sin respetos de ningun género;—es preciso arreglar eso. La *Pálida*...

—¿Quién es la *Pálida*?

—¿Pues quién ha de ser? esa muchacha, Estrella; la han puesto ese mote por causa de la color. Pero, deje usté, que ya la saldrán buenos colores en cuanto coma bien, que la pobrecita no sabe todavía lo que es eso, y con colores ó sin ellos, yo no he visto en todos los días de mi vida una cara y un cuerpo como el suyo. Eso va á ser un furor en cuanto la gente la vea.

—¿Qué edad tiene?

—Diez y nueve años. A su edad no estaba yo como está ella, que está como la fruta en el árbol. Bien lo sabe Dios y don Francisco, que en paz descanse. Mire usté que es preciosa; es rubia como las candelas, más blanca que la leche, y ahora que la hemos vestido un poquito y se ha lavado, que por cierto la metí en mi mismo baño, y vino la peinadora y la puso muy bien los focos, está diciendo *comedme*.

Mari-Pepa se entusiasmaba haciendo el retrato de su protegida.

—¿Querrá usté creer que ya están tres ó

cuatro enamoradas de ella? Pero lo que se llama enamoradas como los hombres.

—Calle usted—ordenó el marqués, que poco á poco habíase ido poniendo inquieto y como avergonzado, sintiendo un malestar indefinible al oir aquellas crudezas que se complacía Mari-Pepa en relatar con su franco lenguaje.

—Conque usté dirá qué hacemos, porque ella no se quiere marchar y nosotros tampoco queremos que se marche.

El inconveniente grave, verdaderamente grave, no existía. Con un padre como el de Estrella todas las proposiciones y todas las ofertas podían arriesgarse. Y esto era lo mejor. Un papel, nada más que un papel con estas dos líneas: «Autorizo á mi hija para que tome cartilla.»

—Eso es atroz, es horrible, es asqueroso—objetó el marqués.

—Pues miré usté, después de escrita la carta, Arístides habló con la *Pálida* y la consultó el caso. Y la *Pálida* dijo que si se le daba dinero á su padre, su padre firmaba eso y todo cuanto se quisiera. Y como Arístides cree que esto es mejor que andar con belenes en el Gobierno civil, se ha ido á buscar al albañil, echándose en el bolsillo diez monedillas, cin-

cuenta duretes, y creo que tendrá de sobra. Pronto estará de vuelta.

El marqués no pudo explicarse lo que experimentó al oir estas palabras. El asunto estaba acaso resolviéndose en aquel mismo instante.

—¡Quiero ver á Estrella!

—¡Cómo! ¿Que quiere usté ver á la chiquilla?

—Sin que ella me vea.

—Pero, señor...

—Es preciso. En este asunto han obrado ustedes con mucha precipitación sin contar con mi asentimiento; ¿se ha gastado ya dinero?

—Sí señor, ocho onzas en vestirla y esos mil reales...

—Con mayor razón. Se ha gastado mucho dinero, y puede que esa viciosa criatura no lo valga.

—En cuanto á viciosa, no tiene más vicio que el comer, que lo tenemos todos; y en cuanto á que no valga lo gastado, soy yo quien quiere ahora que se convenza usté por sus propios ojos, para que no vuelva á decir que hacemos las cosas al tun-tun—replicó la andaluza, exaltada al ver puesta en duda su inteligencia, con el mismo enojo que mostraría

un picador ante el que dudase de la buena estampa de su caballo favorito.

—Métase usté en aquella alcoba, que voy á llamarla.

El noble obedeció, y Mari-Pepa, abriendo la puerta del escritorio,

—¡Eh! *¡Pálida!*—gritó en el corredor,—ven aquí un momento.

Llegó en seguida.

—Anda, hija, ponte aquí á la luz, delante de la mesa: así.

—¿Qué quiere usté?

—¡Qué he de querer! Que te voy á echar la cuenta. Hemos dicho que ocho onzas en vestidos, ropa blanca y calzado.

—Sí señora.

—Bueno, pues ocho onzas son ciento veintiocho duros.

—No lo sé.

—Sí, mujer, ciento veintiocho duros, y cincuenta para tu padre, son... espera... ¿cuánto?... ciento setenta y ocho duros.

—Eso será.

—Eso es...; espérate, que voy á sacar la cuenta en reales: cincuenta duros son mil y veinticinco quinientos... no, no es eso. Cien duros son dos mil reales, y ahora quedan otros cincuenta que hacen tres mil, y luego veinti-

ocho duros, que son quinientos sesenta. De manera que son justos... anda, anda, ¡qué modo de gastar! Tres mil quinientos sesenta reales.

—¿Quiere usté algo más?

—Sí, mujer. Dejémonos de cuentas y vamos á ver. ¿Como estás ahora? ¿Te ha sentado bien el baño? ¿Has comido bien?

—Sí señora.

—Ya lo creo, chiquilla, si hasta me parece que has engordado.

La *Pálida* se echó á reir.

—Te digo que sí. A ver, enséñame la pantorrilla.

Sin resistencia Estrella se levantó el vestido, creyendo que Mari-Pepa estaba de buen humor.

—Muchacha, cuando te digo que tú no has traído aquí esas pantorrillas tan gorditas... ¡y qué pie, válgame Dios! Ahora, que está bien calzado, parece otra cosa. Antes era bonito, pero mira tú que ahora...

—Gracias á usté.

—Qué gracias ni qué cuerno, si me lo tienes que pagar. Pues mira, el cuerpo del vestido me parece que te está ancho y que te hace arrugas.

—Al revés.



—Cá, mujer, es que no tienes costumbre de llevar cosas ceñidas. Está mal, vaya, que está mal. Quítatelo.

—Iré...

—No, quítatelo aquí, que voy á ver si tiene arreglo.

Estrella se lo quitó y su hermoso busto mostró el levantado comienzo de los pechos, la graciosa curva de la espalda, los torneados brazos.

—Sí, eso es. Aquí tiene para coger—decía entretanto Mari-Pepa fingiendo examinar la tela. Y devolviendo la prenda:—Póntelo hoy así, que mañana se corregirá despacio.

Cuando la *Pálida* estaba abrochándose los botones, entró Arístides.

—¡Hecho!—dijo triunfalmente;—he visto á tu padre.

—¿Y qué?

—Vaya un padre que tienes, muchacha. Estaba oliendo á vino y aguardiente que apestaba.

—¿Dónde le ha visto usté?

—En la taberna que tú me dijiste. Allí mismo se terminó el negocio. Primero quería venir á pegarte. El vino era más que la furia. Yo lo conocí, y en cuanto le hablé de dinero puso otra cara.

—¡Lo ve usté!

—Saqué el papel y le expliqué lo que se quería. Entonces sí que fué cómico aquello. Creyendo pedir una gran cosa, me dijo que no firmaba nada menos de veinticinco duros. Y cuando supo que le dábamos el doble, le brillaron los ojos, pidió tintero y pluma y puso este garabato—dijo Arístides sacando el escrito.—Y ¿á que no sabéis lo único que se le ocurrió?

—¿El qué?

—Pues, después de firmar y guardarse el dinero,—«Vaya—exclamó,—me haré cuenta de que Estrella se me ha metido monja, de las de dos en celda. A vivir!»—¡Qué hombre! ¡Valiente borracho! ¡Vaya unas agallas para deshacerse de los hijos! ¡Ni los animáles!

—¡Déjate estar! El caso es que estamos del otro lado. Mira, chica, ya no haces falta aquí. Vete, porque éste y yo tenemos que hablar.

—Está bien—fué lo único que dijo Estrella, con la sumisión de siempre, muy contenta por las noticias recibidas, tan contenta como el prisionero que recobra su libertad.

Cuando quedaron solos, Mari-Pepa cerró la puerta otra vez.

—Aquí tienes á este caballero;—y al mismo tiempo el marqués se presentó saliendo de la

alcoba.—Váyanse ustedes ahí al lado, porque esto no puede cerrarse de dia y nos exponemos á que venga cualquiera de un momento á otro.

Arístides no se sorprendió al ver al marqués. Después de escrita su carta, le esperaba, aunque no le esperaba tan pronto. Extrañó, sí, que Mari-Pepa y el marqués hubiesen ya trabado conocimiento; pero cuando su querida le explicó lo sucedido,

—¡Caramba! pues si no llegas á estar sola, hacemos un pan como unas hostias. Me parece, señor marqués—añadió mirando al noble,—que ha cometido usted una imprudencia.

Luego se quedó sorprendido. El semblante de su *protector* estàba extraordinariamente animado. En sus ojos brillaba la fiebre más que nunca. El color de la vida resaltaba en sus mejillas, respiraba anheloso, y al mismo tiempo un sufrimiento horrible contraía sus facciones, como si estuviera reprimiendo un quejido pronto á estallar ante el dolor agudo que debía producirle alguna tensión poderosa de los músculos.

—Salgamos de aquí pronto,—fué lo único que pudo decir. Intentó andar, pero sus piernas se doblaban, y entre Mari-Pepa y el *Chulo* tuvieron que sostenerle y ayudarle hasta que llegaron al gabinete vecino.



—Déjanos solos, vete—exclamó Arístides; y cuando la sevillana volvió al lupanar, tales ascos sentía por el contacto que tuvieron sus manos con el cuerpo del marqués, que se las lavó en la jofaina de la alcoba.

—¡Vaya, que parece el señor un montón de basura!—comentó mientras se daba fuertes fricciones, hostigada por aquel aseo que era en ella proverbial.

Entre tanto el marqués, repuesto de su agitación extraña, escuchaba atentamente todo lo que el *Chulo* había imaginado y proyectado con respecto á la nueva pupila.

Era preciso un reclamo inmenso, colosal y al mismo tiempo especialísimo; porque claro está que una mujer, ó mejor dicho, que la carne de mujer no se anuncia por medio de proyectos, ni se puede poner á la venta lo mismo que la carne de vaca. Pero no importa, en los círculos adonde acudían los libertinos, y sobre todo los aficionados á novedades de este género, debería *correrse* la noticia, y para esto el *Chulo* se pintaba solo. Estaba pensando, ideando además, otros procedimientos nuevos, completamente nuevos, desconocidos en España. El había estado en París, y allí aprendió muchas cosas. Había que hacer con

la *Pálida* una propaganda á la francesa. La fotografía era un gran invento. Y dejándose llevar de su imaginación, trazó el cuadro completo de sus proyectos.

Retratarla, retratarla ante todo; hacer tres clases de retratos: vestida, medio vestida y desnuda, y acaso sería conveniente hacer de esta última clase una subdivisión, retratándola en varias posiciones. Luego estos retratos eran también una especulación de grandes ingresos. Se venderían como el pan entre los viejos caprichosos, entre los jóvenes corrompidos, entre los calaveras de todas las edades. Y nadie vería á la *Pálida;* permanecería encerrada en el lupanar, mientras que circulaba de mano en mano su imagen, capaz de exaltar y sobrexcitar los sentidos del más casto. Cuando esta exaltación fuera mayor, cuando Arístides viera á todo Madrid presa de una verdadera locura erótica, entonces se elegiría una noche, una noche apropósito, la noche de un gran *debut* en el Teatro Real, y se presentaría con la *Pálida* en un palco; con la *Pálida* en traje elegantísimo de etiqueta, un traje ideal, uno de esos caprichos que dieron á Worms más fama de artista que de cortador de telas. Al verla, todos la reconocerían, y al verla con él sabrían á quién dirigir las proposiciones.

No, lo que es así respondía del éxito. Garantizaba un precio fabuloso.

Pensándolo bien, no se trataba de una mujer, sino de una empresa. Una empresa más colosal, más grande que la de los cuarenta lupanares. Por supuesto, que lo más agradable del suceso era lo que él imaginaba, algo parecido á la Cenicienta, que, después de brillar como un astro en los salones del Rey y de perder en uno de aquellos bailes su zapatito de oro, volvíase á su miserable vivienda, y despojada de galas y joyas, encantaba más todavía con la estrechez, las privaciones y el marco pobrísimo en que se encerraba tan espléndida belleza. Sí, la novedad consistía en esto. Nada de alquilar hotelitos en la Castellana, nada de carruajes. Nada; ni siquiera trasladar á Estrella á una de las diez casas de lujo; al revés, que no se moviera, que viviese allí, en el mismo lupanar de Mari-Pepa, y solamente tendría la habitación del gabinete: él había leído en un folletín algo que venía de perilla á sus propósitos. Una cabaña de aspecto repugnante por fuera; pero que por dentro parecía la habitación más lujosa del Palacio de las Hadas, un nido de raso enguatado, donde una señorita daba audiencia á sus amantes, platónicos por supuesto. Aquello

era muy romántico. Pues bien; eso tenía que hacerse. El gabinete de la *Pálida* sería también un nido de raso acolchado, todo de raso y todo mullido, las paredes, el suelo, los divanes, hasta el techo. La habitación convertida en una inmensa cama, donde Estrella brillaría desnuda.

—Basta de disparates—arguyó el marqués con enojo;—si Mari Pepa y usted se entusiasman tanto *con ella*, yo no. Creo, por el contrario, que se ha gastado ya mucho dinero, y no estoy en el caso de gastar más. *Esa*, la *Pálida*, como ustedes dicen, es preciso que gane pronto lo que nos cuesta; vestida ya está. Que coma en buen hora; pero gabinetes de raso, trajes de baile y palco en el Real, ni lo tolero, ni lo autorizo.

—Hace usté muy mal—replicó Arístides encariñado con su novela de folletín.

—Hago lo que me parece; dejémonos de rodeos y vamos al grano.

—Usted dirá.

—Tres mil y pico de reales es la cuenta de la *Pálida*, ¿no es eso?

—Ponga usté cuatro mil con los intereses.

—¿Cuatro mil reales? Pues bien, ese y nada más que ese es su precio.

Arístides quedó anonadado.

—Y de esos planes absurdos, lo único que me parece bien es que la muchacha no salga de este lupanar. Que esté bajo la vigilancia directa de usted y de Mari-Pepa.

—¿Y que viva en el gabinete?

—Sí, pero sin lujo. Tal como está amueblado.—Y luego añadió:—En cuanto al pago de esos cuatro mil reales, en cuanto al comprador, no hay que apurarse ni echar á perder las cosas con impaciencias. Cuanto más tarde en venir mejor será, porque la cuenta de Estrella subirá más y la tendrán ustedes más segura con la deuda. Estas son mis instrucciones—dijo; y arrastrando los pies más que nunca, aquel hombre, no viejo, sino avejentado, se levantó y se fué.

Volvióse Arístides al lupanar malhumorado, murmurando y llenando *in mente* de improperios al tacaño marqués de Villaperdida.

—Después de todo—pensó al fin enfadado al considerar lo inútil de su enojo;—después de todo, ¿á mí qué me importa? Su dinero es, y yo no pienso gastar un cuarto. Pero si espera que el billete de cuatro mil reales caiga aquí como el maná, chasco se lleva. Las cosas se encuentran cuando se buscan y cuando se hace por ellas.

—¿Qué estás rezando entre dientes?—le preguntó Mari-Pepa, que no se había movido del escritorio esperando el término de la entrevista.

—Nada, mujer, nada.

—¿Qué te ha dicho ese tío?

—Pues nada tampoco. Que se ponga á Estrella en el gabinete y que la vigilemos de cerca.

—Aquí viene, mírala.

En efecto, Estrella volvía.

Al mismo tiempo se oyó la voz chillona de la vieja, que gritaba saliendo de la cocina:

—¡Eh! señá Mari-Pepa, la comida está.

—Pues ponla y llama á las que puedan venir—contestó con otro grito Mari-Pepa.

—Ea, vamos á comer.

—Y después de comer—aconsejó Arístides,—te vas con ésta, ó nos iremos los tres por ahí á dar un paseo. Vaya, os convido. Quiero quitarme el mal humor.

—Y yo, yo también tengo una murria, ¡válgame Dios!—añadió la sevillana, guiñando un ojo en señal de inteligencia con el *Chulo*,—hay personas que tienen mala sombra. En fin, llévanos al café esta tarde.

—¿Y á qué café queréis ir?

—¡Toma! eso no se pregunta. Al Imperial.

VII

Desde que estuvo en la casa de Mari-Pepa, Estrella fué dichosa.

De su vida anterior, de aquellos diezinueve años pasados en la miseria, todos los recuerdos eran penosos. La niñez era en su memoria el amanecer sombrío dentro de un cuarto interior cuya ventana daba al patio; la casa de vecindad, hormiguero humano, por cuyos largos corredores iban y venían negras figuras de hombres y mujeres, que al encontrarse se estorbaban el paso, tropezaban unos con otros en lo oscuro, lanzando un juramento, una blasfemia ó una de esas interjecciones groseras, una de esas palabras soeces, con que lo mismo expresaban el dolor que la alegría, palabras que principiaban todo lenguaje en aquellas bocas, movimiento de los labios tan adquirido ya, que se hacía hasta involuntariamente como costumbre ó vicio; cizaña que siempre iba revuelta y hacinada en su idioma especialísimo, hasta con las más

hermosas flores, hasta con sus madrigales de amor, hasta con sus canciones, siempre arrancada y sin cesar renaciente; dejo amargo que era en sus diálogos, como el de la gota de sudor no enjugada después del trabajo, y cayendo sobre el pan que devoraban.

Recordaba Estrella aquel despertar de niña que nunca fué dejar el sueño, porque un rayo del sol besa los párpados, ó porque acaricia los oídos al canto del canario en la jaula, ó porque nuestra madre habla en voz baja y anda por la alcoba de puntillas, sino que fué, por el contrario, el susto producido por la voz aguardentosa del albañil y el dolor sentido en la mejilla abofeteada.

«¡Arriba! ¡largo de ahí! ¡Jopo! ¡A la calle ó al patio!»

Y quedaban sus padres más holgados en el jergón, y ella más á sus anchas para llorar al aire libre en la niebla de la mañana.

«¡A la calle ó al patio!»

Y á uno de los dos iba; en uno ú otro pasábase la existencia. La calle, llena de ruidos discordes, vocerío de vendedores ambulantes, gritos de pilluelos desarrapados y sucios como ella, rodar de carruajes, tocatas de organillos, golpes tremendos sobre el yunque en la fragua del veterinario, choques de puertas batidas por

el huracán, la calle con sus olores acres, fuertes y malsanos, las dos hileras de casas mirándose frente á frente, dejando poco espacio á la carrera del viento, estrecho cauce á las aguas en los días de lluvia, y el patio, donde á la postre se reunían todos los chiquillos de la vecindad, un patio cuyas cuatro paredes agujereadas de ventanas subían muy altas, altísimas, hasta el punto de que un día propuso Estrella jugar á figurarse que eran unos niños á quienes sus padres habían tirado á un pozo; la calle y el patio, este era su mundo. Esto era todo.

Allí creció entre los charcos y las inmundicias, y como ella y con ella crecieron otros y otras, niños y niñas, en montón como la basura, confundidos y revueltos, enseñando los pícaros á los inocentes, los mayores á los menores, resistiéndose algunos á las revelaciones de los sentidos por repugnancia instintiva, cayendo los más por curiosidad infantil, aprendiendo los secretos de la carne, precoces todos en viciar su cuerpo, en dañar su inteligencia.

Sí, Estrella era dichosa en el lupanar de Mari-Pepa. ¿Qué espantos, qué terrores puede reservar la prostitución á las que vienen de la miseria? Ninguno. La *Pálida* no se asustaba, no tenía miedo al porvenir. Aquello era una

venta. Era *el pacto con el diablo*, que diría el marqués de Villaperdida. Había vendido su alma y su cuerpo á Mari-Pepa y el *Chulo*, á cambio de un pedazo de pan blanco y tierno, de un techo que la cobijase, de una cama para poder dormir, de un traje que la cubriera; á cambio, en una palabra, de todas las cosas á que tenía derecho y que no la daban en ninguna parte más que allí. ¡Dios! Lo poco que sabía de Dios era que la hizo hermosa y que por serlo la recibían. Dios era, pues, tan bueno y tan previsor, como decían las gentes.

Sin embargo, una mañana al levantarse exclamó:

—¡El que habrá sentido mucho saber que estoy aquí es el *Granuja!*

—¿Y quién es el *Granuja*, chiquilla?—preguntó la sevillana.

—El *Granuja* es mi novio. Se llama también Paco.

—¡Qué callado te lo tenías!—exclamó con desconfianza Mari-Pepa.

—No tengo para qué ocultarlo.

Entonces Mari-Pepa la interrogó acerca de aquellos amores. Porque la noticia era grave y era preciso saber á qué atenerse. Pero la sevillana, ante las respuestas categóricas de Es-

trella y el acento de sinceridad con que las pronunció, acabó por tranquilizarse. Por absurdo que pareciera, se trataba de unos amores puros hasta entonces, que por eso la *Pálida* los tuvo, porque el *Granuja*, á pesar de su alarmante apodo, no era un cochino como los demás muchachos de la casa de vecindad. Era travieso, eso sí, más que ninguno; pero sus travesuras, que le valieron aquel mote, tomaban otros derroteros. Se divertía en poner rabos á las viejas que pasaban por la calle, en tirar huesos de aceituna á los señoritos de chistera, en untar con moñigas los llamadores de las puertas, en hacer una porción de diabluras de este género; y en cambio era valiente y noble de corazón, no permitía que delante de él, abusando de la fuerza y de la estatura, pegaran los zagalones á los pequeños, y el que lo hacía en su presencia tuvo siempre que habérselas con él; capitaneaba á los muchachos del barrio cuando se armaba pedrea; era el matador en las corridas de toros que organizaban los domingos por la tarde con una banasta que les prestaba el pescadero, y cuando tuvo la edad aprendió un oficio, el de carpintero, y ahora, que tenía ventidos años, pasaba por uno de los mejores oficiales.

Mari-Pepa refirió al *Chulo* todos estos de-

talles, y Arístides no se tranquilizó hasta que vino un médico de su confianza y el médico los confirmó como ciertos, después de reconocer á la *Pálida*.

—Me parecía mentira—exclamó respirando con fuerza.

—¿Y por qué? ¡No, hombre, no! Yo lo creí en seguida. No te figures tú que eso sea tan raro y tan difícil. Eso pasa mucho. Y ahora, díme, si se presenta aquí el *Granuja* preguntando por ella, ¿qué hacemos?

Arístides meditó el caso un momento.

—Si se presenta, le recibes y que la vea siempre que quiera; pero vigila, ten mucho cuidado con ellos. El *Granuja* más adelante podrá ser su querido; ahora no.

Y al decir esto obedecía á las especialísimas razones que existen para tolerar un amante único y preferido á las infelices que viven del comercio de su cuerpo.

En efecto, el *Granuja*, enterado como todos los de la casa de vecindad de la desaparición de su novia, averiguó y supo por el mismo albañil dónde estaba su hija, y al domingo siguiente, á la primera semana que llevaba la *Pálida* en el lupanar, se presentó.

—¿Está Estrella?



—¡Estrella... ah, sí! La *Pálida*... ¿Qué quiere usté?—preguntó la vieja, que había acudido al oir la campana del cancel.

—Quiero verla. Dígala que está aquí Paco.

—Espere usté;—y sin abrir corrió en busca de Mari-Pepa. La *Pálida,* que estaba con esta última, al oir aquel nombre se inmutó.

—¿Paco? ¿Quién es Paco?—inquirió el ama.

—Es el *Granuja.*

—¡Ah, ya pareció aquello! Pues anda y que pase; abre.

Estrella temblaba como una azogada.

El *Granuja* entró. Era un joven alto y delgado, robusto y sano, moreno y de enérgicas facciones, que contrastaban con la dulzura melancólica de su mirada. Iba muy limpio, con su traje de los domingos, su gorrilla de seda, la camisa más blanca que el yeso y la chaqueta bien acepillada.

—¡Válgame Dios, mujer! ¿qué has hecho?—dijo; y reparando después en Mari-Pepa,—¡Buenos días!—añadió llevándose la mano á la cabeza.

—No se quite usté la gorra—observó el ama;—no hace falta.

Estrella, al oir la pregunta del oficial de carpintero, prorrumpió en llanto.

—Déjela usté, hombre. ¿Qué había de ha-

cer esta pobrecita? Ello tenía que ser al fin y al cabo, porque, según lo que cuenta y lo que luego supimos, maldito si se comprende que haya tardado tanto.

—No. Pero si yo no la riño;—y el Granuja, más acongojado que la misma Estrella,—si no lo he dicho por nada—añadió; mas como las lágrimas siguieran corriendo,—vamos, mujer, no seas tonta, y no te pongas así. Si lo sé, no vengo.

¡No ir á verla! Lo dijo; pero bien sabía que era imposible. Lo dijo como se dicen otras muchas cosas, por disculpar acaso su presencia, que era la causa de aquella congoja. Hubiera ido, arrostrando la maldición de un padre; venciendo las resistencias de su propia voluntad; con honra ó sin ella; andando de rodillas, si los pies se negaban á sostenerle; enfermo, sacando fuerzas de la misma calentura; con una puñalada en el pecho, cerrándose con las manos los labios de la herida para contener la sangre; hubiera ido siempre, de todos modos, á pesar de cuantos obstáculos se opusieran á su paso.

Pero la vió llorar y lo dijo. Y dijo más, aquella boca que traía preparados todos los insultos y todos los reproches; y pensó más, aquella inteligencia que momentos antes no

tuvo otras ideas que las de la ira; é hicieron más, aquellas manos cuyos músculos estaban contraídos y dispuestos á todas las agresiones, porque al ver que seguía Estrella con el rostro oculto entre las manos y el cuerpo abandonado á las sacudidas del sollozo,

—No llores... no llores... no llores—y á cada palabra daba un paso hacia ella;—no llores...—y llegó á su lado y la separó las manos del rostro, y la miró un instante bañada en llanto.

—Tú tambien lloras... déjame á mí—contestó Estrella mirándole á través de sus lágrimas.

Y era verdad. El *Granuja* no había podido resistir, y estaba llorando.

—Vaya, los hombres han de ser hombres—amonestó Mari-Pepa, que no podía estarse quieta en la silla.—Tengan ustedes resignación y juicio.

—Pero si usté supiera, señora—replicó el obrero;—si usté supiera qué desgracia tan grande es ésta. No sabe lo que ha hecho. No lo sabe, y por eso la perdono.

—Escucha, Paco—interrumpió la *Pálida* levantando la cabeza y con voz alterada,—no digas eso, porque cuando yo vine aquí no podía más. Pregúntaselo á Mari-Pepa.



—Es verdad. ¡Pobrecita! Por poco se nos queda entre las manos, y después de todo, malo es que esté aquí, pero siquiera come y está bien vestida y no la faltará nunca nada.

—Pero ¿y yo? ¿Qué va á ser de mí?—gritó el *Granuja* con el feroz egoismo del enamorado.

—Pues usté—arguyó Mari-Pepa,—usté no pierde nada, porque nosotros, mi querido y yo, ya hemos pensado en eso; usté viene aquí á su casa, y siempre que venga se le recibe; puede usté verla á todas horas.

—Yo... yo...

—Pues ¿quién ha de ser? ¿O se figuraba usté que nosotros éramos de bronce y que no comprendíamos lo naturales que son ciertas cosas? ¿Se querían ustedes? Pues se siguen queriendo y en paz. Es decir, mejor para usté—terminó con maliciosa sonrisa.

—Señora, usté no sabe quién soy yo—replicó el *Granuja* irritado.

—¡Pues no que no! Un hombre de carne y hueso como los demás. ¿Y quiere usté que le diga una cosa? ¿Cuánto va á que la quiere usté más que antes? Si eso lo estoy viendo yo aquí todos los días.

Su honradez se rebelaba contra tales predicciones, contra este lenguaje de la prostitu-

ta jubilada, contra estos cinismos descarnados. Pero no se atrevió á insistir en su protesta, no tanto por no afligir más á Estrella como porque, en realidad, desde que entró en la casa se estudiaba y descubría en su ser la aparición brusca de sentimientos desconocidos hasta entonces. Estaba haciendo lo contrario de lo que había resuelto hacer. ¿Por qué había ido? Este era el peligro que debió evitar. Una vez allí, no se pertenecía. Era un esclavo de la sangre y de los nervios. Lloraba ó se enfurecía contra lo irremediable como un chiquillo mal criado. Quería levantarse de la silla en que cayó su cuerpo; levantarse y huir. No verla más, no respirar aquella atmósfera, no sufrir tanto; y sin embargo, si en aquel momento hubieran cesado de pronto, estas penas las echaría de menos, como si fueran una necesidad de su organismo el llanto y el furor, la tristeza y la ira, la desesperación infinita que palidecía su semblante haciéndole morderse el labio hasta que saltara la sangre.

—Deje usté, señora—replicó Estrella, con su misma voz resignada;—éste tiene razón, no podemos nosotros querernos más de lo que nos queremos.

Y le cogió la mano, estrechándosela con nerviosa fuerza.



—Una cosa es que te disguste verme metida á lo que estoy y otra que no me quieras.

¡Tenía razón! Eso mismo era lo que él estaba pensando. La quería. ¡Oh! Le daba vergüenza confesarlo, pero la quería. Al fin y al cabo, no muere el amor de repente y á mano airada. Estrella era su amor, su amor, primero risueño y alegre, luego triste, ahora horrible y repugnante.

Él soñó con hacer de Estrella su mujer; pensó que sería buena cosa ahorrar de su jornal todas las semanas, y luego casarse, tener una casa, y en la casa una familia. Ya no podía ser nada de esto. Pues bien; no se casaría, no ahorraría. Entonces tuvo un pensamiento.

—Dígame usted, señora, ¿cuánto debe Estrella desde que está aquí? No será mucho, porque lleva pocos días.

Mari-Pepa se quedó aturdida con la pregunta. ¡Vaya una ocurrencia! Como si un joven que acaba de aprender el oficio pudiera tener ahorrados de su jornal ¡ahí es nada! cuatro mil reales. Porque eran cuatro mil reales lo que la debía la *Pálida*, más bien más que menos, y todavía sin haber ganado un cuarto.

—¡Cuatro mil reales! Yo no tengo esa suma.

—Ya lo creo. ¡Qué ha de tener usté! Pero no



se atormente pensando en imposibles. Lo mejor es tomar los tiempos como vienen.

Ya sentía Mari-Pepa haberle dejado entrar. El *Granuja* era un amante muy fino y muy señorito; al principio la enterneció, porque no hay medio de librarse de cierto malestar cuando se ve llorar á un hombre.

Estrella callaba.

—¡Oh! si usted quisiera, si usted se compadeciese de mí, todo podría arreglarse.

Nada, decididamente era necesario ponerse seria, porque el obrero tenía trazas de querer echarlo á perder todo.

—¿Cómo? Vamos á ver.

Entonces, tímidamente, con su acento más persuasivo, expuso sus pretensiones. Él se llevaría á Estrella, firmando un papel ó un documento en regla, un pagaré, lo que Mari-Pepa quisiera, y todos los sábados, al cobrar su jornal, entregaría la mitad. Ganaba ya bastante. Ganaba cuatro pesetas diarias. Todo consistía en esperar, en no cobrarlo todo de una vez, y para esto pagaría los intereses que se quisieran. ¿A Mari-Pepa qué más la daba?

—Quíte usté allá. ¡Cobrar doce pesetas todos los sábados! ¿Está usté en su juicio?

—Estrella, ¿quieres venirte á vivir conmigo?

—No consiste en que ella quiera, sino en



que quiera yo—gritó la andaluza irritada.—¡Habrase visto! ¿Conque después que le abrimos la puerta y que le recibimos aquí como le recibimos, se viene usté con esas?

—¡Por Dios!—exclamó Estrella juntando las manos.—¡Por Dios, cállese usté.—Y poniéndose en pié:—¡Si Paco no dice nada, si Paco no ha querido decir lo que usté se figura! Mírelo usté. ¿No es verdad, Paco, que lo que tú quieres es verme á mí, y que te conformas con eso?

El *Granuja*, que se había puesto de pie, sombrío y extremadamente pálido, se obstinaba en guardar silencio.

—Anda, Paco, vete y vuelve mañana, mañana por la noche;—y le volvió á dar la mano.

Mari-Pepa, apaciguada ya y arrepentida de su arrebato, quiso disipar por completo el rencor que pudiera guardarla el futuro querido de la *Pálida*.

—Vamos, hombre, no sea usté así; déla usté un beso, que no importa que yo lo vea.

Estrella acercó su rostro, y él quiso resistir; pero le echó los brazos al cuello y no pudo más.

—¡Ah! Estrella... Estrella.

—¿Volverás, eh? ¿volverás mañana? Te espero. Y cuidado con desesperarse; no quiero

verte así; ya verás. Puede que Mari-Pepa tenga razón y que seamos muy felices.

Salió como un loco. La sangre, sentíala agolparse en sus sienes, que estallaban; el corazón palpitaba con tal fuerza que le hacía daño, y tuvo que detenerse para respirar.

Al pasar por delante de un escaparate vió que el yeso de las paredes del lupanar blanqueaba su chaqueta de obrero.

¡Ah! aquella mancha. La dejó. No se la quería quitar. Y con los ojos enrojecidos, quebrantado de fatiga, aquel domingo, por primera vez, acudió á la taberna donde se reunían sus compañeros. Necesitaba distraerse, y el paseo le aburría. Necesitaba no ver el cielo, no ver el campo, meterse en lo oscuro, olvidar que hacía sol, porque para él la naturaleza estaba triste.

¡Olvidar! ¿Acaso es tan fácil hacer las cosas como decirlas? No se olvida lo que se aprendió desde niño; lo que se sintió desde que hubo en el alma sentimiento; lo que, sentido una vez, parece como que va creciendo al crecer el cuerpo. No; Estrella y él, ni la deshonra, ni el envilecimiento, ni la muerte podían separarlos.

Había que hacer lo que dijo esa Mari-Pepa.

Tomar los tiempos como vienen. Resignarse. Esto era mejor; era difícil, pero lo otro era imposible. ¡No verla! ¡no verla! Jamás. ¡Si la estaba viendo hasta en aquel mismo instante! ¡Qué diferencia! No llevaba andrajos, no iba ya medio desnuda. Al contrario. Se había fijado bien. El traje era de seda, con puntillas en las mangas, con adornos de terciopelo y raso en el corpiño y volantes en la falda. Un traje de señora. Estaba más blanca, mucho más blanca. Pues ¿y el cabello? Ahora sí que brillaba con la pomada; ahora sí que toda ella olía, con los perfumes, tan bien como el heno recién cortado. Era su cabeza una cabeza artísticamente arreglada por el peluquero. Ya no podía decirse que *iba peinada de aureola*. La aureola había desaparecido.

¡La *Pálida!* la llamaban; la *Pálida*, por lo blanca sin duda. No importa; estaba bien puesto el mote, pero sonaba siniestramente en sus oídos. Con este apodo hay que tener un triste fin. Las prostitutas son el demonio. Tienen á veces unas ocurrencias y unos chistes, que primero se ríen y luego le ponen á uno melancólico.

Y volvió; volvió á la noche siguiente, después de salir del taller.

Oscurecía. En el lupanar estaban una por-

ción de mujeres, en el comedor, viendo á la vieja que preparaba los cubiertos y todo lo necesario para la cena, yendo y viniendo de la cocina, sin poder ahuyentar á un hermoso gato de ojos relucientes, blanco pelo, poblada y larga cola levantada al aire y movida sin cesar por rápidos estremecimientos nerviosos, cuyo gato la seguía maullando, insistente, tènaz, arqueando el lomo, recibiendo de vez en cuando un puntapié de la vieja, que se impacientaba, parándose entonces para lamerse cuidadoso en el sitio donde el golpe le alcanzó, y volviendo á las andadas.

El comedor era el lugar destinado á los amigos de confianza de la casa.

Siempre había tertulia. Dos ó tres mujeres que estaban solas eran las que sostenían la conversación. Las demás, cada una de ellas tenía á su lado un hombre, que ó bien hablaba poco, ó por el contrario, hacía gala de su ingenio ó de su memoria, contando cuentos, intercalando chistes groseros é indecentes, que se acogían con grandes carcajadas. Estrella estaba allí, así como también Mari-Pepa.

—¡Calle!—dijo esta última.—Aquí está el querido de la *Pálida*. Anda, chica, llévatelo á tu lado. Sentarse por ahí en un rinconcito.

Todas las conversaciones se interrumpieron.

Volviéronse los rostros para mirar al recién venido; las mujeres con curiosidad mal reprimida; los hombres con una fría ojeada, que lo midió de alto á bajo. Fué un instante, un segundo; pero bastó para que sintiera Paco tal malestar, que los colores le salieron á la cara.

—Ven, *Granuja*—le había dicho Estrella.—Ven por aquí. Aquí tienes sitio.

¿Cómo es posible que Estrella estuviese contenta, tranquila, sonriente, sin experimentar lo mismo que él estaba sintiendo?

Dijérase al verla que siempre había vivido allí. Pasó por entre las parejas, y se sentó donde ella le indicaba.

—¿Quieres cenar conmigo?

—Gracias; ya cenaré luego más tarde.

Y á Mari-Pepa le pareció oportuno decir siquiera por cortesía:

—No sea usté tonto. Cene usté aquí. ¿Para qué va usté á marcharse?

—Ceno con mi madre.

Hubo una mirada general de extrañeza; pero los ojos se bajaron ante el *Granuja*, que esta vez irguió la frente.

Entonces se reanudaron las conversaciones, y pareció que nadie se ocupaba más de la nueva pareja.

Estrella, sentada junto á él, se acercó más, y en voz baja para que nadie la escuchara:

—¿Cómo está tu madre?

—Mejor, desde hace algunos días. Ayer pudo salir de casa.

La madre de Paco constituía toda su familia. Padecía, desde poco tiempo después de la muerte de su marido, de un aneurisma. No podía trabajar, y se pasaba los días sentada en un sillón, muy aprensiva, oyéndose respirar.

Poco á poco la luz que entraba por las ventanas del patio, en aquel comedor que era tan pequeño para que pudieran estar con desahogo tantas personas; poco á poco la luz del día, que agonizaba, iba siendo más escasa. Algunas parejas estaban ya en la oscuridad.

—Petra, enciende—ordenó Mari-Pepa.

Y volvieron la vieja y el gato, refunfuñando aquélla y éste acompañándola con sus maullidos, que no parecía sino que entre los dos había entablada competencia para murmurar del mucho trabajo. La *señá Petra* trajo el quinqué de petróleo y lo puso con tal golpe sobre la mesa, que Mari-Pepa dió un grito.

—¡Maldita sea tu alma! ¿No ves que lo vas á romper?

El quinqué estaba apagado.



—A ver, ¿quién echa un fósforo?

Granuja se apresuró, sacó su caja; pero al mismo tiempo que el suyo ardieron otros cuatro ó cinco.

Se celebró el caso con grandes risas, sobre todo cuando se vió que algunos hombres se separaban de su pareja bruscamente, disimulando una gran contrariedad por aquellas repentinas luces.

Encendido el quinqué, Mari-Pepa siguió dictando disposiciones.

—Ahora trae la cena, y que cenen éstas. La *Pálida* y yo nos quedamos para la última tanda.

Se cenaba por tandas de cuatro ó cinco mujeres, porque las reducidas dimensiones del comedor no permitían otra cosa, y en la mesa no cabían más cubiertos.

Entre tanto, Estrella y Paco, olvidados de todo el mundo, hablaban en voz baja acaloradamente.

—Ayer me diste un mal rato—decía la *Pálida;*—tienes que dominar el genio y no apurarte por mí. Yo estoy bien. Estoy contenta.

El *Granuja* no pudo contenerse. La preguntó, venciendo todas las repugnancias, la preguntó con ansiedad, con vehemente anhelo, y como ella aparentara no comprender por ro-

deos y medias palabras, se decidió y se lo dijo en crudo.

—¡Ah, no, eso no! Te lo juro. Es decir, todavía no; yo no sé qué quieren hacer conmigo.

—Mientes.

—No miento; pregúntaselo á Mari-Pepa.

—Es que quieres engañarme.

Su naturaleza franca y leal se rebeló.

—¿Y para qué? Oye tú: ya sé yo que estoy aquí para eso; no te enfurezcas, porque no tiene remedio. Habrá de suceder más pronto ó más tarde; y te juro que cuando sea te lo diré aunque luego me pegues, porque Mari-Pepa me ha dicho que de seguro me pegarás.

—¡Yo!...—exclamó el *Granuja* con un hermoso acento de varonil protesta,—yo no pego á una mujer.

Entonces ella movió la cabeza tristemente, y extendiendo la mano enseñándole á los hombres que estaban allí,

—Todos esos pegan á ésas—le dijo,—y las quieren.

Eran ya cerca de las nueve: la primera tanda había concluído de cenar; dos ó tres individuos se levantaron para marcharse.

—Anda, vete tú también, que es tarde; tu madre estará deshecha; no la hagas esperar.

—¿Se va usté?—dijo Mari-Pepa al ver que



la *Pálida* se levantaba;—¿por qué no vuelve usté luego? Esta no sale todavía ni la ve nadie. Puede usté venir y nos hará un ratito de compañía: conocerá usté *á mi hombre.*

Estrella no le había mentido.

—Volveré—dijo con una inmensa alegría.

—Vaya, pues de aquí á un rato. Anda, chica, acompáñale; no te lo vayan á quitar, que es guapo.

Pasaron los días de este modo. El *Granuja* y el *Chulo* fueron grandes amigotes, aunque sólo dentro del lupanar, porque en la calle, Arístides, orgulloso con su elegancia, no cruzaba el saludo con ningún menestral; hacíase el distraído, íbase á la otra acera al verle venir desde lejos, y Paco decía:

—Por allí va Arístides; no me ha visto.

Por lo demás, los amores del *Granuja* y de la *Pálida* llegaron á ser un encantador idilio que respetaban todos y que interesaba como una página de novela.

Interesaba y conmovía. Aquel obrero honrado, amando á una virgen, cuyo sacrificio en el altar de Venus se retrasaba, amado por ella y figurándose los dos á veces que esto iba á durar siempre así. Aquellas manos enlazadas tiernamente, aquellos ojos que se miraban serenos, sin ninguna expresión lasciva, y aque-

llos labios que se repetían el eterno diálogo: «¿Me querrás siempre?—Siempre, Paco, siempre; toda la vida.» El mundo no existía para ellos: se borraban, desaparecían de su vista los objetos que los rodeaban; olvidábanse del drama horrible, de la realidad que los amenazaba, del abismo que estaba á sus pies; vivían fuera de lo tangible, de lo palpable, de lo visible. Para hacer su nido, todo les parecía bello con tal de que tuviera un hueco en que cupieran con la estrechez de la caricia; se arrullaban como los pájaros, sin temor á la caída, en la más alta rama, en la torre más elevada. La caída no existe para las alas. Y como no se daban más que besos, como se besaban hoy castamente en un lupanar, se hubieran besado mañana en un sepulcro.

Al contemplar aquel éxtasis, aquella abstracción, y la confianza, la fe ciega que da el optimismo del amor y de la juventud, los demás sentían un estremecimiento de terror, parecido al que se siente al ver á los sonámbulos andando tranquilamente por el borde del precipicio; un grito, una sola palabra bastaría para hacerlos despertar, caer y destrozarse. Todas las miradas se volvían inquietas hacia el corredor, todos los oídos escuchaban al sonar la campana del cancel. ¡Oh, qué horror!

si en aquellos momentos se hubiera presentado la *señá Petra* diciendo con su cascada y repugnante voz:

—Mari-Pepa, un caballero que viene preguntando por la *Pálida*...

Era todo cuestión de cuatro mil reales.

—Si yo los tuviera—dijo una vez una de las prostitutas,—se los daba al *Granuja*. ¡Lo que debe sufrir ese hombre! Callarse, chicas, si se le conoce en la cara. Eso es como si una tuviera relaciones con un reo condenado á muerte y lo viera en la capilla.

VIII

Un día, el director del *Liceo Bonnechose,* que era el colegio parisién donde Luis estaba estudiando, escribió al padre del alumno, al marqués de Villaperdida, una larga carta.

« *Votre fils vient de faire ses études; vous l'aurez auprès de vous dans peu de jours. J'espère vous trouver enchanté du soin que j'ai pris à faire de cet enfant un garçon accompli. Il parle plusieurs langues, même l'espagnole; il connait l'histoire de France, et récite très bien et par cœur ses classiques. Il monte á cheval, fait ses armes joliment, en un mot, il a une instruction solide, tout en étant doué de plusieurs talents d'agrément. Un jeune monsieur, très gentil, adorable, quoique un peu souffrant.*»

Este era el párrafo más interesante de la epístola francesa, y el que más comentaron después de comer, de sobremesa, los tres moradores del palacio de Villaperdida.

El médico opinaba que todas estas educa-

ciones brillantes del extranjero dejaban mucho que desear; pero que al fin y al cabo, para quien tiene un gran nombre aristocrático, una bonita renta y pocos ó ningunos cuidados, bastaba y sobraba. El cura no se quejó más que de una cosa: de que el director del colegio no enumeraba la religión entre los conocimientos adquiridos por Luis.

—Pues se comprende muy bien —replicó Pérez riéndose.—La religión no es un conocimiento.

El marqués tuvo que poner paz entre sus dos pensionados.

Luego vino la curiosidad. En diez años el heredero del condado de Riosucio y del marquesado de Villaperdida había tenido tiempo para crecer y desarrollarse, para cambiar por completo la expresión de su fisonomía, para ser esperado en su casa como un desconocido hasta para su mismo padre. ¿Estaría muy alto? El médico auguró que ya tendría bigote, y el médico era el que se mostraba con más deseos de conocerle; porque el sacerdote, que llevaba veintidós años en el palacio, lo había visto desde que nació, lo enseñó á rezar; después, cuando murió la pobre madre, lo sacaba á paseo para que jugase con los otros niños en el parterre del Retiro; mientras que el doc-

tor, cuando vino á vivir al palacio, cosa que no hizo y á la que se negó hasta que el marqués hubo de señalarle como pensión una fuerte suma que le resarcía de los productos de su clientela, ya el niño no estaba allí, sino en el *Liceo Bonnechose*.

—Dice que está malo, ¿no es eso? ¿Qué tiene?—preguntó al marqués.

—No lo sé. Desde pequeño siempre ha tenido una naturaleza enfermiza. Sólo logré salvarle á fuerza de cuidados.

—¡Ah, ya comprendo!—terminó el doctor poniéndose serio.—Habrá que someterle á un régimen un poco severo, bastante severo para un joven rico; pero en ello le va la vida. Me figuro lo que tiene sin haberle visto. Es en todo y por todo su heredero de usted.

El marqués bajó la cabeza, abrumado ante el peso de aquellas palabras, dichas sin miramiento por aquel afán de hacer frases de que el terrible materialista no podía corregirse nunca.

Y á los tres ó cuatro días de la carta, se recibió el telegrama avisando la salida de París.

«Marqués de Villaperdida.—Madrid.

»Llegaré el lunes en el *exprèss*

LUIS.»

Y no decía más. Era, más que un aviso cariñoso, una orden concisa, terminante, del hijo al padre.

Don José de las Lanzas y de las Medias Annatas obedeció. Mandó disponer tres habitaciones para el viajero, una alcoba, un gabinete y un cuarto de tocador. Hasta se compraron muebles modernos para las tres por consejo del médico. Y el lunes por la mañana hizo que el mayordomo bajara á la estación con la carretela. Él no podía ir á esperarle. Las mañanas no eran suyas, eran del médico. La cura del cuerpo esclavizaba el alma.

La ausencia de Uñalarga, aunque momentánea, proporcionó al sacerdote una gran contrariedad. Ninguno de los criados que quedaban en el palacio sabía ayudar á misa. El marqués, enfurecido, quería despedirlos á todos. El padre Manrique, de pie en el altar, dijo con intencionada entonación:

—Por hoy me servirá de acólito el señor;— y miró á su contrincante.

—¡Yo!—Pero el médico supo contener á tiempo la declaración que iba á escapársele, y contestando á la mirada de desafío con otra de aceptación:—tiene usted razón. *A la guerre comme á la guerre,* que diría el señor Bonnechose.

Se levantó, restregóse los ojos por última vez y fué á colocarse de pie junto al sacerdote.

El triunfo fué completo: el padre Manrique á las cuatro palabras estaba ya demudado, rojo de cólera. Pérez no contestaba acorde. Pérez, imperturbable, pronunciaba siempre la misma palabra: *Amén*.

El cura no quiso interrumpir el oficio divino ya empezado. Tomó el partido de apuntar la respuesta al médico, pero éste aparentaba no oirle. *Amén*, repetía sin cesar; y cuando terminó el santo sacrificio, ya en el cuartito de la sacristía,

—¡Sacrílego!—gritó,—¿por qué no ha dicho usted que no sabía ayudar á misa?

—Pero, señor cura, ¿no lo he hecho bien? A mí me parece que he estado inmejorable, correcto.

—¿Por qué decía usted *amén?*

—Para evitar disputas; pero está visto que entre nosotros las habrá siempre, aunque yo diga amén á todo.

La carretela entró en el portal, con un ruido de ruedas y de cascos semejante á un trueno lejano. Uñalarga bajó del pescante, donde ocupaba aquel día al lado del cochero el pues-

to del lacayo, y abrió respetuosamente la portezuela, bajando el estribo. Puso el pie en él y apareció un joven que vestía un elegante traje de camino. Tendría unos veinte años, era extremadamente delgado, pálido, ojeroso, alto, indolente y desmadejado en su andar.

Se quitó el sombrero al subir la escalera, no por respeto al solar de sus mayores, sino para arreglar con los dedos su peinado. Tenía el pelo rubio, muy rubio y alisado sobre la frente. Un *monocle* en el ojo derecho, sujeto por una contracción muscular tan imperceptible que parecía no caerse, ó por estar pegado con cola, ó por arte de encantamiento.

Mirando con curiosidad de persona extraña á la casa, todo lo que le rodeaba, fué recorriendo las habitaciones, pasando revista á la *tenue* de los criados, y llegó al comedor.

—¿Y papá, no está?—preguntó á Uñalarga, que le condujo hasta allí.

El mayordomo extendió la mano é indicó la puerta cerrada de la habitación; el heredero se estremeció al oir de improviso un estridente grito de dolor.

—¿Qué es?

—El señor marqués está con el médico.

El padre Manrique se presentó. Al ver la sotana, Luis se quitó el sombrero definitiva-

mente, dió dos pasos, puso una rodilla en tierra, cogió la mano del sacerdote, en la que al bajar la cabeza hizo una cosquilla el cordón del *monocle*, y estampó un sonoro beso diciendo al mismo tiempo:

—La bendición, padre mío.

Esta vez el cura la dió con verdadero regocijo, y hubiera estado dando, no una, sino ciento, mil, para que tuviera tiempo el sacrílego Pérez de terminar sus curas, salir del gabinete y presenciar aquello. «¡Oh, sí, en Francia se enseña la religión en los colegios, como un verdadero conocimiento!»

Pero el viajero se levantó con presteza, y una vez cumplida como deber ó más bien como saludo y ceremonia aquella genuflexión, volvió al sacerdote la espalda, y dirigiéndose á Uñalarga:

—Quiero ir á mis habitaciones para asearme un poco.

Y no hubo más. Ni el grito de su padre le inspiró inquietud, sino más bien susto, ni el sacerdote fué saludado por el joven al salir del comedor más que con una fría inclinación de cabeza, que contrastaba con su fervor al entrar.

Aquel era el heredero. «Un español que hablaba muchas lenguas, hasta la española,» como

noticiaba en su carta el director del *Liceo Bonnechose*.

Luis se encerró en *sus habitaciones* con el criado que habían puesto exclusivamente á su servicio, despidiendo por tanto al mayordomo de su padre.

—Cuando mi padre esté visible, me avisará usted, si le place.

Su castellano era como una traducción correcta del francés. Exageraba la pronunciación para no mostrar acento alguno extranjero.

Y como la cura del marqués de Villaperdida no terminaba hasta la hora precisa del almuerzo, Uñalarga cumplimentó la orden del hijo recibiendo otra del padre.

—Diga usted al señorito que le espero aquí, y que el almuerzo está servido.

Padre é hijo se miraron con mutua sorpresa. Cambiaron un abrazo que recordaba las recepciones palaciegas, y acto continuo, después de la presentación del médico y el cura, ocuparon los cuatro personajes sus respectivos sitios.

—El mobiliario de mis habitaciones no me gusta. Es el menos apropósito para un soltero. Son muebles modernos, pero muy vistos. La sillería debe tapizarse con mantas jereza-



nas, que están muy de moda. Luego, aquí habrá armas antiguas y armaduras. Necesito una panoplia y dos guerreros en dos pedestales, dos armaduras completas. Además yo pinto y toco. Necesito un piano y un par de caballetes. Las librerías no se estilan cerradas con cristales, sino abiertas, al aire, como una verdadera estantería, que hace muy bien ocupando uno de los testeros. Además todos mis muebles son de palosanto. El palosanto pasó de moda. Los cambiaré por otros de roble. Naturalmente no lo digo por reproche, no; pero será preciso cambiarlo todo radicalmente.

—Haz lo que quieras, y pídeme el dinero que necesites.

—Así lo haré. Gracias, papá. También he sabido por Valentín, el ayuda de cámara que ha tenido usted la amabilidad de poner á mi servicio, que no hay en la cochera más que ese carruaje histórico en que he hecho yo mi entrada en Madrid. Ese es para ti; yo no me permitiría jamás utilizarlo; yo me compraré un coche de muchacho joven, una *charrette*, una *carreta*, como diríamos los españoles traduciendo con la fidelidad terrible del texto literal de las palabras. La compraré de caoba clara, casi color de avellana, y un caballo de pelo de rata, que es lo más bonito. Y á me-

menos de que mis exigencias no parezcan exageradas, me atreveré á pedirte otro caballo inglés, de pura raza, aunque no de tanto coste como los de carreras, porque el de pelo de rata es de tiro, mientras que éste me servirá admirablemente para montar.

—Puedes comprar todo lo que te se antoje. Tienes fortuna, eres mi heredero. Gasta y preséntate con el decoro debido.

—Eso es lo correcto;—y mirando al médico, que estaba muy entretenido en ver la inmovilidad del *monocle* sobre el ojo,—¿me hace usted el favor de la mostaza si le place?

—¡Eh! ¿Qué?

—La mostaza, si le place. La tiene usted á su lado.

—¡Ah! Ya.

—Gracias mil, señor.

¡Qué diantre de *monocle!* ¿Cómo demonios se sostenía aquello?

El padre Manrique tomó la palabra.

—El doctor es muy distraído.

—Sí, mucho—continuó Pérez.

—El director del *Liceo*—dijo el marqués—me escribió una carta llenándote de elogios.

—¡Ah! mi señor Buenacosa es muy lisonjero. Se lo agradezco y se lo vuelvo á agradecer una y mil veces.

El médico estaba decididamente distraído: antes era el *monocle* el que le llamaba la atención; ahora sucedíale lo mismo con aquel castellano *que sabía hablar* el heredero. Era un castellano especial, tan especial como el *monocle*. Era el castellano que se lee en el *Manual de la conversación para uso de los franceses*. «La mostaza, si le place.» ¿Tiene usted pan?» — «Yo tengo pan.» Le parecía estar viendo los temas de la Gramática de Ollendorf.

Por lo demás, Luis parecía un buen muchacho. Pretencioso, cándidamente ridículo por sus actitudes de gran señor, y su imitación del aspecto de hombre de mundo, que estaba reñido con su cara, en que apuntaba apenas el bozo del bigote formando sobre el labio una sombra dorada, y que contrastaba más todavía con la impaciencia juvenil que tuvo al terminar el almuerzo levantándose de la mesa.

—Doctor, ¿me permitiré suplicarle á usted que me acompañe, porque no conozco la población?

—Estoy á sus órdenes.

—¡Oh, señor! á mis órdenes no.

—¿Y adónde vamos?

—Vamos á realizar algunas de esas compras. Usted será mi guía, mi conductor, si le place.

A veces era preciso contener la risa al oir el *correcto castellano* del discípulo de Bonnechose (en español Buenacosa).

Ello es que Pérez acompañó al joven y se compró aquel mismo día la *charrette*, el caballo pelo de rata, y en cuanto al caballo inglés quedó ajustado. Luego, en casa de Prevost, encargaron la sillería de mantas jerezanas, los muebles de roble, cuanto el joven había enumerado durante el almuerzo, y otras muchas cosas que al pasar por las tiendas y mirar los escaparates íbansele ocurriendo. El bueno del doctor estaba mareado de entrar y salir, ver horteras y escuchar grandes discusiones entre el heredero y los comerciantes; discusiones acaloradas, no acerca del precio, porque Luis compraba sin regatear, sino acerca de la moda. El excolegial estaba en sus glorias. Pérez, al pasar por la cervecería Inglesa de la Carrera de San Jerónimo, iba rendido.

—¡Ah! ¡una cervecería!... Entremos, si le place.

Esta vez le placía con toda su alma.

—¿Le gusta á usted la cerveza, señor? ¿La cerveza negra?

—¿La negra?

—Sí; el *porter*, como dicen los ingleses.

—No la he bebido nunca.

—¡Oh! es muy buena la cerveza negra. Ya me dará usted las gracias, señor.

Y al ver acercarse al camarero,

—Muchacho, cerveza negra.

El doctor, que tenía sed, la bebió sin paladear, de un trago.

—¡Qué horrible brebaje!

Hizo todo lo posible para dominar las náuseas: lo consiguió; pero estaba mareado.

Desde allí aconsejó el doctor que, pues debían continuar las compras, era preferible tomar un coche.

—¡Ah! sí señor.

Y cuando á las siete de la tarde, á la hora de comer, se detuvo la berlina ante el palacio de Villaperdida, bajaron los dos riéndose, muy alegres, como dos camaradas de toda la vida y de la misma edad, con las manos llenas de paquetes, que entregaron á los criados.

El médico y Luis eran ya grandes amigos.

Con la llegada del joven, la vida tomó otro aspecto. La juventud, al entrar por las puertas del sombrío edificio, pareció orear aquellas habitaciones, alegrar aquellos rostros, desarrugar el entrecejo de la servidumbre, que hasta entonces, más que criados de casa grande, semejaban demandaderos de hospital,

siempre tristes y mal impresionados, como si conservaran en la retina la visión de las llagas y en el oído la resonancia de los gritos desgarradores lanzados por los enfermos, cosas todas que amargaban más su estado servil.

Bien pronto el palacio olvidó su silencio conventual. En las cuadras, además del tronco de caballos del marqués, estaban *Sack* y *Vincitor*, los dos del señorito Luis, y éstos tenían un mozo exclusivamente dedicado á ellos. La servidumbre se aumentó con un *groom*, un chiquillo inglés, blanco y rubio, muy travieso, cuyas carcajadas y gritos alborotaban las cocinas. Detrás del heredero, y como capitaneada por él, entró una verdadera legión de ebanistas, tapiceros, adornistas, pintores, decoradores, con los que se encontraba el cura en los corredores y galerías á cada momento, y que lo llenaban todo con sus escaleras, rollos de papel y botes de pintura. Era un desorden hermoso en que alternaron todos los ruidos: la copla del taller y el aserrar de la madera, el martillazo y el grito «Muchacho, galopín, trae la escalera pequeña, volando.» Y un olor insoportable de cola, de aguarrás, de humo de tabaco. El médico y Luis estaban encantados; ayudaban á los operarios, les ofrecían puros de vez en cuando.

—¡Valentín!—gritaba el joven—baja á la bodega y súbete una botella de Burdeos.—Beber Burdeos. Aquel señorito francés era el mismo demonio. Se lo bebían como agua, secándose los labios con las mangas de la blusa, y en seguida el trabajo empezábase con más ardor.

Las idas y venidas por toda la casa eran constantes.

—A las tres dijo Prevost que vendría el armario—exclamaba Luis mirando su reloj.—Son las tres y media.

Y se impacientaba; pero de pronto el esperado mueble llegaba.

—¡Mire usted, doctor, qué bonito es!

—¿Dónde lo ponemos?—preguntaban los mozos de la tienda rendidos y sudorosos.

—Aquí en este frente. ¡Magnífico! Hace un efecto soberbio.

En el entusiasmo, se olvidaba muchas veces de su idioma nativo.

—*¡Oh, mon Dieu! ¡que c'est joli!*

Entonces el médico contestaba muy serio, sin inmutarse:

—*¡Très joli!*

Con lo cual los dos soltaban la carcajada.

Aconteció lo que era de presumir. El excolegial, en su furor de adquirir, había compra-

do muebles y objetos en tal número, que no cabían en las tres habitaciones. Fué preciso solicitar del marqués permiso para ocupar, no una, sino otras tres más.

—Ya ves, papá; ¿dónde meto los muebles? Las necesito; dámelas, si te place.

Y una vez terminada la instalación, cuando la turba de operarios desapareció, el palacio no volvió á recobrar su calma. Luis tenía ya amigos; era socio del Veloz-Club, y á todas horas venían tres ó cuatro á visitarle, á tomar café con él, á fumar un cigarro, á charlar un rato. Y así como tuvo seis habitaciones, necesitó cuatro criados, que estaban constantemente atareados. Porque gradualmente y á medida que sus amigos se multiplicaban, aumentaron sus necesidades, y aumentó también la constante ocupación del placer á todas horas, en todos los momentos.

Por la mañana era el paseo á caballo sobre «Vincitor,» después del baño, por las verdosas alamedas de la Castellana ó las enarenadas calles del Retiro; una cabalgata de cuatro jinetes, aficionados á recibir en pleno rostro, yendo al trote largo, las puras y frescas ráfagas del amanecer. Volvía rendido, y muchas veces sólo con el objeto de cambiar su traje de montar por otro, y pasar aviso al marqués

por medio de Valentín de que no almorzaba en casa. Cuando esto sucedía íbase á Fornos, donde ya le estaban esperando en uno de los gabinetes del restaurant del entresuelo. Almorzaban alegremente, destapaban una tras otra las botellas de Saint-Julien, Chateau-Laffite y Jerez, mezclando los vinos españoles con los franceses, durante el banquete, como mezclaban durante la conversación las palabras de uno y otro idioma. El café los entretenía largo rato; y después del café, con la cabeza algo aturdida por los vapores del vino y la caliginosa atmósfera, enrarecida con el humo del tabaco, viciada con las emanaciones humeantes de los manjares servidos, salían, andaban poco, cuatro pasos, haciendo su entrada triunfal en el Veloz-Club.

—¡Aquí están los novatos!—exclamaban al verlos algunos socios antiguos.

Saludaban á todo el mundo, esperando la hora del paseo; perdían ó ganaban, al treinta y cuarenta, al golfo, á cualquier juego, las monedas que llevaban en el chaleco, los billetes que abultaban su cartera. ¡Las cuatro! La hora clásica; pronto, *un alquilón* y á casa. A vestirse otra vez. Y mientras se vestía, «Sack», el caballo pelo de rata, enganchábase á la *charrette*, el *groom* se abrochaba los innumerables

botones dorados de su chaqueta azul á tiempo que ya bajaba el heredero; encaramábase con su indolencia británica al incómodo y estrecho asiento, empuñaba las riendas, daba un latigazo al fogoso animal, y en cinco minutos volvía á vérsele en la Castellana ó en el paseo de coches del Retiro. Por la noche, ¡no se diga! por la noche, después de comer, allá se quedaba el marqués rezando con el padre Manrique, ó leyendo la Santa Biblia, mientras que Luis acudía á los teatros, cenaba después y regresaba muy tarde, despertando con sus tacones nuevos los ecos de la casa dormida.

—Su hijo de usted durará poco con esa vida—dijo Pérez un día á su paciente.

—Es joven, quiere divertirse, hace bien; pero si usted teme algo, vigílelo, se lo suplico.

—¡Oh! por ahora no. El marquesito y yo somos grandes amigos; no tiene secretos para mí, me lo cuenta todo. Lo que yo temo es que se enamore. Ahí está el peligro.

—¡Doctor!

—Lo repito. Luis no debe casarse; pero este riesgo se evita con esas costumbres mismas que está adquiriendo. Evitaremos la novia, evitaremos la esposa; no es cosa difícil; de eso casi respondo yo.

—Entonces...

—Lo que no se puede evitar, lo temible para él es la cortesana.

Luego, después de un silencio y como hablando consigo mismo,

—Bastará una noche—exclamó,—bastará un momento, el más ligero contacto, para que el vicio de su sangre, el vicio heredado, que ahora duerme en su naturaleza, se despierte, se desarrolle, se irrite... y entonces...

—¡Acabe usted por Dios!

—Entonces... á su edad... es más difícil todo que á la edad de usted. Pero yo lo espero, estoy preparado para la lucha, estoy prevenido... y veremos. La ciencia ha adelantado mucho afortunadamente.

Hacía bien en esperarlo. Hacía bien en estar preparado para la lucha, porque la lucha iba á empezar.

Luis contaba entre sus amigos de café, de teatros y paseos á Arístides, alias el *Chulo*.

IX

Fué casual el trato amistoso entre el amante de Mari-Pepa y el heredero del marqués de Villaperdida; pero una vez entablada y hecha aquella amistad y conocimiento, puso Arístides cuanto estuvo de su parte para que se hicieran estrechos, íntimos y duraderos estos ligerísimos y flojos lazos.

Fué casual, repito; pero á la verdad resultaba tan lógico el encuentro como pueden suponerlo nuestros lectores, que conocen al detalle los antecedentes de estas dos personalidades.

Arístides conocía á toda la juventud madrileña que gasta y triunfa en la holganza de la vida, á todos los menores de edad, herederos futuros de grandes riquezas y de grandes nombres. Arístides era el diablillo familiar, de aquellos *hijosdealgo,* como decía Mari-Pepa, que nunca pudo pronunciar una palabra sin inventar, como para la de HIJODALGO, una etimología más ó menos exacta, y siempre chistosa y peregrina.

Luis de las Lanzas era un amigo de los protectores de Arístides, que así llamaba el *Chulo* á su clientela de libertinos incipientes ó de disolutos veteranos; y la primera vez que el amante de Mari-Pepa se encontró con el excolegial en uno de aquellos almuerzos del restaurant de Fornos, sentándose los dos, rodeados de amigos, á la misma mesa, saludáronse fríamente.

—¡Ustedes no se conocen!—exclamó uno de los calaveras.—¡Oh, querido Luis, si no conoces á éste—añadió indicándole al *Chulo*,—no mereces ser considerado como español puro y neto, y como madrileño menos, y como hombre de buen gusto menos todavía; y por último, ni siquiera mereces el calificativo de hombre!

—¡Es verdad!—repitieron todos con grandes risas.

—¿Y por qué?—preguntó Luis con curiosidad.

—Porque no es hombre el que no se dedica á las mujeres.

—¡Ah! el señor...

Entonces uno de los jóvenes se levantó, y con gran seriedad, con la seriedad de un introductor de embajadores:

—Tengo el honor de presentarte, querido

Luis, á Arístides, un hombre muy rico, un joven muy amable, y que á estas dos cualidades recomendables reune la del puesto que ocupa y la empresa importantísima que dirige.

—¿Es usted empresario?

Y el introductor, imponiendo silencio á las risas, prontas á estallar al oir esta cándida pregunta,

—Arístides es el primer empresario de Madrid. Ha montado cuarenta escenarios, donde se representan *cuadros vivos*.

—Eso es, cuadros vivos—arguyó otro,—pero las representaciones son á telón corrido, por supuesto.

—¡Viva Arístides!—terminó el introductor.

Pero éste, sin avergonzarse por aquella degradante burla,

—La presentación está hecha á medias—gritó dominando el vocerío de los vivas.

—Tienes razón, incomparable Arístides; aquí tienes un nuevo parroquiano. El señor es don Luis de las Lanzas, hijo legítimo, de legítimo matrimonio, del noble y opulento señor marqués de Villaperdida.

—¡Ah!—exclamó el *Chulo* reprimiendo la fortísima impresión experimentada al oir aquel nombre;—¿el señor es el heredero del marqués de Villaperdida? No sabía yo que tenía hijos.

—Hijos no; no tiene más que éste. Hijo único; pero como tú no conoces al marqués, de igual manera que no conocen los diablos á los santos, ignorabas esto, porque Luis acaba de llegar del *Liceo Bonnechose*, donde ha terminado su educación de perfecto *gentleman*. Cuenta, pues, con un gallo más para tus gallineros; y ahora siéntate y come, Cupido.

—Mercurio, dirás—enmendó otro con presteza,—y si no, que me lo pregunten á mí.

¿Por qué asistió Arístides á ese almuerzo? La razón era en extremo sencilla. Cerca de un mes llevaba la *Pálida* en el lupanar, y Mari-Pepa y el *Chulo* se desesperaban. Decididamente el marqués tomaba las cosas con demasiada cachaza. Mejor dicho, el marqués se metía en asuntos de los que no supo nunca nada. ¡Ah!—pensaba el *Chulo*,—de otro modo andaría aquello, si se le hubiera creído, si se hubiesen aceptado sus proposiciones, las famosas proposiciones y magníficos proyectos ideados por él para la explotación de la *Pálida*. Pero no. El marqués le trató de soñador. Sueño ó realidad ya estaban viendo el resultado. Estrella, con toda su hermosura y con la inapreciable virginidad de su cuerpo, metida allí en una casa de tres pesetas, no servía de nada,

no ganaba un ochavo. ¡Es claro! ¿A quién se le ocurre, que los que tienen cuatro mil reales para pagar un capricho iban á venir ni siquiera por casualidad al lupanar de Mari-Pepa? Estrella se estaría allí por los siglos de los siglos, más segura que en un convento. Seguirían tranquilamente sus amores con el *Granuja*, amores que de día en día iban siendo un peligro mayor, y que tal vez acarrearían un gran disgusto, porque Paco se mostraba apremiante, y ahora que la *Pálida* era prostituta, su platonismo había desaparecido. Era preciso poner remedio pronto y seguro á todo esto. Era preciso que él, Arístides, tomara la iniciativa sin decirle al marqués una palabra, porque el marqués, desde algunas semanas antes, se oponía á todo y rechazaba los planes mejor combinados. El senador estaba más sombrío que nunca, más ensimismado, incomprensible.

Y era verdad. Al día siguiente de la entrada de la *Pálida* y de la entrevista del grande de España con Mari-Pepa, el *Chulo* recibió una carta sin firma, pero con una cruz, que era la señal convenida entre él y el senador del reino.

«He pensado mucho en el asunto de esa perdida. No hable usted á nadie, ni dé paso alguno hasta que yo le avise.»

¿Qué significaba aquello? ¿Qué se proponía su protector? Era cosa de volverse loco.

Por último, viendo que pasaban los días sin ninguna alteración, y sin resolverse nada, el *Chulo* y Mari-Pepa tuvieron una larga conferencia. Mari-Pepa fué de la misma opinión que su amante. No se podía continuar así. La deuda de la *Pálida* iba en aumento; con las cuatro pesetas diarias y si se quería ganar una cosa decente, no bastaban ya cuatro mil reales. Cinco mil era lo justo, y en último caso, se le daban al marqués sus doscientos duros y ellos se embolsarían lo demás sin que lo sintiera la tierra.

—La cosa es muy fácil. Está hecha mañana mismo. Yo tengo mi plan. Escucha.

Arístides puso á Mari-Pepa en autos de lo que había pensado. Él conocía en Madrid á toda la gente caprichosa y de dinero. Jóvenes alegres y viejos verdes, no había uno siquiera que al encontrarse con Arístides dejaran de preguntarle: «Vamos á ver, ¿hay ganado nuevo?» No tenía más que decir que sí; y en cuanto á buscar á los libertinos, él sabía los cafés en que se reunían, los restaurants donde almorzaban, las fondas donde comían y los casinos, los teatros, todos los sitios á que concurrían generalmente. Él era el rey y ellos su



pueblo, un pueblo de esclavos; el pueblo que al ver al *Chulo* gritaba como en tiempos de Fernando VII: «¡Vivan las cadenas!»

—¡Oh! eso ya lo sé yo—interrumpió Mari-Pepa contemplando á su amante con admiración.

—Pues mañana, ahora mismo, puedo hacer y realizar lo que queremos; y después, si el marqués se disgusta, peor para él.

Mari-Pepa reflexionó. Había que pensarlo mucho. No proceder de ligero, porque, al fin y al cabo, no convenía enemistarse con el marqués. El marqués era un personaje, una influencia terrible y poderosa; y excitar su ira, despertar sus odios, era exponerse, no solamente á perderlo todo, sino á mucho más. El marqués podía aplastarlos como gusanos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Lo mejor es—dijo Mari-Pepa—que tú vayas á buscar la gente y que la traigas aquí. Ellos verán á la *Pálida*, y después de verla ofrecerán. Lo que te ofrezcan se lo dices á tu señorón, y de este modo le ponemos en un aprieto, del cual no puede salir más que dándote autorización y resolviéndose de una vez.

Arístides consultó su reloj.

—Son las once y media. Hoy almuerzan en Fornos *los novatos;* empezaremos por ellos.

Cuídate tú de que la *Pálida* esté muy bonita y muy elegante para cuando vengamos.

—¿Pero vendrán contigo á esta casa?

—¡Qué duda tiene! Ellos no van más que á las otras: á las diez de á cinco duros; pero la misma novedad del caso les hará venir en seguida. Que estén todas, y que esté todo muy decente.

—Descuida, que haremos lo posible.

Y he aquí por qué Arístides se presentó en Fornos, y cómo conoció en el restaurant al heredero del marqués de Villaperdida.

El almuerzo fué tal, que tuvo los honores de banquete, y duró hasta muy tarde. El *Chulo*, á los postres, lanzó en un brindis la noticia, que produjo un efecto prodigioso en aquellas cabezas juveniles, exaltadas por las frecuentes libaciones.

—¿Y podremos verla en seguida?

—En seguida.

—Tomemos café primero.

—No, primero otra botella de Champagne. Hay que celebrar el caso de algún modo.

—Yo, aunque lo diga Arístides, lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Por lo que dijo Quevedo, el gran poeta,

nuestro poeta favorito. Esas cosas no se encuentran más que pintadas en retablo.

—¡Quién sabe!

—Yo aseguro—intervino Arístides.

—No asegures. Tú nos has dado ya muchos chascos; no te creemos.

—No se pierde nada con verlo. Puede ser una perla en el fango.

—Título de un cuento de salón: *Una perla en el fango,* por D. Teodoro Guerrero.

—No, que será de Frontaura.

—¡Frontaura! ¡No me le nombres! ¡Se ha metido á gobernador!

—Pero, señores, ¿estamos borrachos?

—Lo estaréis vosotros. Yo estoy hablando de literatura.

—En fin, ¿vamos ó no vamos?

—Iremos; pero antes tengo derecho á la botella de Champagne.

—No, á una copa; á la botella no.

—Y después del Champagne á una taza de café.

En aquel barullo, nadie se fijó ni paró mientes en Luis de las Lanzas. El excolegial sentía un malestar, una inquietud indefinibles. Esa impresión fuerte y profunda de la adolescencia, cuando por primera vez se convence de que no es sólo en los cuentos de

Boccacio donde se pueden encontrar las aventuras picantes, ni es preciso comprar fotografías para ver cuando se quiera el desnudo de mujer. Disimuló, no confesó nada, por no exponerse á las burlas, por no parecer ridículo; pero de todos aquellos allí reunidos, de todos aquellos camaradas del banquete, el más conmovido, el más impaciente y el más turbado era él.

¡Un lupanar! ¡Una prostituta! Sabía que los lupanares existían, que las prostitutas no eran un mito; pero jamás tuvo atrevimiento bastante para separarse de sus amigos y hacer solo un viaje por lupanares y territorios de la pornocracia, para él desconocidos. Y ahora, de pronto, era preciso sin duda penetrar en tales misterios, sin estar prevenido, de una manera brusca, entrar en aquella casa, aparentando no sorprenderse de nada, cuando estaba seguro de que todo le maravillaría, de que tal vez íbale á costar un supremo esfuerzo contener y dominar desde el rubor, altamente ridículo en un hombre, hasta la angustia y las palpitaciones precipitadas de su corazón, que ya empezaba á sentir en el pecho.

—Que diga Luis lo que le parece.

—Yo iré adonde vayan todos.

—¡Si no es eso! Eso ya se sabe. Estábamos

proponiendo llevar un médico para que reconociera á esa *Pálida*. Así Arístides no tiene escape.

—Llévenlo ustedes—dijo el *Chulo*.

—¡Un médico! ¿Qué te parece, Luis?

Y creyendo decir algo que á ninguno se le hubiera ocurrido,

—A mí me parece absurdo.

—¿Por qué?

—Porque seguramente esa mujer no se dejará reconocer. ¿Y qué hacemos entonces?

Miráronle todos asombrados. Luego callaron, haciéndose guiños de mutua inteligencia. Uno de ellos hizo estallar las risas con estas frases:

—No sabía yo hasta ahora que fuese tan gráfico el nombre que dan por ahí á nuestra reunión. Somos verdaderamente el *grupo de los novatos*. Renunciemos al médico, porque tendría que hacer dos reconocimientos.

Luis comprendió que se había descubierto. El mismo Arístides le miraba con gran extrañeza.

Cuando terminaron, cuando después de tomar el café se levantaron de la mesa, estaba oscureciendo.

—¡Vaya un almuerzo! ¡Lo menos son las siete de la tarde!

12



—De la noche, dirás, porque ya están encendiendo los faroles.

Arístides se acercó á Luis.

—No venga usté.

—Es inútil, voy; ya lo he dicho.

Y se encaminaron á pie al lupanar de Mari-Pepa.

Cuando sonó la campana del cancel, Mari-Pepa, que estaba ya impaciente, se levantó y fué ella misma á ver quién era.

Detrás de los hierros había un grupo de hombres.

—Abre—dijo Arístides;—soy yo, con estos amigos.

Pasaron todos; oyóse desde el comedor, donde estaba reunida la tertulia de siempre, el rumor de sus conversaciones, sus juveniles carcajadas, y al cabo de un rato Mari-Pepa reapareció al extremo del corredor.

—Que venga la *Pálida.*

—¡Yo!

Estrella estaba en su sitio de costumbre, y el *Granuja* á su lado, como todas las tardes. Hubo un momento de terrible angustia. Se interrumpieron las conversaciones. Los hombres miraron con curiosidad. El rostro de Paco se había demudado en tal extremo, que hasta

en aquella sombra que daba al comedor la caída de la tarde resaltaba blanco, brillando sólo los ojos siniestramente.

—¿Vienes ó no?—volvió á decir la voz de Mari-Pepa.

Estrella se levantó. Estrella obedeció; pero cuando entraba en la sala oyóse un tumulto en el comedor, porque el *Granuja* se había erguido, había intentado seguir á la *Pálida*, lanzando una imprecación amenazadora, y entre tres ó cuatro hombres tuvieron que sujetarle.

Afortunadamente el ama y su querido no podían venir, y las prostitutas rodeaban á Paco, le apaciguaban, le tapaban la boca con sus manos cada vez que iba á proferir un grito, una maldición, una blasfemia.

Y viendo que todos estos esfuerzos eran inútiles,

—Vamos, llevárselo: si sigue aquí va á dar un escándalo.

Entonces los hombres y sus queridas le cogieron, le ataron un pañuelo á guisa de mordaza como á un perro, lo sujetaron y á la fuerza hiciéronle bajar la escalera.

—Yo comprendo lo que le pasa á usté—le dijo uno de ellos al quitarle el pañuelo;—pero ¡qué remedio! ¡Se figura usté que nosotros no sufrimos cada vez que vienen á buscar á la nues-

tra! Aquí todo es cuestión de dinero. Lo que hace falta es una revolución para que nos dejen matar á todos esos señoritos. Una vez ya le dí yo á uno un navajazo por una cosa así. ¡Bueno estuvo aquello!

Y se lo llevaron á la taberna, lo emborracharon en tal extremo, que aquella noche no regresó á su casa hasta las dos de la madrugada. Su madre no había cenado esperándole, y cuando lo vió con la camisa manchada de vino, vidriosos los ojos é inseguro el paso,

—¡Todo sea por Dios! Acuéstate, hijo;—y no pronunció otras palabras de reconvención.

La *Pálida*, al presentarse en la sala, fué recibida con una salva de aplausos por todos aquellos menores de edad, ahitos de pavo en galantina y ebrios de Champagne.

Mari-Pepa había hecho prodigios de limpieza en la sala del lupanar, de elegancia y buen gusto en el traje de Estrella, aun cuando en esto último no hizo tanto, pues adolecía de cierta vistosidad de color y profusión de adornos á que la sevillana siempre fué muy aficionada.

Mas la hermosura de la *Pálida* venció y dominó tales defectos. Todos querían que se sentara á su lado; por lo cual Arístides, para re-

mediar y contemporizar en tan difícil contingencia, emitió su opinión, que no era otra sino la de que la *Pálida* ocupara una de las butacas y esta butaca se colocase en el centro de la habitación, y así quedaban las preferencias anuladas y contento todo el mundo.

¡Oh! ¡la juventud! La juventud destroza, arrolla y mata; la juventud arrastra por el lodo lo más inofensivo, no por el placer insano de causar destrozos, de producir daños, de herir en el corazón, sino porque no sabe lo que es lodo, ni lo que es nieve inmaculada, ni lo que es sangre, porque no sabe nada de la vida ni de la muerte, porque no habiendo sufrido todavía, no sabe ni siquiera lo que es sufrir; á semejanza de los chiquillos, que cuando se apoderan de un perro vagabundo, le atan una soga al cuello, lo pasean por las calles, y luego, cansados de este juego, cuelgan de la soga una gruesa piedra y lo tiran al río, quedándose estupefactos al ver que el pobre animal se hunde en la corriente, no reaparece, y se ahoga. Ellos no querían matarlo; querían ver cómo nadaba. La piedra serviría para impedirle ganar la orilla muy pronto. ¿Qué sabían ellos lo que son cuerpos flotantes y lo que son las leyes de la gravedad?

Así hicieron con Estrella. Estrella era

joven como ellos, pero mujer y prostituta. Estrella estaba allí, y todos formaron corro á su alrededor. Estrella sonreía á todas las bromas, á todas las palabras ingeniosas ó groseras que escuchaba. ¡La *Pálida!* La *Pálida* estaba más pálida que nunca y temblando.

Tres ó cuatro quisieron acercarse y besarla, y la besaron.

—¡Vamos, vamos!—dijo Mari-Pepa,—bromas todas las que se quieran; pero eso no está bien. Eso no se hace sino con su cuenta y razón.

Era cierto. Se acordaron entonees de que les llevaba allí un objeto más que el de divertirse. No; era una diversión nueva, originalísima; una diversión propia de primogénitos de casa grande.

—¡La subasta, la subasta!—dijo uno de ellos.

Entonces Arístides se levantó. Colocóse de pie al lado de la butaca en que permanecía sentada Estrella, é imitando la voz de los charlatanes de feria, gritó:

—Esta mujer, en cinco mil reales; ¿quién la quiere?

Luis estaba asustado de aquella broma grosera, repugnante, brutal. Ahora ya no se acordaba de los cuentos de Boccacio, sino de los

bazares de esclavas en Oriente, de las ceremonias, ventas y contratos del África central entre los negreros y las tribus salvajes.

—¡Cinco mil quinientos!

—¡Seis mil!

—¡Seis mil quinientos!

Y la horrible puja continuaba.

A cada cifra, estallaban nuevas risas.

Luis miró á Estrella.

—¡Yo doy diez mil reales!—exclamó sin poderse contener más tiempo.

Arístides estaba en sus glorias. Tenía aquella escena algún parecido con los proyectos calificados por el marqués como novela y puro disparate.

A la oferta del joven siguió una sorpresa general. ¡Cómo! ¿Era Luis? ¡Ah! en ese caso, todos debían ceder. Sí; este desenlace no estaba previsto. El heredero del marqués de Villaperdida, el excolegial, el verdadero y auténtico *novato* de la reunión, según que se había descubierto en el restaurant de Fornos.

—¡Vaya, no hay que darle vueltas! Está de Dios—exclamó el más bromista.—Dios los cria y ellos se juntan. Vengan flores de azahar para ponérselas á los dos.

—¡Diez mil reales! ¿No hay quien dé más?—insistió el *Chulo*.

—No, no se da más. ¡Adjudicada!

—Alto ahí—dijo en este punto Mari-Pepa;—adjudicada no, apalabrada si se quiere.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? Porque yo soy muy formal, y la *Pálida* no se entrega así como así. Habla tú, hombre, y no me dejes sola—añadió dirigiéndose á Arístides,—que tú tambien me parece que has bebido más de lo regular.

Entonces Arístides se explicó. Mari-Pepa tenía razón. Había una persona... una persona... á quien tenían que consultar antes de resolver nada. Esa persona tenía derechos adquiridos sobre la *Pálida,* y no podían decidir hasta consultarla y saber si el precio la convenía.

—¡Magnífico! ¡Soberbio! *¡Pschut!* Hay un personaje misterioso, como en los folletines de *La Correspondencia de España...*; queremos saber su nombre. El nombre del empresario de la *Pálida.*

—No puede ser—contestó Arístides poniéndose serio;—pero en cambio yo les prometo á ustedes tener mañana la contestación, que espero ha de ser satisfactoria para este caballero—terminó dirigiéndose á Luis.

—¿Y se acabó la diversión?—preguntó el que llevaba siempre entre los jóvenes la voz

cantante;—¿era esto lo único que veníamos á hacer? Arístides, dí que sí, y te descuartizamos.

—Las mujeres que tengo aquí no son dignas de ustedes.

—¿Que no? ¿Y por qué no?

Todos insistieron. Querían verlas, que las llamaran.

—Ahora van á cenar.

¡A cenar! ¡y no les habían dicho nada! ¡No les habían convidado, sabiendo que aún no habían comido! Mari-Pepa se asustó. Aquellos locos estaban borrachos, y seguramente iban á comprometer *su casa.*

—Llévatelos — dijo á su amante por lo bajo.

—No temas, son unos chiquillos;—y en voz alta:—la cena es pobre, señores.

—¡Nosotros pondremos los extraordinarios!

Y uno de aquellos elegantes sacó su cartera y de la cartera arrancó una hoja. Todos se reunieron para confeccionar el *menú.*

—No tengas cuidado—volvió á decir el *Chulo* á Mari-Pepa;—estos no son temibles como los toreros. Al revés: en cuanto venga la cena, cierras la puerta de la calle y no se abre ni al *sursum corda.* Ya verás cómo nos vamos á divertir. Y paga regia, ¿me entiendes?

Entre tanto el *menú* quedaba elegido y escrito.

—¿Hay quien lleve esto?—dijo su autor enseñando la hoja de papel.

—¿Adónde?

—A Lhardy.

—¡A escape!—gritó Mari-Pepa.—Venga; irá la *señá* Petra.

—Una palabra—añadió otro de los jóvenes;—¿hay guitarra?

—Y quien la toque muy bien; y yo, que canto las cosas de mi tierra—informó la sevillana.

—Ea, pues, que vengan esas: se armó la *juerga*.

X

Mientras que la sala se llenaba de mujeres, que fueron recibidas con grande algazara, y los preparativos de la bacanal se llevaban á efecto, Arístides, dejándolo todo al cuidado de Mari-Pepa, habíase encerrado en *su oficina* y escribía, no sin meditar antes largo rato acerca de los términos en que era preciso redactar aquella carta.

Desde luego, lo primero que se le ocurrió fué la omisión del nombre del interesado. Decir al marqués de Villaperdida que quien daba los diez mil reales era Luis, era su heredero, equivaldría á echarlo todo á perder, porque el grande de España no consentiría jamás semejante contrato, y tal vez este descubrimiento proporcionase al joven un serio disgusto. Nada; escribir citando el hecho, pero sin hacer uso de nombres propios. Después

de todo, el marqués no necesitaba saber más.

Y el *Chulo*, en quien el Champagne y las diferentes clases de Burdeos habían desarrollado el buen humor, reíase de lo peregrino del caso, mientras su pulso firme, corriendo la pluma por el papel y su mano trazando aquellos elegantes caracteres de letra inglesa, demostraban que no era hombre capaz de ver turbado su cerebro y ofuscadas las ideas con los vinos extranjeros.

«Esto es todo, señor marqués; y yo supongo que al saber el buen precio obtenido, ha de disculpar usted mi oficiosidad y perdonarme por haber dado tales pasos, faltando á las instrucciones recibidas y prescindiendo de su autorización, que ahora necesito, cuanto antes mejor, porque las buenas ocasiones no deben dejarse de la mano, y diez mil reales no son para despreciados. Calcule usted por este pequeño ensayo, y por su resultado, lo que hubiéramos conseguido haciendo las cosas como yo le dije el primer día; pero ya que aquello no pueda ser, debemos darnos por muy satisfechos; porque, á la verdad, Mari-Pepa y yo estábamos desesperados y creyendo que la *Pálida* iba á hacerse vieja aquí sin producirnos nada. Lleva-

ba ya cerca de un mes en la casa, y estaba como el primer día que entró.»

Continuó la carta en este mismo estilo y bajo idéntica inspiración; toda ella no era más que un desahogo necesario á la vanidad de Arístides, herida por el senador en lo que él llamaba su *puntillo de honra*, en aquella habilidad suya para la explotación de la empresa á cuyo frente el mismo marqués le había colocado.

Después de firmar, ocurriósele la *postdata* siguiente:

«Si le fuera á usted posible, con el objeto de terminar el negocio hoy mismo y no tener que esperar á mañana, contésteme en el acto, y no hace falta para ello que me escriba. Bastará con que le diga usted al portador de ésta una sola de estas dos palabras, *sí* ó *no*, y yo me encargo de lo demás.»

Puso el sobre y la cerró. Luego, llamando á Mari-Pepa, la enteró de lo que acababa de escribir.

—Ahora voy á buscar á Juanón. Ya sabes, el demandadero de nuestra confianza, y no tenemos que hacer nada más hasta que venga

la respuesta, que será afirmativa. ¡Diez mil reales! ¡Valiente ganga!

—¡Ya, ya! ¡Qué suerte tiene ese tío!

—Mujer, no tanta, porque de su bolsillo han de salir.

—¡Ja, ja! De manera que á ese joven...

—¡Toma, pues claro! A D. Luis le resulta gratis.

—No, hombre, á quien le sale gratis es al padre.

Y como oyeran que en la sala crecía el alboroto, Mari-Pepa volvió á marcharse, y Arístides se puso el sombrero y salió en busca de Juanón, volviendo al poco rato para no perder su puesto en la orgía.

El balcón estaba cerrado. En medio de la habitación, que era, como ya sabemos, espaciosa, habíanse colocado cuatro mesas grandes unidas, que formaban una sola, y lo mismo se hizo con los manteles que se necesitaban para cubrirlas. Afortunadamente Mari-Pepa tuvo siempre afición extrema, rayana en delirio, por todo lo que constituye y forma el ajuar de ropa blanca de la casa, monomanía muy corriente en la mujer andaluza, y así cifraba todo su orgullo en la calidad y cantidad de mantelería, sábanas, fundas, toallas, que

formaban en sus armarios altas pilas, nevados montones, de los cuales se desprendía el rico olor de la plancha: no escasearon, pues, manteles ni servilletas; pero faltaban en cambio la vajilla y cristalería, por lo cual desesperábase la sevillana. Después de buscar por todas partes, no llegaron á reunirse más que cuatro docenas de platos, y aun éstos todos diferentes, unos de loza inglesa, otros de la Cartuja, que eran restos de un antiguo regalo hecho á Mari-Pepa por su primer protector, D. Francisco (Q. E. P. D.), y algunos de Valdemorillo; en cuanto á cristalería, el conflicto era mayor, pues resultaban ocho copas para vino, una docena de cañas de las que se usan en las tiendas de montañés para servir la manzanilla, y por junto cinco vasos.

—No te apures, mujer—dijo con socarronería el *Chulo*, que conocía á su gente;—por fortuna, aun es temprano y las tiendas de loza estarán abiertas;—y sacando con grande aparato un billete de veinte duros,—anda y que compren los platos y vasos que faltan; por supuesto que sean de loza barata, porque yo no tengo aquí más dinero que éste.

—Eso no—prorrumpió uno de los *novatos*,—nosotros no hemos venido para hacer gasto ninguno; queremos divertirnos, y justo

es que lo paguemos. Guárdate tu billete y aquí está uno mío de otro color. Que se compre lo que haga falta;—y diciendo y haciendo, el rumboso puso en manos de Mari-Pepa uno de quinientas pesetas.

—Aquí sobra—exclámó la sevillana.

—Pues lo que sóbre te lo guardas, que yo no voy á ajustarte la cuenta.

—Muchas gracias, *duque*—ocurriósele decir á la querida del *Chulo*.

Na sabía que era en efecto el heredero de un ducado, de antiquísimo abolengo, el que hablaba en aquel momento con ella, con una alcahueta.

Salió la *señá Petra* y regresó al cabo de media hora, que no tardó más porque aquella vieja era muy lista, trayendo en su seguimiento dos mozos de cordel, que en una banasta, cogida entre ambos por las dos asas y con mucho cuidado, llevaban los vasos y platos necesarios para completar el servicio del banquete. Además, la *señá Petra* se acordó en la calle de que también debían faltar cubiertos, y de paso compró los que supuso sobrados, que por cierto tampoco *hacían juego* con los que había.

Pero cuando la diversión empezó fué en este punto, porque los jóvenes, quitándose las levi-

tas y despidiendo á la cocinera, empeñáronse en poner la mesa, en ayudar á las mujerzuelas, que se reían como unas locas al verlos así convertidos en camareros.

Una vez terminados todos estos quehaceres, la mesa presentaba *un buen golpe de vista*, según opinión emitida por Mari-Pepa, y los aristócratas la encontraron muy original con aquellas velas puestas en candeleros de cobre, que eran los de las alcobas, sus platos de tan variados dibujos y tan distinta clase, nuevos unos, de un blanco azulado y brillante, deslustrados los otros y amarilleando en su vejez, los cubiertos reluciendo sobre los manteles y cada mantel de un labrado diferente. Era un verdadero banquete improvisado.

—Falta el centro de mesa.

—¿Y qué es eso?—interrogó Mari-Pepa.

—Cuando no lo sabes, no lo tienes.

—¡No lo ha de tener! ¡Míralo!—y el duque susodicho mostraba el reloj puesto bajo fanal sobre la mesa jardinera.

—¡Eso es! ¡Bravo! ¡muy buena idea! Tenemos hasta centro de mesa. No podemos quejarnos.

Y sin ningún miramiento lo trasladaron al sitio donde debía cumplir su nueva misión.

Luis entre tanto nada decía. Todo aquello

causábale una profunda tristeza. La impresión recibida con la escena de la subasta fué tal, que todavía la experimentaba. La *Pálida* y él, sentados en el sofá, porque por aclamación se la designaron como pareja, permanecían silenciosos, y disimulaban este mismo silencio enojoso, fingiendo seguir con extremada atención todos los detalles y peripecias, celebrando con risa forzada y violenta los actos y palabras de los demás.

El excolegial observaba y estudiaba por fin de cerca las costumbres y la vida, los ademanes, los gestos y las palabras de aquellas mujeres, que tanto deseó conocer, y que cuando pasaban en la calle por su lado hacíanle detenerse, volver la cabeza, seguirlas con la vista, vacilando entre su timidez de adolescente y sus nacientes osadías de hombre que quiere afrontarlo todo. El enigma estaba descifrándolo, y tenía tal significado, que llegó un momento en que sintió como si una mano oprimiera su corazón, lo arrancara de su sitio, y estrujado y deshecho, resbalando los pedazos de la entraña entre los dedos, caían por fin como desde una altura inmensa, como si fueran fragmentos de un astro, aerolitos en el espacio; é inmóvil esperó aterrado el espantoso choque. De pronto dijérase que sin-

tió como el chapoteo de las piedras en el agua, saltaron dos gotas de llanto, que no pudo contener y nublaron sus ojos. Era la caída; la caída en el mar de las lágrimas.

—¡Pues no está Luis llorando!—dijo el duque mirándole.

—Es el vino del almuerzo. Apuesto á que tiene ese llanto el mismo color dorado del Champagne. A muchos les da por llorar cuando se emborrachan. Ya se le pasará.

La *Pálida*, obedeciendo á una seña imperativa de Mari-Pepa, tuvo que decir al joven:

—¿Por qué llora usté?

—Si no lloro—exclamó, rebelándose contra su debilidad y logrando dominar la emoción;—si no lloro; es que me lloran los ojos con el cigarro.

Y para dar carácter de verosimilitud á su aserto, tiró el habano en medio de la habitación.

—No se ponga usted de mal humor—insinuó Arístides;—ya me he ocupado de su asunto, y esta misma noche tendré la contestación que he prometido.

—¿De qué asunto?

—¡De cuál ha de ser! Del de la *Pálida.*

¡Ah! sí... la *Pálida*... ya no se acordaba. Él había comprado la primera noche de amor

con aquella mujer que estaba allí, á su lado, silenciosa como él, que le preguntó por qué lloraba, que tal vez participaba de su gran desconsuelo al presenciar todas aquellas escenas, y acercándose con la candidez del niño, lo primero que la preguntó cariñosasamente, lo primero que la dijo, con un acento de dulzura infinita, fué su compasión entera, expresada en esta frase:

—¡Serás muy desgraciada!

—No señor; estoy muy á mi gusto.

En esto se presentaron los camareros de Lhardy. Traían la cena encargada.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!

Y hubo que sentarse. Luis no tenía ningún apetito. La *Pálida* devoraba todos aquellos exquisitos manjares que no había comido nunca. Las demás mujerzuelas comían con igual ansia, y torpemente, con los groseros modales y antiguos hábitos de su educación plebeya. Los aristócratas se reían al ver cómo rebañaban el plato con una miga de pan cogida entre los dedos, cómo, no limpiándose la boca, relucía la grasa en los labios, y bebían los vinos de la Nerta y del Ermitage en vasos de agua que ellos para emborracharlas llenaban hasta el borde.

Pronto ellos y ellas llegaron á reir sin tino,

á esforzar la voz, gritando para hablar con la que tenían al lado; pronto aquellas mujeres les parecieron hermosísimas, y la orgía llegó, pero una orgía inmunda, asquerosa, en la que el vino derramado por los manteles, las copas vaciadas de un trago y tiradas después contra la pared, las caricias y besos que se daban muy sonoros para que todos volviesen la cabeza y fueran testigos del hecho, nada bastó.

Estaban solos; ¡qué diantre! A uno de ellos se le ocurrió esta idea, estaban solos y podían hacer lo que les diera la gana. Era preciso encanallarse, y mandaron á las prostitutas que descubriesen el pecho, que se desataran los cabellos; no querían, se resistían riendo, y entonces sucedió algo que para Luis fué más repugnante. Uno, el duque, el mismísimo duque, comprador de vajillas para el banquete, había entablado una lucha verdadera con su pareja, tratando de desabrocharla el corpiño; y como le pareciera que se resistía más de lo justo, como llegó á sentirse arañado por un alfiler de los que sujetaban el vestido ó suplían la falta de un botón, levantó la mano, y con todas las iras de la embriaguez la descargó con fuerza sobre la cara de la prostituta.

¡Sangre! La infeliz estaba echando sangre por las narices.

—¡Pero eso no es una bofetada, es un puñetazo!—gritaron todos.

—No, no será nada—exclamó Mari-Pepa mordiéndose los labios;—á ver, ven acá tú; á ver qué te ha hecho ese hombre.

El duque estaba enfurecido. Tenía el vino peleón.

—Yo no soy *ese hombre*, ¿entiendes? Yo soy un caballero.

—Bueno—replicó Mari-Pepa con su sorna sevillana;—pues ven acá, hija, á ver lo que te ha roto en la cara el puñetazo de este caballero.

Los jóvenes aplaudieron la lección y la réplica, porque en el fondo todos estaban contrariados por la conducta de su camarada; y como el duque quisiera, con la terquedad de los borrachos, continuar la disputa, intervinieron.

—Mereces lo que te han dicho, y estate quieto, no vayas á aguar la fiesta.

Arístides no estaba presente cuando ocurrió aquella escena. Había salido un momento. Juanón acababa de llegar con la respuesta de su carta.

—¿Qué te han dicho?

—Pasaron la carta, y al cabo de un rato vino un criado y me encargó estas mismas pa-

labras: «Diga usted á quien le envía que el señor marqués dice que no.»

—¿Cómo?

—Así me han dicho, añadiendo que ya le darían á usté órdenes.

—Está bien, vete.

¡Se negaba! ¿Cuáles eran los proyectos del marqués? ¿Qué motivos tenía para tomar esta resolución? ¿En qué razones iba á fundar su negativa? ¡Diez mil reales! ¡Rechazar una proposición de diez mil reales! En fin, ya lo sabría. Después de todo, él había cumplido y puesto de su parte cuanto era necesario. No le restaba otra cosa que hacer más que enterar á Luis de esta mala noticia, que indudablemente aumentaría su mal humor.

—Señor don Luis, lo siento mucho. Acaban de traerme la contestación que esperábamos. No se aceptan los diez mil reales.

—¡Ah, me alegro!

Y Arístides, ante la ingenua entonación con que se le dijeron estas palabras, quedóse anonadado.

Decididamente Luis, como todos sus amigos, estaba borracho. Y él, Arístides, había perdido la cabeza.

XI

No, el *Chulo* jamás pudo adivinar las razones en que el marqués fundaba su negativa; y eran éstas tales, que necesitan el análisis más escrupuloso.

Don José de las Lanzas y de las Medias Anatas, conde de Riosucio y marqués de Villaperdida, personaje cuyo retrato hice de verdadero *cuerpo entero*, si se atiende á que me pareció conveniente no limitarlo á la reseña del aspecto exterior de la persona, sino hacerlo extensivo, para los fines de esta novela, á más íntimos detalles, que se mencionan en el capítulo IV, detalles relativos á la enfermedad que padecía su carne; don José de las Lanzas y de las Medias Anatas, tal vez haya parecido, á pesar de estas realidades, y teniendo en cuenta su conducta, su devoción y sus vergonzosos pactos con el *Chulo*, una creación idealista, y acaso algún lector me achaque el crimen de lesa-inverosimilitud.

La inverosimilitud no existe. El tipo no es

inverosímil; es, lo confieso, un tipo nuevo, pero real y muy corriente en esta tierra española, donde el fanatismo religioso lleva á empuñar las armas y combatir en nombre de la religión, pone el trabuco del guerrillero en manos del pastor de almas, y en tiempos de paz apela á todos los recursos ilegítimos ó reprobados para encontrar los fondos necesarios á un levantamiento, pareciendo poco todo el dinero que se gasta en limosnas al rey de burlas ó al prisionero del Vaticano.

El marqués de Villaperdida era un fanático, y los grados sucesivos por donde corrieron sus sentimientos para llegar á esta exaltación rayana en la locura, tuvieron su principio y base en los terribles remordimientos experimentados al ser causa de la muerte de su mujer. «Perdóname, perdóname», fué la palabra eterna en sus labios desde la noche de la agonía, y nunca se satisfizo el alma; ninguna expiación calmaba su arrepentimiento. La juventud del marqués había sido torrente desbordado, en que se anegó todo: sentimientos y creencias, sumas fabulosas y salud del cuerpo; cuanto hallaba el placer á su paso, lo arrebataba con violencia. En la juventud fué ateo, fué cínico, fué pendenciero y sensual; luego, de pronto, una vez, un día, al entrar

en el despacho de su padre, «¡Te casas!» le dijo éste, y recibió en sus brazos, rendidos ya por todas las caricias de las cortesanas, el cuerpo de una virgen, y obedeció á la voluntad paterna, cumpliendo el precepto de raza, único motor de aquel enlace, hecho ante la necesidad de perpetuar el nombre ilustre de sus antepasados; era su deber, el deber del primogénito, y no pudo resistir, no pudo declarar honradamente y oponer á las aristocráticas razones una confesión terrible. Él, sí, él estaba llamado á cumplir aquellos altos fines; él debía trasmitir fortuna, glorioso apellido, títulos y riquezas á otros seres por él engendrados; pero ya era tarde. ¡Era tarde á los veinticinco años! Aquel casamiento era un crimen, era apoderarse de una mujer y asesinarla. Y la noche de boda, los amorcillos dorados que se prestaron á servir de molduras en el lecho nupcial, cuando oyeron sollozar la virginidad de la esposa en brazos del esposo, en lugar de sonreir, debieron quedar horrorizados y llorando.

Y luego, cuando el rígido y severo padre hubo de enterarse del crimen cometido por su heredero, aquel descendiente de antiguos caudillos, acostumbrados á vencer á la morisma en los campos de batalla, maldijo al últi-

mo vástago de una gran raza, que empezó en la Edad media luchando cuerpo á cuerpo con los héroes y acababa en el presente siglo matando por la noche á una doncella indefensa, sirviéndose del amor y de las caricias como de un arma. ¡Villaperdida! ¡qué recuerdos evocaba este título, concedido por un monarca leonés para ennoblecer una derrota y un fracaso tan sublimes como los de Sagunto y de Numancia!

—¿Qué he hecho yo?—decía el culpable entre tanto viendo á su hijo raquítico y enfermizo, lleno de costras, aquejado de todas las impurezas trasmitidas á la sangre; viendo á su mujer que agonizaba; y el remordimiento aumentó, fué creciendo á medida de los años: volvieron á la memoria las oraciones aprendidas en su niñez, de rodillas en la falda de su madre, y en tanto que la repugnante *caquexia* iba haciendo progresos en su cuerpo, la religión primero, y después el fanatismo, apoderáronse de su contristado espíritu.

Cuando aparece en esta novela, el marqués de Villaperdida tenía cuarenta y siete años. Desde la muerte de la madre de Luis, desde mucho antes, á los tres días de la dantesca noche de bodas, la prohibición que la medicina impuso á don José, aceptóla el noble, no

como precepto higiénico, sino que también como castigo. Y en estas condiciones hallábase cuando en mal hora Mari-Pepa le obligó á esconderse y mirar por las puertas vidrieras de la alcoba la hermosura arrebatadora de la *Pálida*.

Tuvieron los sentidos del noble el brusco despertar de un largo sueño. El antiguo pliegue, la vieja arruga hecha y formada en ellos por la abstinencia y por la enfermedad misma desapareció, y bajo aquellas capas, aglomeradas por el misticismo, se descubrió, fuertemente sonrosada, la sensualidad del calavera, dispuesto á todo, resuelto y decidido, en esta nueva resurrección del avejentado y dolorido don Juan.

Hubo lucha de sentimientos encontrados y opuestos, lucha titánica, que supo ocultar cuidadosamente á la perspicacia del padre Manrique, que le miraba receloso y desconfiado, como perro viejo que olfatea un peligro que no conoce, y á las preguntas del doctor Pérez, preguntas hechas con la mayor sorpresa durante la cura de la mañana.

—Señor marqués, ¿qué le pasa á usted?

—No sé.

—De continuar así, tendremos que apelar á remedios más eficaces, y tal vez á una ope-

ración dolorosa y arriesgada. Estas cosas hacen retrasar mucho.

Por fin, cuando ya pensaba haber vencido ó dominado aquella rebelión de la carne, la carta, la estúpida carta de Arístides dió con sus energías en tierra.

Y sin esperar al inmediato domingo, al día siguiente de su contestación, de su rotunda negativa, citó al *Chulo* para una entrevista aquella misma tarde en la casa que ya conocemos.

Con aquel miserable no se necesitaba guardar miramientos, ocultar lo que sentía, disfrazar lo brutal de su arrebato. ¿Para qué? El *Chulo* estaba á su merced. Era un esclavo suyo, como Mari-Pepa, como aquel numeroso ejército femenino que se acuartelaba en los cuarenta lupanares, y todos, desde el primero hasta el último estaban obligados á obedecer y cumplir la menor orden suya. Lo tenía pensado: lo mejor era quitarse de pronto la careta, decir lo que quería, en cuatro palabras.

Así lo hizo. Cuando Arístides estuvo en su presencia, ni siquiera le dió tiempo de hablar.

—La *Pálida* no es de nadie; no se vende á nadie, por todo el oro del mundo.

—Pero, señor marqués, dan diez mil reales.

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? A usted.

—Yo no los quiero. Yo los llevo aquí—replicó sacando la cartera;—tome usted.

Arístides no comprendía.

—Es un regalo; son suyos. Acéptelos usted.

—¿Pero por qué? ¿Por qué me da usted ese dinero?

—¡La *Pálida!*—rugió el marqués luchando con su bochornosa confesión y dando suelta á sus deseos mal contenidos—¡que venga la *Pálida* ahora mismo! Soy yo su dueño. Es mía, y la quiero. Ni una palabra más—terminó apercibiéndose de la indignación con que le escuchaba el *Chulo*,—ni una sola. Elija usted. La *Pálida*, ó mi enemistad.

Ante aquella explosión, Arístides bajó la cabeza.

—¿Quiere usted que pase aquí? ¿que se entere de la comunicación secreta?

—¿Y por qué ha de enterarse? Que pase con los ojos vendados.

Cuando el *Chulo* reapareció en su escritorio del lupanar, tal era la alteración de su semblante, que Mari-Pepa miróle asustada.

—Hijo, no parece sino que acabas de comprometerte para un asesinato. ¿Qué te ha dicho tu señorón, que vienes así?

—¡Cállate—exclamó Arístides,—que está ahí todavía y puede oirnos!

Dejóse caer en el sillón de vaqueta, anonadado, estrujando con ira entre sus dedos, rompiendo y desgarrando la fina batista de su pañuelo.

—¿Pero qué te pasa, hombre?—preguntó de nuevo y en voz baja Mari-Pepa,—¿qué hay de eso de la *Pálida?*

Reflexionó el *Chulo* si se lo diría ó no á su querida. Reflexionó haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad para coordinar sus ideas. No. Era mejor que Mari-Pepa lo ignorase todo. La conocía muy bien, conocía los arranques generosos de la sevillana. La prostituta aquella valía más que él, más que muchos seres que pasan por humanos. De seguro que al saber el horror que iba á realizarse en aquella casa, se opondría con todas sus energías, con toda su alma. Disputaría el cuerpo de Estrella, y lo defendería contra él mismo, como una loba defiende sus cachorros, porque Mari-Pepa había cobrado cariño á la *Pálida*. Decididamente él también se lo tenía. Pero ¿qué hacer? La enemistad de un hombre como el marqués de Villaperdida no podía arrostrarse. ¡Ah! ¿por qué no tuvo valor momentos antes para meterse la mano en el bolsillo, sacar la nava-

ja, la navaja, el arma favorita del *Chulo*, y hundirla en el corazón de aquel noble degradado, hipócrita y asqueroso!

—¿No me contestas?—insistió la andaluza.

Tuvo que mentir, y mintió bien.

—Escucha. El marqués, antes de resolver nada, quiere hablar con esa pobre niña, con Estrella.

—¿Para qué?

—Para lo que es natural. El marqués quiere saber si Estrella está completamente resuelta á dedicarse á la vida.

—¿Y qué remedio tiene?

—Mujer, tú sabes que el marqués es muy religioso y tiene en esto sus escrúpulos. Antes que nada debemos obedecer. Yo creo que piensa darla algunos consejos; y sobre todo, descargar su conciencia.

—Dinero es lo que la *Pálida* necesita; que lo que es consejos nada resuelven.

—¡Qué sabes tú si el marqués la dotará!

—¡Eh! ¿Pero acaso es bueno ese hombre?

Arístides ya no podía continuar aquella farsa.

—Llama á la *Pálida*.

Entonces se le ocurrió la misma idea que Arístides había expuesto al noble.

—¿Y va á conocer la puerta secreta?



—No, mujer; el marqués me ha dicho que entre con los ojos vendados.

Mari-Pepa hizo su última pregunta.

—Y si todo eso es verdad, ¿por qué estás tú tan sofocado?

—¿Por qué? Pues parece mentira que no lo comprendas. Porque si Estrella acepta, perdemos lo mejor de la casa, y por de pronto nuestro tanto de los diez mil reales... ¡Ya ves tú!...

Aquellas cobardes mentiras terminaron por fin, y fué por cierto á buen tiempo, porque Arístides iba sintiendo, á cada fase de este interrogatorio, una irritación creciente, y cobraba rencorosa cólera contra su querida, que le obligaba á persistir en la farsa, y parecía convertirse en juez severo, que insiste é inquiere con el objeto de encontrar en las respuestas del acusado una contradicción á las declaraciones anteriores.

Mari-Pepa salió en busca de la *Pálida*, á la que encontró en su gabinete, habitación que, como ya sabemos, la estaba destinada.

A todo, como siempre, se prestó Estrella. Dijéronla que un caballero que se interesaba mucho por su suerte deseaba verla y hablar con ella á solas un momento. Ni lo extrañó ni se opuso.

Linfática por temperamento, aterrada por hambre, tímida y dócil, lo único que rechazaba era la miseria, cuyos espantos seguían vivos en su recuerdo, formando el susto perpetuo, el peligro constante con el que había luchado desde niña, con el que no quería ya medir sus fuerzas por más tiempo.

Dijéronla que se vendara los ojos, y sin preguntar por qué, sacó su mismo pañuelo y se lo ofreció á Arístides con ademán tan sumiso, mirándole tan dulcemente, que el *Chulo* sintió crecer su remordimiento, y sin poderse contener,

—¡Yo no! ¡yo no! Póngaselo usted misma.

Por primera vez Arístides la trataba de usted después de haberla tuteado, así como también instintivamente no le era posible llamarla por el apodo con que antes la nombraba siempre.

Estrella se ató el pañuelo, bajando sobre el pecho la cabeza y levantando los brazos, arqueándolos por encima del peinado para apretar el nudo.

Luego:

—¿Está bien así? Juro que no veo—exclamó con dulce sonrisa;—podrían venir á matarme impunemente.

—Ahora—dijo el *Chulo* á Mari-Pepa en voz



baja—tienes que desorientarla. La das unas cuantas vueltas por aquí, la entras en la alcoba, y haces, en fin, de modo que no sepa por dónde ha salido del lupanar.

Así se efectuó, y mientras tanto Arístides tocó el resorte y abrióse en silencio la puerta secreta.

—¡Ya!—dijo Arístides.

Mari-Pepa llevó á Estrella, la guió, hízola pasar, y al cerrarse de nuevo la comunicación y quedar sola con su amante, dijo:

—¡Válgame Dios! no se lleva con más docilidad una oveja al matadero.

El *Chulo* se estremeció. Acababa de oir la voz del marqués, que exclamaba:

—¡Quítate el pañuelo!

—Vámonos de aquí, Mari-Pepa, porque no debemos escuchar lo que digan.

—Pues yo quiero saber...

La cólera de Arístides estalló por fin.

—Tú te vas, porque yo lo mando. ¡Ahora mismo!

Y empujándola ante él, salieron los dos, cerrando con llave *la oficina.*

—¡Quítate el pañuelo!

La *Pálida*, al oir aquella voz desconocida, nerviosamente se arrancó la venda. Sin saber



por qué, había sentido un miedo, un terror, rápidos é instintivos. Recordó las palabras que ella misma pronunciara: «Juro que no veo; podrían venir á matarme impunemente.» Y temió ¿qué es temer? estuvo segura de que en las vibraciones del aire, en las ondas sonoras agitadas por aquella voz, venía para ella la muerte.

No vió nada al abrir los ojos; se figuró que consistía en el mismo pañuelo, cuya opresión lastimaba aún sus párpados. Pero se convenció, por fin, de que la habitación estaba á oscuras. Una mano, cuyo contacto quemaba y mojaba, una mano calenturienta se apoderó de la que ella extendía temiendo tropezar con algún mueble.

—Ven, ven, siéntate aquí—dijo la misma voz; y brutalmente la mano tiró de ella, la forzó, la obligó á dar dos pasos, tropezar en la oscuridad con las piernas de un hombre, y caer sentada sobre aquellas rodillas.

—¡Ah! ¿quién es usté? ¡Por Dios! ¿Qué es esto?—exclamó la *Pálida* sintiéndose abrazada, besada en el cuello, resistiéndose y logrando por fin vencer en aquella lucha.

—Suéltame—gritó el hombre forcejeando para desasir sus manos;—suéltame pronto, bribona. ¿O es que no te han dicho para lo

que venías aquí y lo que yo quiero? Yo te he comprado, ¿entiendes? Tú eres la *Pálida*, y ahora eres mía; suéltame, porque en ti es ridícula esta resistencia. ¿Para qué te has metido á prostituta? ¡Suelta!

Estrella comprendió entonces lo que significaba aquello. Mari-Pepa y el *Chulo* no habían tenido valor para decírselo, y prefirieron traerla allí engañada. Pero, ¿quién era aquel hombre? No era el joven de la noche anterior, no. Su voz no era la misma; y después de todo, ¿qué la importaba conocerle? Tenía razón; puesto que había pagado, era suya. Soltó las manos, que tenía sujetas, y cuya sujeción la repugnaba porque mojaban las suyas con el asqueroso sudor frío de la calentura, y...

—Tiene usted razón—dijo;—yo no sabía nada; no me lo habían dicho.

Se dejó despojar de su traje, se dejó besar, se abandonó resignada á las caricias del calenturiento en la oscuridad. ¡Oh! ¡qué bien hizo aquel hombre en cerrar los balcones! Así podía á sus anchas, mientras era besada frenéticamente, dejar correr sus lágrimas en silencio. Sí, lloraba pensando en el *Granuja*, en el infeliz obrero. Se marchó la noche anterior tan desesperado, que tuvieron que llevárselo á la fuerza. Se lo contaron sus compañeras. ¡Dios

mío! ¡Pobre Paco! ¿Se habría matado? Casi lo deseaba.

—Vístete y vete.

¡Ah! era él... aquel hombre la mandaba vestirse. Es verdad; ni siquiera sabía por qué estaba echada en aquella cama y desnuda. Sintió, sí, un dolor agudo. Le pareció que estaba herida. Se levantó y se vistió.

—¿Por dónde, señor?

—¡La venda! ¡Ponte la venda!

Se la puso. Las manos calenturientas la empujaron; y luego dejó de aspirar aquel olor infecto que no sabía á qué atribuir; adivinó la claridad, y se quitó el pañuelo.

Estaba otra vez en el escritorio de Arístides.

XII

¡Oh! ¡La miseria!

La miseria, ¡qué horror! La prostitución, ¡qué asco!

Cuando Arístides y su querida abrieron la puerta, la encontraron despeinada, las ropas mal ceñidas, lívida, aterrada, sin una lágrima en los enrojecidos ojos, estremeciéndose de frío.

Mari-Pepa, al verla así, no tuvo más que una palabra para su amante. Lo miró de alto á bajo: «¡Canalla!» y luego, abrazando á Estrella: «Ven, vente conmigo; vámonos de aquí.» Llevósela al gabinete, y allí, solas las dos, estuvieron largo rato hablando.

—Si vuelve ese hombre, si vuelve á llamarme, me mato—fueron las frases que se le ocurrieron á Estrella; y en seguida:—no quiero ver al *Granuja;* cuando venga, usté le dirá lo que quiera.

Y como la sevillana nada contestaba: «No se aflija usté; esto tenía que suceder. Ya pa-

só. Pero ¡qué hombre! ¡Si usté supiera qué repugnante!»

La dolía la cabeza, sin duda de tanto llorar. Se acostó. «Déjeme usté; quiero estar sola; voy á ver si duermo.»

—¿No cenarás luego?

—No, no. Quiero dormir mucho; dormir hasta mañana. Cierre usté la ventana, el postigo, que no entre luz. A oscuras.

Mari-Pepa la ayudó á desnudarse. «¡Adiós, hija, que descanses!»—exclamó dándola un beso con una ternura infinita; y al cerrar la puerta, no pudo contener su declaración, su disculpa. «Escucha: yo no sabía nada; sabía tanto como tú: á las dos nos ha engañado.»

La *Pálida* pasó una noche horrible. Primero quedóse traspuesta; no sintió nada: se cerraron sus ojos, se entorpecieron sus sentidos. Estuvo así muchas horas. Cuando volvió en sí era muy tarde; escuchó. Sí, debían haber cerrado la puerta de la calle. A través de los tabiques se oían suspiros entrecortados, risas extinguidas con un beso, estremecimientos de mujeres que se sienten acariciadas en los lechos; y á veces una tos de hombre, una palabra de amor, dicha en un arrebato con voz demasiado alta; la gigantesca máquina pornográfica guardaba su mayor actividad para las

altas horas de la noche. Estrella sintió volver sus ascos y repetirse la náusea. Jamás se acostumbraría, jamás. Ella creyó hacer una cobardía al entrar allí, y resultaba un acto de heroísmo. No son cobardes los suicidas. Todos pueden tener valor para morir, pero no todos lo tienen para matarse. Halagar, besar, como aquellas mujeres; ofrecerse desnudas á cualquier desconocido, ser cuerpo alquilado por horas, pasar de los brazos del joven á los del viejo, estrechar con la misma pasión al valiente y al asesino, ¡con la misma! que en esto consistía el fingimiento. Pero ¿y si mañana se presentaba el verdugo? «¡Eh! la *Pálida* que venga y me bese.» Le besaría; besaría al verdugo lo mismo que al rey, lo mismo que al sabio, lo mismo que á cuantos la pidieran el beso y se lo pagaran. ¡Pues qué! ¿no había empezado por un leproso? Porque Estrella, recordándolo bien, estaba segura de que el hombre, el primer hombre, su comprador, había sido un leproso. Aquel olor infecto, aquellas manos sudorosas y calenturientas, sí, aquello era la lepra. ¡Dios mío! ¡la lepra es contagiosa! ¿Se la habría pegado?

Estaba amaneciendo. Por las junturas del postigo entraba una raya de claridad blanquecina, que debía ser trémula y vaga en el

horizonte. ¡Qué alegres eran los ruidos de la mañana, ahora que en el lupanar todos dormían! ¡Alegre y regocijado aquel sonar de campanillas, acompañamiento de la canción que pasa despertando la calle! Los gritos con que los vendedores pregonaban su mercancía eran fuertes, como gritos de libertad; los carros iban despacio, á juzgar por los rebotes con que las ruedas pasaban por las piedras. Oyó saludos de balcón á balcón y de una acera á otra. Ya la claridad era mucho mayor y dorada; salía el sol: debía estar en el horizonte. El gabinete continuaba á oscuras, pero la alcoba no. Las paredes, blanqueadas, parecían como iluminadas interiormente. Ella las veía; pero cualquiera otro que hubiese venido de la luz, que hubiese mirado ya los rayos solares, no las habría visto. Ella veía, pero para todos los demás estaba aquel cuarto á oscuras. ¡Oh! ¡qué delicia poder estar así días, meses y años, rodeada de todo aquel blanco del yeso en la pared, de las sábanas en la cama, sin ver á nadie, sin que nadie la viera, pero oyendo los ruidos del mundo y de las gentes, oyendo el piar de los pajarillos, callándose y conteniendo la respiración para que no la descubrieran, para que no supiesen que pasaban tan cerca de la que fué en la niñez su buena amiga, y

morir en aquella alcoba y quedarse allí después de muerta, como si estuviese enterrada viva en un sepulcro cómodo, limpio, espacioso é ignorado.

De pronto sintió una punzada, un dolor agudo.

¡Dios mío! ¿se la habría pegado? Separó bruscamente las sábanas que abrigaban y cubrían su cuerpo. No veía bien y abrió con presteza el postigo. ¡Ah! ¡qué horror! ¡la lepra! Aquello no podía ser otra cosa. ¡Maldito hombre! Quiso incorporarse; saltó del lecho y dió algunos pasos por el gabinete. Un rayo de sol seguía á aquella mujer en camisa. Andaba separando las piernas, teniendo asco de sí misma. No podía seguir así. Ante todo lavarse, lavarse muy bien con agua fresca, cuanto más fresca mejor, para aplacar aquel ardor inmenso, aquel escozor de la carne ulcerada y dolorida. Y otra camisa, la más blanca, la más nueva, la mejor.

Cuando volvió á la cama tiritando por el frío del agua y el de la madrugada, se sintió aliviada; pero fué un alivio pasajero. La punzada volvió con más fuerza irritándose más: decididamente aquello era irremediable. ¡Y dicen que hay Dios! ¡Que hay una Providencia que vela por nosotros! ¡Mentira! ¡Embuste-

ros! ¡Mentira! ¡Lo que había era diablo! ¡Eso sí! ¡El diablo era Dios! ¡Estaba segura! Es más: el diablo, el mismísimo diablo, lo había tocado ella, había olido su repugnante y fétido aliento. ¡El diablo era aquel hombre que la poseyó en la oscuridad! Y cuando viniera el *Granuja* por la tarde, se lo diría todo. Le diría: «No te acerques á mí, no me toques: tengo la lepra de Satanás.»

Pero ¿por qué, por qué aquel castigo? ¿Qué pecado estaba purgando? ¿el de haberse hecho prostituta? ¿Iba á morirse de hambre? Bastante había resistido. ¡Veinte años! ¡Lo mejor de su vida! Cuando no pudo más, salió de la pobreza como salen las fieras del desierto, á buscar pan, á robarlo si no se lo daban, á matar si se resistían, á cualquier cosa. ¿Tenía ella la culpa de no ser una ignorante, de saber lo que sabía? ¿Era culpa suya? No la enseñaron á coser; pero la dijeron que no fuera tonta, que podía vivir sin trabajar, porque era hermosa, porque tenía abundantes cabellos, hermosos ojos, dientes blancos... ¿Y qué he de hacer?... ¿Vendo mi cabellera? ¿Me dejo arrancar los ojos y los dientes? «No; véndete tú, sin venderte; entrégate, sin entregarte. Comercia con tu cuerpo. En Madrid hay peluqueros que te darían una onza por tus

trenzas; pero una onza es poco. Consérvalas. En Madrid hay lupanares. Hazte prostituta.» Si la hubieran dicho «¡hazte ladrona!», también, también hubiese robado. ¡Oh! poco, muy poco: un pan en una tahona, y una manta, un abrigo en las tiendas donde están colgados á la puerta. Tenía frío y hambre. Renunció á todo, á su padre y á su madre, al amor del *Granuja*; á todo. ¿Y por qué no, si empezaba por renunciar á sí misma? Y ahora, á la primera vez, se veía violada y en la violación, no sólo estaba la deshonra, estaba la mancha; no sólo lloraba en sus ojos el arrepentimiento, sino que era preciso sentir la náusea en el estómago, y el miedo, el miedo á la enfermedad. ¿Ya? ¿El hospital ya? ¿Tan pronto? ¡Ah! eso no podía ser. Y la víctima se rebeló. Puesto que no era culpable, y en este mundo no se puede ser bueno, ser dócil, ser lo que los demás quieren, sería mala; sí, sería mala: se pondría en cura ó no se pondría; pero ¡vengarse! ¡Es tan consoladora la venganza! Vengarse de aquel miserable albañil que la llamaba hija, y que la vendía; vengarse de los hombres y de las mujeres, de los niños y de los viejos, de todos sus verdugos, de la sociedad entera; y puesto que ella estaba enferma, enfermar á cuantos pudiera; extender, propagar

el contagio; hacer de Madrid un pueblo maldito de leprosos.

Cuando Mari-Pepa entró en el gabinete, se sorprendió al verla en aquel estado de exaltación.

—Mujer, ¿qué te pasa, qué tienes?

—¿Y me lo pregunta usté? ¡Qué he de tener! Que estoy enferma. Que esta mañana, al despertarme, me he visto hecha una lástima.

—¡Ah!—dijo Mari-Pepa.

—Y que yo no quiero ir al hospital. Y usté tiene la culpa de lo que me pasa...

—¡Yo! yo no. Ha sido Arístides.

—Bueno; sea quien sea, el caso es que usté no puede permitir que me saquen de aquí.

—No saldrás, descuida; tienes razón. Lo que es eso... Primero me aspan.

—Es que quiero más, es que esto no puede quedar así...

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Que venga el médico? Yo tengo uno mío, de mi confianza. Te curará...

—No quiero curarme.

—¿Que no quieres curarte? ¿Pues qué piensas hacer?

—¿Y qué he de hacer yo? Quiero morir, estoy harta; pero quiero morir matando.

Mari-Pepa se encogió de hombros.

—No seas loca, chiquilla. No te acalores.

—Estoy en mi sano juicio.

Súplicas y amenazas, todo fué inútil. Tenía su plan; estaba resuelta.

—Y ya verá usté—terminó,—ya verá usté entrar dinero. ¡Oh! yo prometo una fortuna. Déjeme usté vengarme. Tengo el presentimiento de que hoy, hoy mismo, me vengaré de mi mayor enemigo.

—Y ¿quién es tu mayor enemigo?

—¡Yo qué sé! Todos son enemigos míos. No lo puedo decir, no lo distingo entre todos.

—Y el *Granuja*, ¿también es enemigo tuyo?

—¡Ah! ¡Ese! ese el único que se salvará.

Y echándose en brazos de Mari-Pepa, ocultó allí sus últimas lágrimas.

A la hora de almorzar, Estrella se presentó en el comedor.

Allí estaba Arístides, que al verla bajó la cabeza, esquivó sus miradas.

—No se me esconda usté, hombre—le dijo la *Pálida;*—tenemos que hablar.

¿Ahora?

—Ahora no; después del almuerzo. Quiero que ajustemos cuentas.

—Iremos al escritorio usté y yo.

—Iremos los tres, porque vendrá también

Mari-Pepa. Y apropósito: no me hable usté con tanto respeto, hombre; apee usté el tratamiento.

Y se echó á reir.

Almorzó con aquel apetito que entusiasmaba tanto á Mari-Pepa y sorprendía siempre al *Chulo*.

—Cuando *quieras*—exclamó éste levántandose.

Hicieron lo mismo Mari-Pepa y Estrella, y á poco estaban los tres en la *oficina*.

—Pues yo quiero saber cómo estamos de cuentas. Yo debía cuatro mil reales.

—Es muy sencillo, desde ayer no debes nada—dijo Arístides.

—Pero me deben ustedes á mí.

—¿Cómo?—prorrumpió Arístides, que no esperaba aquella réplica.

—Claro, hombre, claro. A usté le dieron ayer diez mil reales.

—¡No es verdad!

—¿Que no es verdad? No mienta usté, hombre. Pues si daba eso aquel señorito de por la noche, ¿cómo ha tomado usté menos? Esa no cuela.

—Díselo tú, Mari-Pepa; dila que yo no miento.

Pero Mari-Pepa no quería ser la cómplice de su querido.

—¿Y yo qué sé? Tú lo has hecho todo sin decirme una palabra hasta que la cosa no tenía remedio. Además, yo no te creo. Me has engañado ya una vez.

El *Chulo* creyó que podría salvar su dinero tomándolo por la tremenda.

—Ea, basta. Tú debías cuatro mil reales y ya no los debes. Esto es todo lo que tienes que saber. A mí nadie me viene con ínfulas.

—¡Válgame Dios, hombre!—dijo con mucha sorna la *Pálida*,—¡qué pronto acaba usté con *la arimetica!* Pero el caso es que si usté no ha cobrado esos diez mil reales, peor para usté. Yo no tengo nada que ver con eso. Usté se cobra los cuatro mil de la deuda, le da usté mil á Mari-Pepa, que yo se los regalo, y me da usté los otros cinco mil.

—¡Rediós! ¿te estás burlando de mí?—gritó el *Chulo* poniéndose en pie de un salto.

—El que se quiere burlar es usté, que me cree tonta. Y no se levante usté ni se ponga así, porque tengo yo más coraje que usté, y no me asusto de nada.

—Pero ¿qué es esto?—exclamó el *Chulo* aterrado ante la transformación que estaba viendo,—¿qué le han dado, á esta mujer?

—Veneno me han dado, y usté lo sabe mejor que nadie. Conque basta de palabras, que

yo también las sé decir tan fuertes y tan malas como usté, y vengan los cinco mil reales que se me deben.

Arístides miró á Mari-Pepa.

—Tiene razón la *Pálida*—dijo la sevillana, rompiendo también por todo;—si tú no has cobrado, hijo, no ser tonto.

—No doy un cuarto.

—¿Que no los da usté?—rugió la *Pálida*, levantándose con una ira imponente.—¿Que no? Pues, hombre, tendría que ver. O me suelta usté los cinco mil reales ahora mismo, ó se arma la de vámonos, y me asomo al balcón y llamo á los guardias.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Pues les digo lo que pasa aquí y lo que hicieron conmigo ayer tarde. Y digo más: digo todo lo que sé. Hago que me reconozcan, y declaro que aquí, en esta habitación, hay una puerta secreta que comunica con la casa de al lado, donde ayer se hizo conmigo esta mala obra, que le cuesta á usté el presidio;—y dando un salto hacia atrás:—no saque usté la navaja, porque ya lo he visto. ¡Ah! usté creía que yo era tonta. Me puse la venda sin hacer trampa la primera vez; pero luego vi algo, porque me la puse mal sin intención, por ponérmela de prisa.



—Dale sus cinco mil reales—gritó Mari-Pepa asustada.

Arístides también estaba aterrado.

—Se los daré, pero que se vaya. Daré parte, y se la llevarán al hospital.

—Si hace usté eso, en el hospital también declaro. Los cinco mil reales, y me quedo aquí porque á mí me da la gana.

—Y á mí también—apoyó Mari-Pepa.

Arístides sacó la llave de la caja, abrió ésta nerviosamente, contó la suma y tiró los billetes encima de la mesa.

—Toma, puta.

—Ya sé que lo soy—terminó Estrella sin encolerizarse ante el insulto.—¡Pues no, que seré mujer honrada!

XIII

—¿Quién es?

—Uno de los jóvenes que estaban en la cena.

—¿Y pregunta por mí?

—Sí, por ti.

—¡Ah! ya sé quién es.

Y la *Pálida*, después de mirarse un momento al espejo, dijo á un hombre que estaba limpiando con una toalla unos instrumentos de acero:

—¿Usté cree que no se conocerá?

—Puedes estar tranquila, no se te conoce nada—contestó aquel indivíduo con un marcado acento italiano.

Luego encerró los relucientes instrumentos en un precioso estuche-cartera de piel de Rusia, calóse las gafas de oro, tomó el sombrero y salió por la puerta de escape de la alcoba que daba al pasillo.

La *Pálida* abrió la del gabinete y se encontró en la sala. Sentado en el sofá estaba Luis de las Lanzas, con tan manifiesta turbacion y

encogimiento, retratándose tal emocion en su rostro, que la misma prostituta se apercibió de ello.

—Ven, hijo, ven; no te estés ahí sentado, que se conoce que estás temiéndote que éntre cualquiera y te vea. Este es mi gabinete. Aquí estaremos solos, descuida.

Y cuando el jóven entró, cerró la puerta.

¿Cómo fué allí? ¿Cómo tuvo valor para ir solo? Ni él mismo lo sabía. Desde la noche de la cena, el heredero del marqués estaba sufriendo algo como una transformacion violenta en su organismo. Conoció que en él brotaba el sensualismo, con gran empuje y como en terreno propio. ¿Por qué? Lo ignoraba. Cuando presenció las escenas á que daba lugar una orgía en una casa de prostitución, se indignó, ya lo he consignado, contra lo grosero, lo brutal y lo repugnante. Cuando vió que pegaban á una mujer, tuvo que contenerse para no gritar: «¡cobarde!», para no luchar á brazo partido con el hombre que se rebajaba hasta tal extremo. Estas eran sus rebeliones, éstos sus generosos impulsos de adolescente; todo lo aprendido desde niño, que salía de pronto y que su corazón dijo muy de prisa, como dicen los labios las oraciones aprendidas

de memoria. Pero luego, al día siguiente, al despertar en su cama nueva, elegante, ancha y mullida, pero también solitaria, quedó aturdido. Se abría una válvula hasta entonces cerrada, y por ella sintió subir la ola de sangre, impetuosa, atronadora, zumbando en sus oídos, inundando su cabeza, arrastrando en la roja y cálida corriente, como arrastran las inundaciones, deseos hasta entonces hundidos en el fango, sepultados en el fondo, jamás vistos, nunca presentidos por él. ¡La *Pálida*! ¡La *Pálida* era suya, tenía que ser suya! ¡Tener una mujer! ¡Tenerla desnuda entre sus brazos! Nunca, nunca creyó tan fácil conseguir esto. ¡Por diez mil reales! ¡Pero si *Vincitor* le costaba mucho más, y era un caballo! Y aquel hombre, aquel Arístides, ¿quién era? Representábaselo como un personaje casi fantástico, inverosímil. ¡Traficante de mujeres! ¡Vivía de eso, Dios mío, vivía de eso! ¡Las compraba y las vendía! Pero entonces ¿qué es la mujer? ¿Qué carne es la suya, y cuál es su alma y su corazón? ¡Oh, misterio! ¡La mujer! Carne y entrañas, un soplo de vida que se renueva en los pulmones, un trabajo de combustión al respirar, combustión que desprende lo mortal y oxigena y calienta la sangre. Y cuando la sangre circula, y la boca respira, y los ojos

ven, y el cuerpo se mueve, aquel ser unas veces es una madre y otras una ramera. Pero ¿cómo es esto? ¿Con las mismas formas, con la misma belleza se puede ser todo, se pueden ser las dos cosas? La misma cara, los mismos labios rezan y blasfeman; ello es que no lo entendía.

Recordó todos los últimos detalles de la orgía. Sus amigos acabaron casi por desnudarlas, volvió á verlas así; diez, quince mujeres dejándose acariciar y acariciando, llorando cuando las pegaban, riendo después, despojándose de las ropas sin pudor alguno, ebrias como bacantes, despeinadas, huyendo unas veces y otras persiguiendo á los sátiros, también borrachos. No lo había soñado, no. Lo había visto, y después lo soñó; soñó que aquellas mujeres se daban las manos, formaban un gran círculo y él estaba en medio. Luego empezaron á danzar á su rededor, le mareaban, y el círculo se iba estrechando cada vez más; llegó á sentir cuando rozaron sus cuerpos desnudos con el suyo, llegó á verse oprimido, ahogado por todas aquellas carnes blandas; y cuando despertó, «¿dónde están? ¡se han ido!—exclamó;—¡se han ido las bacantes y los sátiros!»

Resistió todo aquel día y el siguiente. Resistió saliendo de casa y llevando contados los

diez mil reales en el bolsillo. Pero al tercer día, después de almorzar, no tuvo ya fuerzas para alejarse y se acercó, y cuando llegó al lupanar tampoco las tuvo para huir y entró.

Cuando á la hora de comer regresó al palacio de Villaperdida, el doctor Pérez le salió al encuentro.

—Los criados han estado buscándole á usted por todo Madrid; ¿dónde diablos se mete usted?

—¿Pues qué ocurre?

—Su padre de usted...

—¿Mi padre?... ¿Qué le pasa á mi padre?

—Ya sabe usted que desde hace dos días se agrava su dolencia.

—¿El cáncer?

—Sí, el cáncer—replicó con extraña sonrisa el materialista;—tanto, que esta tarde hemos celebrado consulta. Mis colegas opinan como yo.

—¿El qué?

—Que se debe operar sin perder tiempo.

—Y esa operación...

—Es de peligro.

Luis se puso pálido. El doctor añadió:

—Quiere verle á usted antes...

—Y yo... yo también quiero verle...



Trastornado, sin acertar todavía á darse cuenta exacta de lo que acababa de oir, siguió al médico.

En la alcoba del enfermo estaba el padre Manrique conversando con tres caballeros. El marqués, en el lecho, no separaba su vista de la puerta.

—¡Ah!... ¡mi hijo por fin!...

Acercóse Luis, y observó que al entrar la conversación quedó cortada bruscamente. El marqués de Villaperdida tendió la mano, una mano que temblaba de miedo, y el joven se apresuró á cogerla.

—Valor, padre, valor. Ya estoy aquí, ya no me separaré de ti; estaré aquí durante la operación.

—¡Tú! ¡imposible! He querido verte para decirte una cosa; pero no puedo: es un secreto mío... que no debías saber nunca.... un secreto que me avergüenza...

Con la vanidad insustancial de los jóvenes de veinte años contestó Luis:

—Yo puedo saberlo todo... soy tu hijo.

—Pues por eso es mejor que no lo sepas por mi boca... Ya te lo dirán—terminó con tristeza—si me muero. Ahora, ya me has visto. No quiero hacer esperar más á estos señores. Vete.



—Pero ¿por qué no quieres que esté aquí?...

El doctor Pérez intervino.

—Su padre de usted necesita, durante la operación, toda su presencia de espíritu, toda su energía, y la vista de su hijo podía hacerle mucho daño.

—Gracias, doctor—dijo el enfermo.

—Usted y el padre Manrique esperarán en el comedor. La operación es dolorosa, pero rápida.

—Venga usted, hijo mío—agregó el sacerdote;—venga usted y tranquilícese. Yo no tengo ya nada que hacer aquí. El señor marqués ha recibido hace poco á su Divina Majestad.

Hasta que oyó estas palabras el joven no había visto nada. Entonces descubrió en el gabinete un altar improvisado; un fuerte olor á incienso y á cirios apagados, se confundía con los olores acres de las medicinas. Un poco más allá vió una mesa, y sobre la mesa preparados vendajes, apósitos, hilas, cuya blancura daba frío, como lo daba el brillo de los instrumentos de cirujía.

Siguió al sacerdote. Tenía miedo, tanto miedo como el enfermo.

El doctor Pérez cerró la puerta detrás de ellos. Uñalarga estaba también en el comedor. El padre Manrique sacó un rosario.

—¡De rodillas, hijo mío, de rodillas! Pidamos á Dios que ayude á la ciencia, para que su misericordia infinita salve á tu padre, y si no lo quiere, que le perdone y acoja su alma.

Se arrodilló también el mayordomo. Por la puerta cerrada llegó hasta ellos el ruido de un sillón que rodaba pesadamente. El enfermo debía haber sido trasladado á él desde la cama, y ahora lo llevaban hacia el gabinete, lo ponían cerca de la mesa, donde estaban los vendajes y los instrumentos.

—*Padre nuestro que estás en los cielos...*— rezó el cura empezando en voz alta la oración, y siguiéndola después en tono más bajo, hasta terminar la primera parte; volviendo á subir, á levantar la voz al mismo diapason con que empezara cuando dijo... *así en la tierra como en el cielo.*

—*El pan nuestro de cada día,*—contestaron Luis y Uñalarga con los mismos altos y bajos— .... *mas líbranos de mal, amén Jesús.*

....

—¡Estése usted muy quieto!

Era la voz de Pérez. Pérez iba á operar.

El sacerdote y Luis se miraron. Estaban muy pálidos. El corazón les hacía daño; daba grandes y descompasados golpes en el pecho.

—*Santa María, Madre de Dios...*

—No, no es eso—enmendó Uñalarga;—usté debe decir *Dios te salve*... y nosotros el *Santa María*.

—Tienes razón.

E iba á empezar, pero no pudo. Un grito tremendo, un «Ya está» de Pérez, á que contestó la voz del marqués; pero no, no podía ser el marqués el que había pronunciado aquella horrible blasfemia de carretero. Sí, era el marqués; el marqués, que volvía una y otra vez á repetirla.

—¡Mi padre... mi padre se muere!—exclamó Luis levantándose, mientras que el sacerdote, sin poderse contener,

—¡Blasfemo! ¡ateo!—gritó respondiendo á las palabras del operado.

Luego se quedaron los tres mirando á la puerta cerrada sin atreverse á dar un paso. Aterrados, oyeron rumor de voces, idas y venidas de los médicos; un «¡Imposible!», dicho con ese acento desesperado que arranca al médico vencido la naturaleza, contra la cual lucha.

Trascurrieron cinco minutos, cinco siglos.

Por último, la puerta se abrió, y se presentó Pérez, inundada la frente de sudor, en mangas de camisa, con las manos ensangrentadas.

—¡Mi padre!... ¡Quiero verle!

—¡El señor marqués de Villaperdida ha muerto! Acaba de morir.

—¡Lo han matado ustedes!—gritó Luis queriendo abalanzarse al médico; mas el padre Manrique le detuvo, diciendo:

—-Lo ha matado Dios.

El médico no había retrocedido un paso, y con su eterno ademán escéptico miró compasivo al huérfano, y dijo:

—La ciencia no mata á nadie.

Hasta en aquel momento supremo daba la réplica al sacerdote.

XIV

—Pero ¿por qué no quiere verme? ¿Qué la pasa? ¿Qué he hecho yo? Dígala usté que lo que es hoy no me muevo de aquí sin que me vea. Y que si me voy es para hacer un disparate, para tirarme de cabeza por el viaducto. ¡Mire usté que lo hago como lo digo, señora, porque ya no puedo más, y ella tendrá la culpa de que muera yo y de que al saberlo *se le rompa la vena* á mi madre y se muera tambien del susto!

Estas frases de desesperado, amenazadoras y suplicantes, las decía el *Granuja* cogiendo las manos de Mari-Pepa, estrechándolas con fuerza entre las suyas.

—Dígaselo usté, dígaselo usté por Dios. ¿Es que me teme? Si yo no voy á comérmela; si yo no la reñiré. ¿Es que se figura que la voy á pegar? Usté se lo dijo, usté se lo dijo, sin saber que yo no pego á las mujeres.



—Pero, hijo, si no es por eso; si no es por nada de eso.

—¿Pues por qué?

—Yo no lo sé. ¡Cualquiera es capaz de saberlo! Tu querida no es ya la misma; no le dice á nadie lo que piensa, ni sabemos siquiera lo que hace. Se pasa la vida encerrada en su gabinete. Allí tienen que llevarla la comida. No permite que éntre nadie más que la señá Pepa. Y yo misma no voy más que cuando me llama.

—¡Oh! ¡si usté quisiera!... Déjeme usté probar á mí. Yo iré. Llamaré á la puerta; la convenceré. Me abrirá, porque se lo pediré llorando, si es preciso, y de rodillas. Ande usté. ¡Por lo que usté quiera más en el mundo!

—Vaya, hijo, que me estás dando un mal rato. En fin, que yo no puedo ver á un hombre así. Anda y prueba. Si luego se enfada y se pone como se pone, que es como una fiera, ya veré yo de qué modo me arreglo.

Y dejando entrar al *Granuja*, hízole pasar á la sala.

—Esa puerta es. Yo te dejo. Allá te las compongas.

Resueltamente el infeliz se acercó á la puerta cerrada; llamó con los nudillos de la mano.

—¿Quién és?

Era su voz. Cuatro dias habia estado sin oirla.

—Soy yo. Abreme, Estrella.

—¿Por qué has venido? ¿Por qué te han dejado entrar? Vete; no abro.

—Si no abres, te juro por la vida de mi madre que me mato aquí mismo. Me ahogo con las manos. Abre: yo haré todo lo que tú quieras; pero quiero verte. Yo no puedo vivir así.

—Vete por Dios, hombre.

—No me voy. No me arrancan de aquí más que muerto. ¿Abres ó no?

Y Paco llevóse al cuello ambas manos, fuertes y nervudas, verdaderas manos de carpintero.

Así lo vió Estrella cuando abrió la puerta, y la abrió conociendo que el *Granuja* era capaz de hacer lo que decía.

—Pasa—le dijo,—pasá; pero mejor era dejar que te mataras.

Volvió á cerrar la puerta, y estuvieron los dos mirándose en silencio largo rato.

El *Granuja* quedó extasiado. Nunca Estrella le había parecido tan hermosa. Sus ojos tenían un brillo intenso; ya no era la *Pálida*, merced á la pintura y los afeites que se ponía en el rostro. Vestía con más elegancia, pare-

cía una princesa; y de sus ropas se desprendía un olor de perfumes ingleses, de perfumes caros.

—¡Qué hermosa estás!

A ella tampoco le parecía Paco el mismo hombre. No lo era en efecto. Aquel honrado obrero, que antes vivía en el taller ó al lado de su madre, creciendo y desarrollando sus músculos con el trabajo, sus sentimientos con el amor filial, estaba en cuatro días desconocido. Desde la noche de la cena, una amargura inmensa le enflaquecía, le debilitaba. Era el gusano que se apodera en el robledal de un árbol joven y lo roe viviendo de su savia. Además Paco se emborrachaba. Todavía no le gustaba el vino, pero lo tomaba. Abrasaba sus fauces el aguardiente, pero lo bebía. No tenía su traje aquel olor á serrín y virutas que gustaba tanto á la *Pálida*, y que la hacía decir: «¡Qué bien huelen los carpinteros!» Y es que Paco no iba al taller; iba á la taberna, olía mal.

—Siéntate. Pero ¡Dios mio! ¿qué tienes en ese ojo?

—Un golpe, no es nada.

—¿Te has pegado con alguien?

Paco no podía mentir.

—Sí. Me pegué anoche con uno que de-





cía... que á todas vosotras os debían ahorcar.

—¡Y tu madre, al verte llegar así, habrá pasado un susto!...

—¡Mi madre!... ¡Ah, sí, mi madre... pobre madrecita de mi alma!...

Y Paco no pudo resistir más; dos lágrimas rodaron por sus ojos, y luego otras dos, y luego muchas.

—¡No llores, Paco; no llores... no me hagas llorar á mí!

La *Pálida* resistió, hizo retroceder el llanto que acudía á sus ojos. Se acercó al *Granuja*, le pasó las manos por los desordenados cabellos, se inclinó, le dió un abrazo y lo estrechó contra su corazón.

—¡Pobre Paco! ¡Yo sola tengo la culpa de todo!

—Eso no. ¿Qué has de tener tú? La tiene nuestra maldita suerte—contestó el *Granuja* irguiéndose; y luego, al verse en brazos de la mujer querida:

—Dame un beso. ¿Me quieres?

Estrella se separó bruscamente; pero él insistía.

—¡Dame un beso! ¡uno solo! Antes me los dabas; y ahora, ahora... ¿sabes por qué he venido hoy aquí? ¿Sabes por qué he querido estar solo contigo?



—Calla, calla.

—Pues he venido—agregó Paco con mayor exaltación,—he venido porque tú eres mi querida, porque tú debías ser mi mujer. No ha podido hacerse esto. Bueno; pero ahora... ahora, que has sido ya de los otros, de los que tienen dinero, de los que te pagan, tienes que ser mía.

—Paco, ¡por Dios!

—¿Qué? ¿Por Dios, qué? ¿Qué, no quieres? Pues si no quieres es lo mismo. Por buenas ó por malas. Ya estoy resuelto á todo. ¿Y sabes por qué? Porque yo necesito dejar de quererte, porque te quiero con locura, más, mucho más que antes. Tenía razón Mari-Pepa. Y no pienso más que en eso á todas horas. Y quiero, ¿lo entiendes? quiero acostarme contigo, á ver si así me das asco y se me quita esto de la cabeza y del corazón. Así volveré á trabajar, y así volveré á no dar disgustos á mi madre.

Y la cogió y luchó á brazo partido con ella.

—Pero ¿por qué no quieres? ¿No me quieres ya?

—Suelta, déjame. Sí; te quiero, te quiero más que á mis entrañas. Por eso no puede ser. No, de ningún modo. ¡Si tú supieras!...

Era tan absurdo lo dicho, que el *Granuja* la dejó libre.

—¿A ver? ¡Si yo supiera!... ¿El qué? ¿Qué es eso que yo no sé?

—¡Ah! no quiero decírtelo.

Los ojos del querido brillaron con la cólera de todos los deseos reprimidos.

—¡Dilo! ¡dilo pronto!

Comprendió que no podía contener la lujuria desbordada de su amante de otro modo. Lo dijo; lo dijo, sin contar cómo ni cuándo: dijo el hecho con una sola palabra.

—¡Ah! ¡puerca!

Levantó la mano y desahogó su rabia.

—¿Lo ves?—gritó la *Pálida*.—¡Ves cómo me has pegado!

Y como contuvo antes su llanto ante el desconsuelo del *Granuja*, contúvolo también para el dolor de la mejilla, abofeteada por él.

Paco se cogió la mano y quería destrozarla.

—¡Soy un cobarde!

—¡No, no eres un cobarde! Eso no se puede remediar. Pero siéntate; ya que lo sabes todo, hablemos.

—No, quiero marcharme.

Entonces la *Pálida* se convirtió á su vez en una *fiera*, como decía Mari-Pepa.



—¿Marcharte? ¡Por supuesto! No saldrás. Tienes que oirme. Tú no te vas así, pensando lo que estás pensando. Te digo que me oirás, porque yo lo necesito. Necesito que sepas lo que han hecho conmigo. Y no creas que voy á mentir. Tengo testigos, ¿lo sabes? tengo testigos, y voy á llamarlos.

—No, no llames á nadie. Habla.

Sentáronse los dos; él en una butaca, ella á sus pies, cogiéndole las manos, porque ya estaba segura de que era aquella la última vez que lo tenía á su lado, porque no podía engañarse, había perdido para siempre el amor de *su Paco*. *Su Paco* no la amaba. No por el hastío, sino por lo que era peor: por el asco.

Contó la escena del escritorio, como la llamaron, lo que la dijeron, como el *Chulo* la obligó á que se vendara los ojos; y luego la oscuridad del cuarto, las manos sudorosas y ardientes del enfermo, sus caricias, lo que ella pensó, pensó en él, en el *Granuja;* su cuerpo estaba en la cama como el cuerpo de un cadáver; no sintió nada, ni supo lo que hizo aquel hombre. «Vístete y vete», y se vistió y se fué. Después la noche, la noche eterna que pasó, aletargada primero, luego insomne. Y, por último, la luz del día, el rayo de sol, la

punzada horrible, sus repugnancias, todo. La transformación operada en su cuerpo y la que se operó en su alma. De limpia á sucia, de buena á mala. Ahora no quería más que una cosa: hacer tanto daño como la habían hecho; pagar en la misma moneda, y morir luego maldiciendo la vida.

—Descuida, que cuando yo vaya al hospital, mandaré por delante á mucha gente. Ya sé que lo que tengo no es lepra. Es peor.

El *Granuja* escuchó en silencio, sin interrumpirla, y luego, levantándose:

—Te creo—dijo,—te creo.

Su rostro estaba sombrío.

—Ya es tarde; me voy.

—¿Te vas? ¿No vuelves?

—Quiero ver á mi madre.

—Por Dios, Paco, no vuelvas por aquí. Ya ves que no puedes quererme. Yo soy una mujer mala; no soy la que era: no vengas. Quiere mucho á tu madre; esa sí que es una madre, la tuya. No la des disgustos.

Nada contestó el *Granuja;* pero ya en la puerta,

—Oye... esta noche vengo.

—¿Que vienes?

—Sí; tengo que hablar contigo. Es preciso que estés libre.

Y cerró para no oir la réplica.

En la sala se encontró á Mari-Pepa.

—Oiga usté... ¿estaba usté escuchando?

—Estaba escuchando... ¿y qué?—contestó la sevillana al oir aquel tono agresivo.

—Nada. Con usté no va nada. Yo no quiero nada con mujeres. ¿Está el *Chulo*?

Mari-Pepa tuvo que confesar la verdad.

—No está. Se ha marchado, y me ha dicho que no le espere á cenar. No cena en casa.

—¡Ah! ¡se ha marchado! Eso es que usté le ha dicho que estaba yo aquí, y que Estrella me lo estaba contando todo. No viene á cenar. Bueno; vendrá á dormir ese... cobarde.

—Tampoco.

—¡Pues eso lo veremos, y ya lo sabré yo, porque yo duermo aquí esta noche!

—¿Aquí? Lo que usté va á hacer es á marcharse ahora mismo, y á no volver á parecer ni siquiera por la calle esta.

—¿Quién, yo? ¿Me va usté á echar? Vamos, que si hace usté eso, tendrá más valor que su querido.

Y volviéndose, dió un puñetazo tremendo en la puerta del gabinete.

—¡Abre, tú!—dijo.

La *Pálida* apareció en el umbral.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?



—¡Qué ha de pasar, mujer!—gritó Mari-Pepa,—que á ti te se ha ido la lengua para perdernos á todos, porque éste quiere reñir con mi hombre.

—¿Que quieres tú reñir con el *Chulo*?

—Sí.

—Paco, ¡por Dios y por todos los santos, no hagas eso! Anda, vete á ver tu madre. ¡Te lo pido de rodillas! ¡Paco, Paco mío, vete!

Pero el *Granuja* rechazó á aquella mujer que, desesperada, sollozando, se abrazaba á sus piernas.

—¡Quítate y no me toques! ¡Que no me toque nadie! ¡Conque, *señora*, usté que me echa y yo que no me quiero ir, vamos á ver quién puede más!... Hoy ceno con ésta, con mi querida; y cuando venga ese *chulapo*, ya iré yo á decirle que estoy aquí.

Luego, viendo que trataba Estrella de disuadirle otra vez, la cogió por la cintura, la empujó brutalmente dentro del gabinete, la siguió y cerró la puerta, sobre la cual vinieron á caer las airadas manos de Mari-Pepa.

—¡Abra usté! ¡abra usté! ¡Váyase usté de mi casa! ¡Fuera! ¡Abre, Estrella, abre!

—Déjelo usté—contestó Estrella sin abrir,—déjelo usté aquí, que yo le convenceré, y se le pasará.

Todas las prostitutas habían acudido. La tertulia del comedor corrió á la sala, asustada al oir aquellas voces.

—¿Qué es esto?—preguntaron los hombres.

—Nada, no es nada—replicó Mari-Pepa, apaciguándose y comprendiendo que era mejor la resolución de Estrella.

—¿Pues y esas voces?...

—Es el *Granuja*.

—¡Ah, vamos! Estará pegando á la *Pálida* porque no quería verle.

La sevillana no quiso rectificar aquella explicación.

—Vámonos de aquí. Ea, al comedor todo el mundo, y allá se las compongan ellos. Ahora les traerán la cena, porque ese par, cuando se enfurecen, les pasa lo que á las fieras, que hay que echarles carne ensangrentada.

—¡Ah! sí, la *Pálida*... su furia es hambre.

—Pues al otro le debe pasar lo mismo.

Y todos se marcharon, capitaneados por Mari-Pepa, creyendo que en aquel cuarto dejaban encerradas dos fieras hambrientas, que luchaban para devorarse.

Sólo Mari-Pepa sabía la verdad.

En el gabinete no hubo lucha: en el gabinete dos desgraciados estaban abrazándose y llorando.



—Sí—decía la *Pálida* al *Granuja*;—yo te besaré, pero tú no me beses.

Y sabía más la sevillana; sabía más, y por saberlo, sentíase herida en su vanidad de mujer de rompe y rasga.

Paco tenía razón. El *Chulo* era un cobarde.

El *Chulo* no cenaba ni dormía en casa aquella noche.

El *Chulo* huía del obrero.

XV

La primera noticia que dieron á Arístides cuando llegó al café de Fornos fué la muerte del marqués de Villaperdida.

—¿Se vendió aquello?—le preguntó el duque.

—¡Ah, ya lo creo!

—Pues mira, hombre sin par, aunque lo vendieras más barato, no perdías.

—¿Por qué?

—Porque el primitivo comprador, Luis de las Lanzas, hubiese tenido que deshacer la venta, y te quedabas sin los diez mil realejos, como yo me he quedado sin vergüenza.

—Están ustedes equivocados.

—¿Cómo?

—Ese joven estuvo ayer en casa de Mari-Pepa.

—¿Estás seguro?

—Y dió lo que le pidió la *Pálida*.

—¡Los diez mil reales!

—No. Los diez mil reales los dió la persona que se opuso á la venta.

—¡Ah, sí! Vamos, y Luis pasó á ser plato de segunda mesa. Decididamente ese excolegial nos desprestigia. En lugar de llamarnos *los novatos*, de seguir con él, nos van á llamar *los tontos*. Pero oye, hermoso Arístides, cuéntanos eso. ¡Sabes que nos sorprende mucho!

—¿Por qué?

—Tú dices que ayer estuvo Luis en casa de Mari-Pepa. ¿Fué ayer? ¿Estás seguro?

—¡Y tanto!

—Pero, hombre, ó mientes tú, ó el caso es de lo más peregrino. ¡El hijo en brazos de la *Pálida*, ó la *Lívida*, ó como se llame, y el padre muriéndose!...

—¿Muriéndose?—preguntó Arístides.

—Tan muriéndose, que ya está de cuerpo presente. *Tout ce qui'il y a de plus mort.*

—¡Cómo! ¿Ha muerto el marqués de Villaperdida?—Y Arístides, sin poder dominar su impresión, volvió á preguntar:—¿Ha muerto?

—Sí, hombre, el santo varón murió ayer mismo; y ya que te interesas tanto por esa familia, sabe que Luis, el mismísimo Luis, está tambien enfermo, en la cama; y ahora nos lo explicamos perfectamente. Al volver á su casa, al salir de los brazos de esa alhaja, se encon-

traría ayer con la terrible noticia; y eso es una sorpresa capaz de poner malo á cualquiera.

—¿Y de qué ha muerto el marqués?

—No se sabe. Dicen que tenía un cáncer hace muchos años, y se agravó. Hubo que operarle, y en la operación se les quedó á los médicos entre las manos.

Arístides no necesitaba saber más. Se despidió del duque y de su coro de amigos.

Había muerto el marqués; y él era libre. Ya no tenía que rendir cuentas á nadie. ¡Ah! ¡viejo estúpido, viejo asqueroso!... Bien muerto estaba. Él tenía la culpa de que por primera vez en la vida Arístides sintiese lo que sienten los cobardes. Sí, era cobarde. Es decir, cobarde, no. No le importaba luchar navaja en mano con el matón más famoso y diestro de los barrios bajos; no temía á los asesinos, á los ladrones, á los escapados de presidio, á nadie. ¡Pero el *Granuja*!... El *Granuja* era otra cosa: el *Granuja* era un hombre honrado. El *Granuja* tenía que matarle. El *Chulo* presentía que iba á morir á manos de Paco, el oficial de carpintero. Lo mataría de un martillazo en el cráneo. Con seguridad aquel hombre tenía sobre él una fuerza inmensa, la fuerza que tiene el uniforme de la Guardia civil so-

bre los ladrones. Porque él era un ladrón; no, peor, mucho peor: era un asesino. Había asesinado á la *Pálida*, á Estrella, la vida, el alma, el amor de Paco.

Se quitó el sombrero. Un sudor frío inundaba su rostro. Procuró desechar aquellas ideas. El marqués había muerto. Bueno. ¡Qué gran noticia! ¡Qué fortuna! Ahora ya no irán aquellas sumas á ninguna parte. Y recordó, hizo un esfuerzo de memoria para recordar textualmente las palabras del fanático; ¿cómo eran? ¡Ah! ya lo sabía:

«El dinero del pecado—repitió hasta imi»tando la voz del grande de España y su exal»tación, su delirante frenesí de loco,—el dine»ro del pecado, el dinero del vicio, corría antes »por Madrid como agua desestancada del cena»gal, que iba dejando miasmas pestilentes por »donde pasaba. Satanás nos vencía á nos»otros, los hijos de la Iglesia. Hoy es un ser»vidor nuestro. Las inmundicias de la carne »producen una fortuna maldita; pero esta for»tuna ya no puede dañarnos, y estas inmun«dicias, al llegar á Roma, caen convertidas »en flores místicas de la caridad que remedian »al más necesitado y augusto mendigo.»

Sobre poco más ó menos, así era lo que dijo. Pues bien, no. El dinero de la carne era suyo,

suyo, del *Chulo*. ¡Ocho mil y pico de reales diarios! ¡Cerca de catorce mil duros al mes! ¡Cá! No era eso. Era más, eran tres ó cuatro mil duros más, que él se guardaba y *sisaba* todos los meses. Ahora no tenía que sisar á nadie: él era el dueño absoluto. ¡Qué le importaba ya el *Granuja!* No le temía. Iba á mandarse construir un palacio para él y para Mari-Pepa; y si el *Granuja* le estorbaba mucho, no tendría más remedio que matarlo. Además había otro medio, y Paco quedaría contento: curar á la *Pálida*. Pues qué, ¿no se cura eso? Sí, se cura acudiendo á tiempo, y á tiempo se estaba todavía. Eso sería lo mejor. ¡Ah! ¡qué idea! Mari-Pepa y él se casarían; se retirarían, y la *Pálida* y el *Granuja* estarían al frente de la empresa de los lupanares como administradores suyos. Era la mejor y más espléndida indemnización de daños y perjuicios.

Entró en un café. Era tarde y quería cenar. La imaginación del *Chulo*, recorriendo lo fantástico, ya sabemos que no se detenía tan presto. Y mientras comía mucho y bebía más que nunca, siguió acariciando su idea favorita, que á cada plato se representaba en su imaginación más alegre y lisonjera.

¡Un palacio! ¡Él, el *Chulo*, en un palacio!

Pero no un caserón destartalado y ruinoso como el domicilio del marqués de Villaperdida; no. El que tiene catorce ó veinte mil duros de renta mensual... á ver, ¿cuánto son al año veinte mil duros mensuales? Porque á veinte mil ya cuidaría él de que llegara. Pues veinte mil duros son... ¡atiza! doscientos cuarenta mil duros. Con eso ya podría comprarse un palacio como el de Anglada; tener en Madrid grandes jardines á la inglesa; tener un ejército de criados; las cuadras llenas de caballos; las cocheras atestadas de carruajes; raso y oro en los muebles; techos pintados por Ramón Padró, por Emilio Sala, por Gomar, por los más reputados artistas; grandes salones llenos de molduras, de costosos artesonados; el marfil incrustado en el ébano; el roble tallado de Nuremberg; el cedro y el sándalo, adorno y perfume, madera y olor, en las habitaciones de Mari-Pepa; y Mari-Pepa misma, aquella hermosa mujer de eterna belleza, Mari-Pepa, segunda Ninón de L'Enclós, casada con él, vestida como una reina. ¡Ah! ¡La sociedad! ¡La aristocracia! ¡Las altas clases conservadoras! Ya las verían ellos á sus pies, adorando una vez más, como han adorado siempre, el becerro de oro. ¿Qué necesitaba hacer para esto? Nada más sencillo: comprar

una gran cruz, porque él sabía que hay ministros que las venden, y cuando no las vende el ministro, las vende el subsecretario. Él lo sabía porque se lo habían dicho los agentes de negocios, esos que no están colegiados y que andan por los cafés. Y si la cruz no bastaba, sería conde, ó duque, ó marqués; tendría un título. Con hacer una cuantiosa limosna se tiene un título italiano. Y entonces nadie se acordaría de Arístides (a) el *Chulo*. Abriría las puertas de sus salones y se llenarían de las llamadas *personas distinguidas*. Los colmarían de elogios, y hablarían los periódicos de la «brillante fiesta verificada anoche en el palacio de los marqueses de...» ¿Marqueses de qué? Vamos á ver. El título que más le cuadraba era el de «marqués de Loreto, ó de *Gallípolis.*» ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo iba á reirse Mari-Pepa cuando viese cambiado su apodo de *muñeca de á bordo* por aquel otro: *marquesa de Gallípolis*. Él sí que podía decir, como aquel rey anecdótico, que habiendo creado un impuesto sobre la basura, le arguyó su primer ministro:—«Eso no debe hacerlo vuestra majestad, porque se trata de una cosa muy sucia.»—Y cuando le trajeron la recaudación del impuesto, cogió un puñado de monedas de oro, y acercándolo á las narices del conse-

jero:—«Dime, ¿huele mal?—No, el dinero no huele mal nunca.—Pues éste es de aquel impuesto sobre cosa tan sucia como la basura.»

Decididamente había bebido mucho. ¡Carape! Pues no se había bebido tres botellas y además cuatro copas de aguardiente, después del café. No, no estaba borracho; pero alegre, sí. ¡Vaya! Se acabaron las penas. ¿Qué hacía allí? ¡Ah! Es que Mari-Pepa no le esperaba aquella noche. La dijo que no cenaría ni dormiría en casa. ¿Y por qué? ¡Por su miedo ridículo al *Granuja!* ¡Ya no se lo tenía! ¡Da mucho valor el dinero! ¡Miedo! Ninguno. Al revés. Estaba deseando verle, hablarle. El *Granuja* era un pobre diablo que se pondría muy contento en seguida. ¡Pues apenas era buena noticia!... «Mira, Paco, no riñamos y escúchame. Voy á mandar que te curen á la *Pálida.* Se curará pronto y bien. La volverás á tener buena y sana como antes. Y luego deja tu oficio, y ella que deje el suyo. ¡Pobrecilla! Y los dos os ponéis al frente de esto. Tú me reemplazarás; ganarás mucho, y me sisarás, como yo sisaba al marqués.»

¿Qué hora era? ¡Las dos de la madrugada! ¡Qué barbaridad! Se había pasado la noche en un vuelo. Claro; y con tanto comer, beber y pensar tanto, y formar tantos proyectos, su

cabeza era una olla de grillos. Estaba durmiéndose de pie. ¡Vaya! A pagar y á casa.

Llamó al camarero, dióle medio duro de propina, se levantó y se fué. Iba al lupanar.

Cuando llegó, encontró cerrada la puerta de la calle y tuvo que llamar.

—¿Quién es? ¡No se abre ya!

Era la voz de Mari-Pepa, de la marquesa de Gallípolis, que todavía no pensaba en acostarse.

—Abre, mujer, soy yo.

La sevillana lanzó un grito de sorpresa. Vió el *Chulo* que se retiraba del balcón. Oyó luego gritos; la que gritaba era su querida, le pareció que estaba forcejeando con un hombre. Luego bajaron los gritos por la escalera, sintió que se acercaba á la puerta la disputa. Luchaban. También oyó la voz de la *Pálida*. Por último, rápidamente giró la llave en la cerradura. El *Chulo* quiso entrar, pero fué rechazado con violencia y salió un hombre, volviendo á cerrar con la misma priesa, teniendo que vencer una resistencia, porque desde dentro tiraban de la puerta. Cerró, por último, y volviéndose:

—Ya estamos de hombre á hombre y solitos los dos, que era lo preciso. Ahora nos vamos á romper el alma.

Era el *Granuja*.



Todo su miedo reapareció.

—¿Y por qué? ¿Por qué quieres reñir conmigo? ¿Qué te he hecho yo?—dijo cobardemente.

—Ya lo sabes tú, canalla.

—Mira, *Granuja*...

—Yo me llamo Paco. Tú no me llames por ese mote.

—Pues bueno; Paco, yo no quiero que riñamos—dijo con el enternecimiento de los borrachos,—yo soy tu amigo, y antes quiero que hablemos, que me escuches.

—Te escucharé hasta la esquina de la calle; nada más que hasta la esquina. Cuando lleguemos allí, que está más oscuro y más solo, defiéndete, porque me digas lo que me digas tengo que matarte.

El borracho miró al sitio indicado. En efecto, estaba á oscuras. «Me digas lo que me digas, defiéndete, porque tengo que matarte.»

Entonces Arístides sintió algo despejada su cabeza, y habló: hizo la repetición de las mismas palabras, que en el café había estudiado como se estudia una lección para decirla luego de memoria. Ofreció al obrero todas aquellas compensaciones; pero al mismo tiempo el miedo, á medida que se acercaban al lugar de la riña, le dominaba, crecía. ¿Qué haré? pensó.

El *Granuja* no contestaba una palabra. Indudablemente no quería entrar en ningún arreglo; no quería más que matarle. ¡A él! ¡A un millonario! Se metió la mano en el bolsillo, y dentro del mismo bolsillo abrió la navaja y *la empalmó*. Habían llegado.

—Defiéndete, gran...

El *Granuja* no pudo concluir: cayó como una masa inerte con el corazón partido.

Volvióse el *Chulo*, é instintivamente echó á correr horrorizado; detrás de la puerta estaban todavía forcejeando.

—¡Abre! ¡Mari-Pepa! ¡Rediós, abre!

—¡Ah, por fin!—gritó la voz de la sevillana, y la puerta, forzada con un clavo, se abrió.

—¿Y el *Granuja*?—preguntó la *Pálida*.

—Se ha ido y vendrá mañana.

—¿No habéis reñido?

—No, hemos hablado.

Pero mientras decía esto, Mari-Pepa encendió un fósforo. Las dos mujeres le miraron.

—No me miréis, porque vengo borracho y debo tener una cara como un muerto.

Y para disimular más, quiso hacer algo: se atusó el bigote, su hermoso bigote negro.

—¡Sangre! ¡Le has matado! ¡Asesino!

Se miró aterrado; ¿dónde estaba la sangre? Sí; verdad. Tenía sangre en la mano derecha.

XVI

La primera víctima de la *Pálida* fué el heredero del marqués de Villaperdida. Luis se salvó de la muerte; pero el terrible virus inficionó su sangre, demacró su cuerpo, agotó todas sus potencias intelectuales y físicas, todas sus energías juveniles. Heredó una gran fortuna, títulos ilustres; heredó cuanto tenía su padre, y el palacio de Villaperdida volvió á ser un caserón ruinoso y sombrío, en cuyas habitaciones vivía siempre un enfermo entre un médico y un sacerdote. Si pasáis por allí, miradlo: allí se acaba, se extingue una gran familia, cuyo último descendiente muere poco á poco, como murió el marqués, víctima del fanatismo y de las prostitutas; las dos lepras de la inteligencia y del cuerpo.

Cuando la *Pálida* supo de tan tremenda y brusca manera que había muerto el *Granuja*; cuando vió la mano ensangrentada del asesino, se desmayó. El *Chulo* había cerrado la puerta.



—Vete, vete, vuelve á abrir y márchate; ya no te quiero—seguía gritando Mari-Pepa.

Y angustiada, viendo que no podía sostener el cuerpo de Estrella ni levantarla del suelo:

—Pero, ayúdame, hombre; ayúdame á llevarla á su cuarto.

Era la segunda vez que se verificaba aquel transporte. La primera, el cuerpo se desmayó por hambre; el segundo desmayo lo produjo la desgracia. Más muertos parecían en este último todos los miembros.

—Oyéme, Mari-Pepa.

—No me hables, vete; no quiero oirte, no quiero verte más.

—Me iré, pero antes es preciso que me escuches.

Después de dejar á Mari-Pepa en la alcoba de Estrella ocupada en hacer que ésta volviera en sí, se había retirado Arístides, escondiéndose, huyendo de la primera mirada y de la maldición que al recobrar el conocimiento iban á tener los ojos y á decir los labios de la *Pálida*.

Arístides no quería perder el cariño de la sevillana, y lo perdería si continuaba su querida creyéndole un asesino. Tuvo una idea, rápida y salvadora; sacó la navaja, la misma navaja que hundió en el corazón de Paco, y abriéndola, se infirió una herida poco profunda

en el brazo, sobre el biceps. Y cuando vino la sevillana, al oir sus negativas,

— Antes es preciso que me escuches—dijo;—y sobre todo, que no me dejes ir así, que me pongas cualquier cosa, porque me estoy desangrando.

El efecto fué como esperaba.

—¿Pero estás herido?—gritó con inmensa alegría.—A ver, ¿dónde, dónde está la herida tuya?

—Aquí, en el brazo. El *Granuja* me alcanzó en un salto.

—¿Luego has reñido? ¿Se ha defendido? ¡Ah! me alegro. Así no eres un asesino.

Y volviendo su amor, volviendo con todos los egoísmos y todas las ternuras:

—Has hecho bien; porque si te hubiera matado, sabe Dios de lo que yo sería capaz.

Le quitó la levita, y al ver la sangre:

—¡Ay, Vírgen Santa! ¡Si te quedarás manco! ¿Quieres que llame al médico? ¿Te duele mucho?

—No llames á nadie. Lava la herida con agua y árnica.

—¿Nada más que árnica?

—Nada más, y me la vendas apretada.

Así lo hizo Mari-Pepa; y por este medio, por este horrible recurso de sainete, recobró el

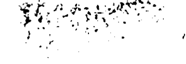
Chulo con creces todo el terreno que tenía perdido en el corazón de su querida.

Terminado el vendaje, encendió Arístides un cigarro; dió un beso en la boca á Mari-Pepa, Mari-Pepa se lo devolvió, y empezó por la gran noticia, la noticia de la muerte del marqués de Villaperdida. «¿Ha muerto ese cochino?» Sí. Había muerto. La *Pálida* se vengaba mejor de lo que ella podía figurarse; y ellos eran ricos. Eran por esta muerte dueños absolutos de los cuarenta lupanares.

—¿Y qué piensas hacer?

Entonces el *Chulo*, sonriendo, expuso sus proyectos: la deslumbró con aquel porvenir fastuoso; con el panorama espléndido de la vida aristocrática; hízola sentir en las manos el insoportable peso de aquellos doscientos cuarenta mil duros de renta anual; hundir sus hermosos brazos desnudos en aquella masa de plata acuñada; subirse con él sobre ella y desde allí mirar á sus piés á la sociedad entera. ¡Ah! Se acostaron: pasaron una buena noche, soñando con la gran cantidad de honra que podían comprar por ese dinero, y uno en brazos de otro, ni ella supo que recibía caricias de un asesino, ni él miraba ya que le estaba besando una prostituta.

El *Chulo* y la *Muñeca de á bordo* habían des-





aparecido, y en el lupanar dormían provisionalmente los futuros marqueses de Gallípolis.

Entre tanto el cadáver del obrero seguía en medio de la calle, en lo oscuro de la esquina con dos heridas: una, la de muerte, en el pecho; otra en el cráneo, producida al caer sobre las piedras, y con los brazos abiertos, mirando al cielo, con esa fijeza de los ojos muertos que tiene la expresion de esta última pregunta: *«¿Por qué?»*

Entre tanto la *Pálida* era la única que contestaba aquella pregunta con su llanto.

¡La *Pálida!* ¡Pobre niña! Ya no quería vengarse de los hombres; sólo quería una cosa. Cuando volvió de su desmayo, se lo había dicho á Mari-Pepa:

—Mañana, al ser de día, al salir el sol, quiero que me lleven al hospital.

APÉNDICE

LA NOVELA MODERNA, SEGÚN EMILIO ZOLA

Terminada La Prostituta, todo cuanto yo pudiera decir acerca de los propósitos que me han llevado á escribirla lo ha dicho ya el eminente novelista francés.

Siguiendo, pues, la misma costumbre que adquirí al finalizar mi novela *El Periodista*, me limitaré á reproducir, traducidas, las apreciaciones del autor de *Nana* y *L'Assommoir*, con las que estoy—y era inútil decirlo—completamente de acuerdo.

Estas apreciaciones se encuentran en uno de sus estudios críticos acerca de la novela.

Helas aquí:

«*El sentido de lo real.*—El mejor elogio que podía hacerse antes de un novelista era decir: «Tiene imaginación.» Hoy este elogio casi



puede considerarse como una censura. Y es porque han variado todas las condiciones de la novela. La imaginación no es ya la primera cualidad del novelista.

»Alejandro Dumas, Eugenio Sue, tenían imaginación. En *Nuestra Señora de París*, Víctor Hugo imaginó personajes y fábula del mayor interés; en *Mauprat*, Jorge Sand supo apasionar á una generación entera con los amores imaginarios de sus héroes. Pero nadie ha pensado en conceder imaginación á Balzac y Stendhal. Se habla de sus poderosas facultades de observación y de análisis; son grandes porque han pintado su época, y no por haber inventado cuentos. Ellos son los que han traído esta evolución, y á partir de sus obras, la imaginación no es precisa en la novela. Ved á nuestros grandes novelistas contemporáneos, Gustavo Flaubert, Edmundo y Julio de Gousowit, Alfonso Daudet: su talento no consiste en lo que imaginan, sino en que reproducen la naturaleza con intensidad.

»Insisto en esta decadencia de la imaginación, porque veo en ella lo característico de la la novela moderna. En tanto que la novela fué recreo del espíritu, y entretenimiento, al que no se pedía más que gracia y verba, se comprende que la gran cualidad fuese ante

todo demostrar una inventiva abundante. Cuando la novela histórica y la novela de tesis vinieron, la imaginación siguió reinando omnipotente, para evocar los tiempos ya pasados ó para entrechocar como argumentos á los personajes construídos con arreglo á las necesidades del predicador. Con la novela naturalista, la novela de observación y de análisis, cambian de pronto las condiciones. Todavía inventa el novelista: inventa un plan, un drama; sólo que es un fragmento de drama, la primera historia que sale al paso y que le procura siempre la vida diaria. Luego, en la economía de la obra, tiene todo ello una importancia muy exigua. Los hechos en ella no son más que los desarrollos lógicos de los personajes. El gran trabajo consiste en poner de pie criaturas vivas, que representan ante el lector la comedia humana con la mayor naturalidad posible. Todos los esfuerzos del escritor tienden á ocultar lo imaginario bajo lo real.

»Sería un estudio curioso relatar cómo trabajan nuestros grandes novelistas contemporáneos. Basan casi todas sus obras en notas tomadas minuciosamente. Cuando han estudiado con un cuidado escrupuloso el terreno por donde deben ir; cuando se han informado

en todos los orígenes y poseen los múltiples documentos que necesitan, sólo entonces se deciden á escribir. El plan de la obra se lo dan estos mismos documentos, porque ocurre que los hechos se clasifican lógicamente, éste antes que aquél, y se establece una simetría; la historia se compone de todas las observaciones recogidas, de todas las notas apuntadas, siendo la una conductivo de la otra, por el mismo encadenamiento de la vida de los personajes, y el desenlace no es más que una consecuencia natural y forzosa. Se ve que en este trabajo tiene la imaginación poca parte. Lejos estamos de Jorge Sand, por ejemplo, quien, según dicen, sentábase ante un cuaderno de papel blanco, y partiendo de una idea primera, escribía sin detenerse, componía seguidamente, descansando y confiando con toda seguridad en su imaginación, que le daba tantas páginas como necesitaba para formar un tomo.

»Uno de nuestros novelistas naturalistas quiere escribir una novela acerca de las gentes del teatro. Parte de esta idea general, sin tener todavía un hecho ni un personaje. Su primer cuidado será reunir en notas todo lo que puede saber acerca de esta gente, á la que quiere pintar. Ha conocido á tal actor, y ha

sido testigo de tal escena. Estos son ya documentos, los mejores, los que ha madurado él. Luego se pondrá en campaña, hará hablar á las personas mejor informadas en esta materia, coleccionará las frases, las historias, los retratos. No es esto todo: irá en seguida á los documentos escritos, leyendo todo lo que pueda serle útil. Por último, visitará los lugares, vivirá algunos días en un teatro, para conocer sus menores escondites; pasará las veladas en el cuarto de una actriz, se impregnará todo lo posible del medio ambiente. Y una vez completos los documentos, su novela, como ya he dicho, se basará por sí sola. El novelista no tendrá más que hacer que distribuir lógicamente los hechos. De todo lo que haya oído saldrá el fragmento de drama, la historia que necesita para levantar el armazón de sus capítulos. El interés no consiste ya en lo extraño de esta historia; por el contrario, cuanto más banal, cuanto más general sea, más típica resultará. Hacer que se muevan personajes reales en un mundo real, dar al lector un trozo de la vida humana; en esto consiste toda la novela naturalista.

»Puesto que la imaginación no es ya la cualidad magistral del novelista, ¿qué es lo que la reemplaza? Siempre se necesita un don

primero. Hoy la cualidad magistral del novelista es el sentido de lo real.

»El sentido de lo real es sentir la naturaleza y reproducirla tal como es.

»*La expresión personal.*—Conozco novelistas que escriben correctamente, á los que á la larga se les concede una buena reputación literaria. Son muy trabajadores, abordan todos los géneros con la misma facilidad. Las frases corren por sí solas de sus plumas; tienen la tarea de soltar quinientas ó seiscientas líneas todas las mañanas antes de almorzar. Y, lo repito, es una labor muy aceptable; la gramática no resulta estropeada, la acción es buena, el color se presenta á veces en páginas que hacen que diga el público lleno de respeto: «Está preciosamente escrito.» En una palabra, estos novelistas tienen toda la apariencia de un verdadero talento.

»La desgracia consiste en que no tienen expresión personal, y esto es bastante para que siempre resulten medianos. Por más que amontonen volúmenes sobre volúmenes, y usen y abusen de su increíble fecundidad, nunca se desprenderá de sus libros más que un olor de obras muertas al nacer. Cuanto más produzcan, más se enmohecerá el montón. Su corrección gramatical, la limpieza de

su prosa, el barniz de su estilo, podrán hacer ilusión más ó menos tiempo á la masa del público; pero todo ello no bastará para dar vida á sus obras, y no tendrá peso alguno definitivo en el juicio que merezcan á los lectores. No tienen expresión personal, están condenados; tanto más, cuanto que casi siempre tampoco tienen el sentido de lo real, lo que agrava aún su culpa.

»Estos novelistas cogen el estilo que anda errando por el aire; atrapan las frases que roban á su rededor. Nunca saben las frases de su personalidad; las escriben como si alguno detrás de ellos se las dictara, y tal vez por esto no tienen otra cosa que hacer más que dar una vuelta al grifo de su producción. No digo que plagien á éstos ó aquéllos, que roben á sus colegas páginas enteras; al contrario, son tan fluídos y superficiales, que en ellos no se encuentra ninguna impresión fuerte, ni siquiera la de algún ilustre maestro. Sólo que, sin copiar, tienen, en lugar de un cerebro creador, un inmenso almacén lleno de frases conocidas, de locuciones usuales, una especie de mediana del estilo usual. Este almacén es inagotable; pueden coger á paletadas para cubrir el papel. «¡Aquí hay bastante, y aquí hay más!» Siempre, siempre

paletadas de las mismas materias, frías y térreas, que llenan las columnas de los periódicos y las páginas de los libros.

....

....

»Todo el mecanismo de la originalidad consiste en esto, en esta expresión personal del mundo real que nos rodea. El encanto de Alfonso Daudet, ese encanto profundo que le ha valido tan alto puesto en nuestra literatura contemporánea, procede del sabor original que da á la más pequeña frase. No puede contar un hecho, presentar un personaje, sin entrar él por entero en este hecho y en este personaje, con la vivacidad de su ironía y la dulzura de su ternura. Una página suya se reconocería entre ciento, porque sus páginas tienen vida propia. Es un hechicero, uno de esos narradores meridionales que accionan lo que sienten con gestos que crean y voz que evoca. Todo se anima bajo sus manos abiertas; todo toma un color, un olor, un sonido. Lloran y ríen con sus héroes, los tutean, los hacen tan reales, que se les ve de pie cuando hablan.

¿Cómo queréis que tales libros no conmuevan al público? Están vivos. Abridlos, y los sentiréis palpitar en vuestras manos. Es el mundo real, vivido por un escritor de una ori-

ginalidad exquisita é intensa á la vez. Puede escoger un asunto más ó menos acertado, tratarlo de una manera más ó menos completa; no por eso dejará la obra de ser valiosa, porque será única, porque sólo él puede darles ese giro, ese acento, esa existencia. El libro es suyo, y esto basta. Algún día lo clasificarán; pero no por eso deja de ser un libro aparte, una verdadera criatura. Se apasionan, gusta ó no gusta, pero nadie permanece indiferente. No se trata ya de gramática ni de retórica; no se tiene ante la vista un paquete de papel impreso: allí hay un hombre, un hombre cuyo cerebro y corazón se oyen palpitar á cada palabra. Se entrega uno á él, porque se hace dueño de las emociones del lector, porque tiene la fuerza de la realidad y la omnipotencia de la expresión personal.

»Compréndase ahora la impotencia radical de los novelistas de quienes antes hablé. Nunca adquirirán y conservarán lectores, porque no sienten y no reproducen de un modo original. En vano se buscará en sus obras una impresión nueva, expresada en el giro inventado de una frase. Cuando hacen estilo, cuando recogen de aquí ó allá frases afortunadas, estas frases, tan vivientes en otro, en ellos suenan á hueco: no hay debajo de ellas un hombre que

ha sentido verdaderamente y que lo expresa por un esfuerzo de su creación.

. . . .

. . . .

»He citado á Alfonso Daudet, porque se me ofrecía como ejemplo relevante; pero hubiese podido citar á otros novelistas que están muy lejos de tener su talento. La expresión personal no es por necesidad una fórmula perfecta. Se puede escribir mal, incorrectamente, á vuela pluma, teniendo sin embargo una verdadera originalidad en la expresión. Lo peor, en mi opinión, es, por el contrario, ese estilo limpio que corre de modo fácil y blando, ese diluvio de lugares comunes, de imágenes conocidas, que obliga á que pronuncie la masa del público ese juicio irritante: «Está bien escrito.» ¡Eh, no, está mal escrito, desde el punto y hora en que no tiene una vida particular, un sabor original, hasta á expensas de la corrección y de las conveniencias del lenguaje!

»El más alto ejemplo de la expresión personal en nuestra literatura es el de Saint-Simon. Ese es un escritor que escribió con su sangre y con su bilis, y que ha dejado páginas inolvidables por su intensidad y su vida. Me equivoco al llamarle escritor: era más que esto; porque no parece haberse cuidado de escribir,



y llegó de una vez al más alto estilo, á la creación de una lengua, á la expresión viva. En nuestros autores más ilustres se siente la retórica y el apresto de la frase; un olor á tinta se desprende de las páginas: en él, no hay nada de estas cosas: la frase no es más que una palpitación de la vida, la pasión ha secado la tinta, la obra es un grito humano, el largo monólogo de un hombre que vive muy en alto. Eso está muy lejos de nuestra manera romántica de apreciar una obra en la que agotamos todos nuestros esfuerzos artísticos.

»*La fórmula crítica aplicada á la novela.*—Hace poco leía yo un artículo de bibliografía en que á un novelista se le trataba de crítico desdeñosamente. Se negaban sus novelas, se admitían sus estudios literarios, sin apercibirse de que las facultades del crítico tienden á confundirse hoy día con las facultades del novelista. Es este un asunto que me parece conveniente tratar.

»Se sabe en lo que se ha convertido la crítica en nuestro tiempo. Sin hacer la historia completa de las transformaciones por que ha pasado desde el último siglo, historia que sería de las más instructivas y resumiría el movimiento general de los ingenios, basta citar los nombres de Saint-Beuve y de M. Taine para

establecer la distancia á que estamos de los juicios de La Harpe y hasta de los comentarios de Voltaire.

»Saint-Beuve, uno de los primeros, comprendió la necesidad de explicar la obra por el hombre. Volvió á colocar al escritor en su medio viviente; estudió su familia, su vida, sus aficiones; miró, en una palabra, una página escrita como el producto de toda clase de elementos que era preciso conocer si se quería conseguir un juicio exacto, completo y definitivo; de aquí los profundos estudios que escribió, con una flexibilidad de maravillosa investigación, con un sentido muy fino de los mil matices y contradicciones complejas del hombre. Lejos se estaba de las críticas juzgando como pedagogos, con arreglo á las reglas de la escuela, haciendo abstracción completa del hombre en el escritor, aplicando á todas las obras la misma común medida, y mirándolas de alto á bajo sencillamente como gramáticos y retóricos.

»M. Taine llegó á su vez é hizo de la crítica una ciencia. Redujo á leyes el método que Saint-Beuve empleaba como por afición. Esto dió cierta rigidez al nuevo instrumento de crítica; pero este instrumento adquirió un poder indiscutible. No necesito recordar los admirables

trabajos de M. Taine. Se conoce su teoría de los medios vivientes y de las circunstancias históricas, aplicada al movimiento literario de las naciones. M. Taine es en la actualidad el jefe de nuestra crítica, y es de sentir que se limite á la historia y la filosofía, en lugar de confundirse con nuestra vida militante, en lugar de dirigir la opinión como Saint-Beuve, juzgando á los pequeños y á los grandes de nuestra literatura.

»Quería únicamente llegar á hacer constar cómo procede la crítica moderna. Por ejemplo, M. Taine quiere escribir el hermoso estudio que ha hecho acerca de Balzac. Empieza por reunir todos los documentos imaginables, los libros, los artículos que se han publicado acerca del novelista; interroga á las personas que le conocieron, á los que puedan darle acerca de él informes ciertos; y esto no basta: preocúpanle los sitios en que Balzac ha vivido, visita la ciudad donde nació, las casas que habitó, los horizontes que recorrió. Todo se encuentra registrado por el crítico: los ascendientes, los amigos, hasta que posee á Balzac en absoluto, en sus repliegues más íntimos, como el anatómico posee el cuerpo que acaba de disecar. Entonces puede leer la obra. El productor le da y le explica el producto.

»Leed el estudio de M. Taine. Veréis cómo funciona su método. La obra está en el hombre: Balzac perseguido por sus acreedores, aglomerando proyectos extraordinarios, pasando noches en vela para pagar sus pagarés, con el cráneo siempre humeante, llegó á *La Comedia Humana.* No aprecio aquí el sistema, lo expongo, y digo que la crítica actual está ahí con más ó menos prevención. En adelante no se separará al hombre de la obra; se estudiará á éste para comprender aquélla.

»Pues bien; nuestros novelistas naturalistas no tienen tampoco otro método. Cuando M. Taine estudia á Balzac, hace exactamente lo mismo que hizo Balzac cuando estudió, por ejemplo, al tío Graudet. El crítico opera sobre un escritor para conocer sus obras, como el novelista opera sobre un personaje para conocer sus actos. De una y otra parte hay la misma preocupación del medio viviente y de las circunstancias. Recordad á Balzac determinando exactamente la calle y la casa en que vive Graudet, analizando las criaturas que le rodean, estableciendo los mil hechos pequeños que deciden del carácter y costumbres de su avaro. ¿No es esta una aplicación absoluta de la teoría del medio ambiente y de las circunstancias? Lo repito, la tarea es idéntica.



»Se dirá que M. Taine marcha por el terreno de la verdad, que no acepta más que los hechos probados, los hechos que se han verificado en realidad, mientras que Balzac es árbitro de inventar y usa ciertamente de esta libertad; pero se concederá siempre que Balzac basa su novela en una verdad primera, los medios vivientes que describe son exactos y los personajes que pone en pie pisan la tierra. Hecho esto, poco importa el trabajo que sigue desde el punto en que el método de construcción empleado por el novelista es idéntico al del crítico. El novelista parte de la realidad del medio ambiente y de la verdad del documento humano: si después desarrolla en cierto sentido, esto no es ya imaginación, como lo es en los narradores; es deducción, como lo es en los sabios. Por otra parte, no he pretendido yo que los resultados fuesen completamente semejantes en el estudio de un escritor y en el estudio de un personaje: aquél seguramente estrecha más de cerca á la realidad, dejando, sin embargo, amplia parte á la intuición; pero repito que el método es el mismo.

»Y aún más, es este un doble efecto de la evolución naturalista del siglo. En el fondo, si se registrara, se llegaría á la misma base

filosófica: á la investigación positivista. Con efecto, en la actualidad el crítico y el novelista no deducen; se contentan con exponer. Tal cosa es lo que han visto: han visto cómo un autor ha llegado á producir tal obra, y cómo un personaje ha debido llegar á ejecutar tal acto. Por ambas partes se enseña la máquina humana en movimiento, y nada más: de la comparación de los hechos, se llega, es cierto, á formular leyes; pero cuanto menos se apresura uno á formular leyes, más creído se es, porque el mismo M. Taine, por haberse precipitado un poco, ha podido verse acusado de ceder al sistema. Por ahora estamos en el caso de coleccionar y clasificar los documentos, sobre todo, en la novela. Ya es una ruda tarea la de buscar y decir lo que es. Es preciso dejar á la ciencia pura formular leyes, porque todavía no hacemos más que formar procesos verbales los novelistas y los críticos.

»Así, pues, para resumir lo que he dicho, el novelista y el crítico parten hoy del mismo punto, el medio ambiente exacto y el documento humano tomado del natural, y emplean en seguida el mismo método para llegar al conocimiento y á la explicación, por una parte, de la obra escrita por el hombre, y por otra, de los actos de un personaje, estando considera-

dos la obra escrita y los actos como los productos de la máquina humana, sometida á ciertas influencias. Desde este momento es evidente que un novelista naturalista es un crítico excelente. No tiene que hacer más que aplicar al estudio de un escritor cualquiera el útil de observación y de análisis de que se ha servido para estudiar á los personajes que ha tomado del natural. No hay razón para creer que se decae como novelista cuando con ligereza se dice de él: «No es más que un crítico».

»Todos estos errores proceden de la idea falsa que sigue teniéndose de la novela. En primer lugar, es enojoso que no hayamos podido cambiar esa palabra «novela», que ya no significa nada, aplicándola á nuestras obras naturalistas. Esa palabra indica una idea de cuento, de fábula, de fantasía, que riñe siempre con los procesos verbales que formamos nosotros. Hace ya quince ó veinte años que se sintió la creciente impropiedad de este término, y hubo un momento en que se intentó poner en las cubiertas la palabra «estudio». Pero era muy vaga, se conservó la palabra «novela», y sería preciso hoy un hallazgo afortunado para reemplazarla. Además, estos cambios deben producirse é imponerse por sí mismos.

»Por mi parte, la palabra no me heriría, si se quisiera admitir, al conservarla, que la cosa se ha modificado completamente. Hallaríamos cien ejemplos en el idioma de términos que expresaban antes ideas radicalmente contrarias á las que hoy expresan. Nuestra novela caballeresca, nuestra novela de aventuras, nuestra novela romántica é idealista, ha llegado á ser una verdadera crítica de las costumbres, de las pasiones, de los actos de los héroes puestos en escena, estudiada en su ser propio y en las influencias que el medio ambiente y las circunstancias han tenido sobre ellos. Como ya dije, con gran escándalo de mis colegas, la imaginación no juega en ella un papel dominante; se convierte en una deducción, en una intuición, opera sobre los hechos probados que no se han podido observar directamente, y sobre las consecuencias posibles de los hechos que se trata de establecer lógicamente, según el método. Esta novela es una verdadera página de crítica, que coloca al novelista ante un personaje cuya pasión va á estudiar, en las condiciones exactas en que se encuentra un crítico ante un escritor cuyo talento quiere analizar pieza por pieza.

»¿Necesito sacar deducciones? El parentesco del crítico y del novelista procede únicamente



de que los dos, como ya he dicho, emplean el método naturalista del siglo. Si pasamos al historiador, le veremos también hacer con la historia un trabajo idéntico y con el mismo instrumento. Lo mismo acontece con el economista y lo mismo con el hombre político. Estos son hechos fáciles de probar, y que muestran al sabio á la cabeza del movimiento, guiando hoy la inteligencia humana. Valemos más ó menos, según que la ciencia nos conmueve más ó menos profundamente. Dejo aparte la personalidad del artista, y no indico aquí más que la gran corriente de los ingenios, el soplo que nos lleva á todos hacia el siglo vigésimo, sea cual fuere nuestra retórica individual.

»*De la descripción.*—Sería muy interesante estudiar la descripción en nuestras novelas, desde Mlle. de Scuderi hasta Flaubert. Sería hacer la historia de la filosofía y de la ciencia en los dos últimos siglos; porque, bajo esta cuestión literaria de la descripción, no hay más que la reacción á la naturaleza, esa gran corriente naturalista que ha producido nuestras creencias y conocimientos actuales. Veríamos la novela del siglo diezisiete, y también la tragedia, haciendo moverse á creaciones puramente intelectuales en un fondo neutro, indetermina-

do, convencional: los personajes son simples mecanismos de sentimientos y de pasiones, que funcionan fuera de tiempo y de espacio; y desde este punto, el medio ambiente no importa nada, la naturaleza no tiene que jugar en la obra ningún papel. Luégo, con las novelas del siglo décimoctavo, veríamos apuntar la naturaleza, pero en disertaciones filosóficas ó convencionalismos de emoción idílica. Por último, al llegar nuestro siglo, llega con las orgías descriptivas del romanticismo, con esa reacción violenta del color; y el empleo científico de la descripción, su papel exacto en la novela moderna, no empieza á ordenarse sino á merced de Balzac, Flaubert, los Goucourt y otros muchos. Tales son los grandes jalones de un estudio que no tengo tiempo de hacer. Me basta, por otra parte, con sólo indicarlo, para dar aquí algunos apuntes generales acerca de la descripción.

»En primer término, la palabra *descripción* tambien se ha hecho impropia. Es tan mala hoy como la palabra *novela*, que ya no significa nada cuando se aplica á nuestros estudios naturalistas. Describir no es ya nuestro objeto: queremos simplemente completar y determinar. Por ejemplo, el zoólogo que, al hablar de un insecto especial, se hallase obligado á



estudiar minuciosamente la planta en que vive este insecto, de la que saca su ser, y hasta su forma y su color, hará una descripción; pero esta descripción entrará en el mismo análisis del insecto, y habrá en ella una necesidad de sabio, pero no un ejercicio de pintor. Esto equivale á decir que ya no describimos nosotros por el afán de describir, por un capricho ó un placer de retóricos: estimamos que el hombre no puede verse separado del medio en que vive, que se completa con su vestido, su casa, su ciudad, su provincia; y desde tal momento, no anotaremos un solo fenómeno de su cerebro ó de su corazón sin buscar las causas de él y el choque de retroceso en el medio ambiente. De aquí lo que ha dado en llamarse nuestras eternas descripciones.

»Hemos dado á la naturaleza, al vasto mundo, un lugar tan espacioso como el del hombre. No admitimos que sólo el hombre exista y que él solo es lo que importa, persuadidos por el contrario de que es un simple resultado, y que para tener el drama humano real y completo, es preciso pedírselo á todo lo que es. Ya sé que esto agita las filosofías, las contraría; y he aquí por qué nosotros nos colocamos bajo el punto de vista científico, con este objetivo de la observación y el experimento, que

nos da en la actualidad las mayores certezas posibles.

»No pueden acostumbrarse á estas ideas porque hieren nuestra retórica secular. Querer introducir el método científico en la literatura, parece obra de un ignorante, de un vanidoso, de un bárbaro. ¡Eh! ¡Dios mío! ¡si no somos nosotros los que implantamos este método! Se ha impuesto por sí sólo, y el movimiento continuaría aunque quisiéramos suprimirlo. No hacemos más que levantar acta de lo que pasa en las letras modernas: el personaje ha llegado á ser en ellas un producto del clima y del terreno, como la planta; es el concepto científico. Desde este momento, el psicólogo debe ser también observador y experimentador si quiere explicar claramente los movimientos del alma. Cesamos de limitarnos á las gracias literarias de una descripción hecha con hermoso estilo, y vamos al estudio exacto del medio ambiente y á la prueba de los estados del mundo exterior, que corresponden á los estados interiores de los personajes.

»Denfiniré, pues, la descripción de este modo: un estado del medio ambiente que determina y completa al hombre.»



OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Los Amores, obra entretenida. Precio, 6 pesetas.
El Periodista, novela política. Precio, 2 pesetas.

EN PRENSA

La Pálida (segunda parte de LA PROSTITUTA), novela médico-social.
El Diputado, novela política.
Safo. *Costumbres de París;* traducción de la obra de Alfonso Daudet.

Madrid.—Tipografía Hispano-Americana.—Atocha, 63, bajo.



THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

